

Victor Hugo Viscarra

***BORRACHO ESTABA,
PERO ME ACUERDO***

Memorias de Victor Hugo



Cicatrices de la vida

Nací viejo

Mi vida ha sido un tránsito brusco de la niñez a la vejez, sin términos medios. No tuve tiempo de ser niño. Hay una pelota nuevita, guardada en algún rincón de mis recuerdos. Lo más lógico ha de ser que yo sea un verdadero niño cuando me llegue la vejez. Para ella, es cierto, uno tiene tiempo de sobra. Presumo que ha de ser a los cuarenta y nueve años, pues si llego a los cincuenta me suicido. Nacionalizo una pistola y me pegó un tiro.

Hablar de mi niñez, si vamos a llamarla así, es muy fregado. Quisiera olvidar ese periodo, pero es imposible. No tengo nada grato que recordar y los nombres que recuerdan con tristeza su infancia---- no porque se les haya ido sino por que han sufrido mucho en ella---- nunca más podrán ser felices ¿Dónde andará porque caminos se extravió el niño que fui ? Si es cierto eso de que en cada hombre hay un niño, el que habita en mi debe ser muy triste.

Vivíamos en un departamento de la calle constitución mi madre atendía una pensión, famosa por sus caldos de cabeza de cordero. Como no había empleada que la aguantara, mi hermana y yo la ayudábamos. Dormíamos en una sola cama: las dos mujeres en la cabecera y yo a los pies. Apenas empezaba a clarear y el caserío de Challapampa emergía de entre las brumas, mi madre estiraba un pie con violencia y yo abría los ojos en el suelo, mi hermana era la más perjudicada por ese sentimiento maternal, pues como estaba a mano despertaba de un pellizco. La pobre también a de esconder la niña triste que tiene en el fondo. Si como dice el refrán, “quien bien te quiere te hará llorar “, mi madre exageraba en sus demostraciones de cariño.

Me levantaba frotándome los ojos para quitarme los restos del sueño e iba a la cocina a llenar de kerosén los anafes Y encenderlos para que hiervan las ollas del caldo de cabezas. Después de tomar el desayuno, barría la pensión y alistaba las bolsas y los canastos para ir al mercado. A mi madre le hacía algunas matufiaditas que me servían para comprar cualquier cachivache y distraer mis horas muertas. Esto lo hacía agregando uno o dos pesos al precio de lo que compraba. Ella se encargaba de las cabezas, papas y condimentos; yo las tripas, las cebollas y la canalera.

Los caldos que preparaba mi vieja eran muy recomendados, como si el olor que despedían las ollas se paseara por la ciudad. Hasta los viejitos desahuciados venían con la esperanza de prolongar su vida con un buen caldo de cabezas.

Venia buena y mala gente. Por entonces mi madre ya estaba divorciada; A mi padrastro lo conquisto por el estómago. Aunque yo nunca disfrute con la comida, comprendo que para un hombre es importante que sepan acariciarle el estómago.

No me hago cortar el cabello al ras, muruk'ullu como se dice, porque tengo la cabeza llena de recuerdos de mi madre; Guardo varias cicatrices gracias a sus palizas. Ella era muy nerviosa padecía una especie de mal de rabia, cualquier cosa la ponía furiosa, la sangre se le subía a la cabeza y ya no veía nada. Todo se le nublaba y empezaba el huracán.

Acostumbraba pegarnos con palo de escoba. Rompió varias escobas en mis espaldas y en las de mi hermana; Y si no quedamos inválidos, fue porque, dicen, los niños son muy resistentes a los golpes.

Al mismo tiempo era muy católica>; asistía cumplidamente a misas, confesaba y comulgaba, pasaba prestes y fiestas, mientras que a mí me mandaba los fines de semana al culto de los Testigos de Jehová, agarrando mi Biblia, mis revistas Atalaya y Despertad.

Todo eso fue decisivo para mi destino; por eso digo que no tengo nada grato que recordar de mi infancia. De lo único que puedo agradecer a mi madre, si es que algo debo agradecerle, además de haberme dado la vida, son sus caldos succulentos, que sirvieron para resistir mejor sus palizas, al frio Pacheño y a los demás golpes que me dio la vida.

Una vez que me puse bravo y le contesté, se puso tan furiosa que me agarro como una cachascanista y me clavo las uñas en la boca; de eso me queda una cicatriz, otro día que rompí un cuaderno a mi hermana, todo porque no querían comprarme útiles igual que a ella (aunque todavía no iba a la escuela), me hizo un tajo con un cuchillo en la muñeca: aquí pueden ver la cicatriz. Tantas cicatrices tengo, que prefiero ignorarlas para no amargarme. Quiero borrarlas con la indiferencia. Pero eso no es posible.

Una tarde saque veinte pesos de la caja del mostrador (con ese dinero se compraba cuatro botellas de cerveza), y me fui a pasear. Cuando volví a la casa, a eso de las siete de la noche, mi vieja me llevo al dormitorio y allí me dio una paliza que no olvidare por el resto de mi vida. Pienso que hice mal al haber levantado ese dinero, pero también creo que el castigo fue exagerado. Luego de amarrarme las manos a la espalda y tumbarme en el piso, me echo alcohol de quemar y me prendió fuego. De no haber sido por uno de los caseros que entro en el dormitorio y la contuvo, me hubiera quemado los pies y quién sabe si hasta la conciencia.

Una vez nos regalaron una cachorrита pastor alemán que se ganó el cariño de todos. Donde hay perros al menos hay sonrisa de niños. La bautizamos Gitana y cuando creció se convirtió en nuestra defensora. Cuando mi madre se enojaba y quería pegarnos Gitana intervenía mostrándole los dientes. Siempre que nos sentíamos amenazados mi hermana y yo, la llamábamos y la perra acudía inmediatamente. Gitana nos acompañó por más de medio año hasta que se enfermó grave. Tuvimos que hacerla matar para que no sufriera.

También teníamos una lorita llamada Pastora, era parlanchina y el único nombre que repetía era el de Don Arturo, un cliente que venía con sus hijos a la pensión a tomar caldos de cabeza de cordero, no se cansaba de repetir "Arturo trae la patita", y solo se calmaba cuando Don Arturo se la acercaba para rascarle la cabeza.

Por ese entonces 1964, cono era muy niño, no entendía lo que pasaba en política. Pero se me quedaron grabadas las imágenes que vimos el 4 de noviembre. De la fábrica Soligno bajaban camiones y camionetas llenas de trabajadores fabriles armados de fusiles y ametralladoras. Desde mi casa escuchábamos el tiroteo y el rugido de los aviones, después vimos como los mismos vehículos retornaban cargando muertos y heridos dejando huellas de sangre en las calles. En el corredor del segundo piso el dueño de casa y sus amigos festejaban el triunfo del golpe de Estado bebiendo cerveza y tocando música.

Mi primera escuela fue la "Ismael Montes", a pocos pasos de la plaza Churubamba. Era tan pobre, como casi todas las escuelas fiscales. Los alumnos no tenían donde sentarse, para no sentarme en el suelo yo me lleve un banquito y una silla pequeña que nunca recogí, de la Ismael Montes pase al colegio "Kennedy". Una o dos veces a la semana venia mi padre a recogerme para llevarme a casa, en el camino me compraba llauchas, al tiempo que me preguntaba acerca de la vida que llevábamos yo y mi hermana. Era militar y muy buena gente, aun así se refrenaba para no plantarle dos tiros a mi madre por el trato que nos daba.

Mi Primer Arresto

Uno se cansa de muchas cosas. Especialmente de las palizas. A mis 12 años – en noviembre de 1970 -, un día domingo me sentí candado de soportar tanta paliza, aproveche que mi madre se fue a un preste en compañía de mi padrastro para cambiarme de ropa con la intención de escapar y no volver, una vez cambiado, no sé por qué me llamo la atención el cuadro de un santo que había colgado en la pared, al que siempre mi madre y mi padrastro le ponían velas y flores. Trepe hasta el cuadro y vi que atrás había dinero, me lo metí al bolsillo y Salí a la calle, fui al mercado Lanza a la casa de un compañero de curso cuyo padre me había dicho que si tenía problemas no vacilara en recurrir a él para que me eche una manito.

Allí me quede dos días la tarde de ese mismo domingo me atreví a invitar al padre de mi amigo unas cervezas. Era una manera de demostrar mi solvencia, la cerveza costaba cinco pesos y yo tenía 1.200 es decir, tenía para comprar 240 botellas de cerveza. Respiraba con emoción el aire de libertad entraba al cine mañana, tarde y noche, y comía hasta decir basta lo que se me antojara.

La jauja me duro 6 días ya había hecho pampa el dinero y fue entonces que me encontré con un compadre de mi madre, a él y a su mujer mi hermana y yo les decíamos “tíos” por cariño. Ese mi tío Carlos me hablo de la necesidad de que vuelva a mi casa, regateamos las condiciones y al final acepte, previo compromiso de que el evitaría que mi madre me torturase como era su costumbre.

Esa noche me recibieron con frialdad y cosa rara, me mandaron a la cama y me dejaron dormir tranquilamente. Al día siguiente me levante temprano y cuando me disponía a ir a la cocina a encender los anafes, mi madre me dijo que no lo hiciera. La empleada recién contratada se encargaba de eso, en cambio me pidió que me aliste para ir al mercado a ayudarla en sus compras.

Cuando volvimos del mercado en la casa estaban esperándonos mi tío Carlos, mi padrastro, un joven de terno (después supe que era agente de la Dirección de Investigación Nacional), y el tío de mi padrastro que como él trabajaba como Comisario del DIN. Sonsacándome palabras, mi madre me hizo confesar donde había estado los días que me perdí de casa anotaron la dirección y salimos juntos.

Fuimos a almorzar al Lido Grill y al terminar de comer mi madre me dijo “Esta tarde vamos a ir al Cine pero antes le vamos a acompañar a don José (mi padrastro) a las oficinas del DIN para que firme su tarjeta de asistencia” Como yo antes era un gil, les creí y fui con ellos. Allí me metieron en la oficina de menores y tras pasar sus puertas, se acabó toda la amabilidad.

Entonces mi padrastro mostro su verdadero rostro. Como hacedor y deshacedor de vidas, ordeno que me sacaran la infundía en otras palabras que me sentaran la mano. Una vez que la gente abandono la oficina, los agentes me trataron de tal manera, que yo no sabía a ciencia cierta quien era más sádico, si aquellos que me torturaban, o mi madre cuando estaba enojada.

Varias horas después me metieron a una celda y el propio Jilakata se compadeció al ver mi cuerpo hinchado y hecho un concilio ecuménico por la cantidad de cardenales, otros presos lloraban maldiciendo a la mujer que habiéndome parido permitió que me trataran así. Mientras me friccionaban con alcohol tres jóvenes me procuraron campito para que duerma esa noche entre ellos, ese trio de muchachos eran los famosos Rompemotos. Mi familia ni se acordó de traerme por lo menos una frazada para protegerme del frio que hacía en las celdas.

Los verdaderos rompemotos eran unos acróbatas Argentinos que hacían maravillas en sus motocicletas, los que conocí en la Policía, eran tres jóvenes que robaban motos para venderlas por partes.

Recién al segundo día mi madre se acordó de traerme comida y una frazada vieja que en pocos minutos se llenó de piojos, y quien sabe si hasta de un poco de tristeza.

Estuve cinco días entre delincuentes y presos comunes, un miércoles cerca del medio día me sacaron de la celda y me llevaron a la oficina de menores para ver a mi familia. Entonces me entere que a partir de ese día iba a estar bajo la tutela de mi Padre y que los lazos que me unían a mi madre estaban rotos.

Mi padrastro don José Camacho quiso hacerse el tipo otra vez. Cuando mi padre lo amenazo con seguirle un juicio por haber dispuesto mi arresto y posterior golpiza se defendió diciendo que lo hizo porque yo le robe su dinero cuando mi padre supo que el monto era de 1,200 pesos, sobre la marcha saco esa cantidad y todavía le increpo a mío padrastro; “Y puedo darle otros 1.200 pesos, a cambio de tener el gusto de verlo a usted en la cárcel”.

A la hora de almuerzo quede en libertad y fui con mi padre hasta el Arsenal del Ejercito, donde mi viejo era jefe de almacenes, me quede esperando que el charlara con su hija mayor para que me tenga en su casa mientras se arreglaba mi situación, los Oficiales que trabajaban en el Arsenal se indignaron al saber lo que me había pasado. Me invitaron a almorzar en el casino de Oficiales y me enseñaron algunas reglas de los juegos de naipes.

Por la tarde fui a la casa de Arminda, la hija mayor de mi padre, allí me volvieron friccionar para curarme los cardenales que me hacían gemir de dolor.

Mi Viejo

Mi padre nació el 1 de Mayo de 1900. Al morir su primera mujer quedó con seis hijos todos mayores; Entonces se casó con mi madre, de cuya unión nacimos mi hermana y yo. Tendría unos cuatro años cuando ellos se divorciaron al pasar a su tutela mi viejo ya se había casado por tercera vez pero mi madrastra ya no tuvo hijos. Vivieron juntos 21 años hasta la muerte de mi padre.

A raíz de un disgusto Salí de la casa de mi hermanastra y llegué a la casa que compartían mi viejo y doña Julia mala mujer como toda madrastra que se respete.

En esta última casa, sin embargo la pase mejor que junto a la señora que gracias a los hados había dejado de ser mi madre. Como los dos vivían solos me acomodaron en su mismo dormitorio y comenzó una rutina muy distinta a la que conocía hasta entonces.

Por la mañana iba al colegio Boliviano Israelita y en las tardes salía a jugar con los muchachos del vecindario. El callejón donde fui a vivir se llamaba Manuel López Ordoñez era uno más de los callejones sin salida que abundan en la zona Norte de La Paz, terminaba en un morro enorme de tierra donde se había instalado un grupo de artilleros (bebedores empedernidos), que incluso asaltaban a los vecinos para mantener su vicio, como ya había convivido con personas que teniendo peor fama demostraron ser solidarios y amables, pronto hice amistad con ellos, al extremo de que muchas veces me quedaba a comer lo poco que cocinaba doña María, una pobre mujer con más cicatrices que días vividos, ella llegó a remplazar la madre que no tuve, me aconsejaba y me enseñaba a no fiarme de las apariencias, pues la gente que viste harapos puede ser más buena que la que viste ropas elegantes.

En el callejón habíamos tres Víctor Hugos; yo era el Vico grande, el hijo de doña Gabriela era el Víctor Hugo, y el hijo de la sobrina nieta de mi viejo era el Vico Chico, un día se nos ocurrió jugar a las espaditas y para darle un toque metálico a nuestras batallas íbamos hasta los parques de autos para sacarles las antenas. Hicimos pampa con varios vehículos, a nadie se le ocurrió sacarle provecho económico a las antenas, para lo único que nos servían era para jugar a las espaditas, una vez que nos aburríamos las botábamos en un rincón y ahí quedaban hasta que volvíamos a recordarlas.

Una noche me fui con mis amigos a recoger a mi viejo de su viernes de soltero, se nos ocurrió sacarle la antena a un Mercedes Benz estacionado en la puerta del boliche donde mi padre farreaba. En mala hora los dueños se dieron cuenta agarraron a cuatro de nosotros y nos llevaron hasta tránsito donde nos entregaron como a peligrosos auteros (especialistas en robar accesorios de los vehículos).

Cerca de media noche vino a sacarnos la mamá de Víctor Hugo, quien dejó su vagoneta como garantía al día siguiente teníamos que presentarnos en compañía de nuestros padres. La oficina donde atendían nuestro caso quedó chica para recibir a tanta gente como la parte contraria no vino (era un teniente de ejército con apellido japonés), uno de los policías nos llevó a los acusados a una pieza donde nos mostró las fotografías prontuarias de todos los auteros, nos previno que si no nos corregíamos íbamos a quedar fichados igual que aquellos delincuentes y la íbamos a pasar mal, todos hicimos la promesa de no volver a romper las antenas de los carros y de ser posible incluso nos negaríamos a viajar en un vehículo, nuestros padres por su parte firmaron un compromiso de velar estrictamente por nuestro comportamiento es más nos prohibieron que nos dirigiéramos la palabra entre quienes estábamos en capilla, mi padre debido a la borrachera que se había pegado el día anterior no estaba enterado del asunto y a cualquier consulta que le dirigían solo atinaba a decir "sí" y se hacía el desatendido.

Al salir de las oficinas y rumbo a la plaza de San Francisco, recién salió de su sopor viernes-solterístico y pregunto para que le avían citado a la policía, yo le respondí en complicidad con mi madrastra que era para responder a la calumnia que le habían hecho a un amigo, mi padre mascullo y nos invitó unas salteñas para olvidar el ingrato asunto.

Mi viejo tenía los estados civiles de viudo, divorciado y casado, éramos en total ocho hermanos legítimos, más uno achacado. Cuando fui a vivir a su casa él tenía una enamorada de unos veintitantos años a la cual visitaba cada vez que se aburría de mi madrastra, cosa que sucedía muy a menudo.

Era buena gente todos los viernes solía reunirse con sus amigos en un boliche de la final Loayza, yo era el encargado de recogerlo a las dos o tres de la mañana, al llevarlo a casa en la esquina Colon y Ballivian compraba pasteles y queso de un quiosco que atendía toda la noche, para desenojar a mi madrastra, ella aparte de esperarlo en vela aprovechaba para reñirle, cosa que no se atrevía cuando estaba sano.

Algunos fines de semana venían sus amigos a la casa lo que más recordaban era sus peripecias en la campaña del Chaco, algunas veces me reataba duramente y la bronca le llegaba de rebote a mi madrastra pues era a consecuencia de sus chismes cuando la reta pasaba de oscuro a negro yo prendía el tocadiscos y hacía funcionar el Long Play de boleros de caballería dándole bastante volumen, entonces la bronca se le pasaba, quedaba pensativo hasta se podía decir que una tristeza no catalogada en diccionario alguno se apoderaba de su alma y de su espíritu.

Don Hipólito era un hombre previsor al extremo de preparar todo para el día de su muerte desde la lápida y las flores hasta el nicho, un día me llevo al cementerio junto a mi madrastra para mostrarnos el nicho que le avía asignado en el Mausoleo de Artillería de los Excombatientes de la guerra del Chaco, también se encargó una lápida de bronce aprovechando que en el Arsenal disponían vainas vacías de munición, decía; “El día que yo muera, nadie podrá decir que ha gastado algo para mi entierro”. Lo irónico es que en su lápida ahora dice que esta “Es un recuerdo de su esposa y de sus hijos”.

Cuando falleció no quise reclamar herencia a mi madrastra le dejo un departamento y a los hijos de su primer matrimonio una casa en Viacha, el único recuerdo que tengo de él es una fotografía que salió en su aviso necrológico, mi hermana tampoco reclamo herencia a ratos me arrepiento de no haberlo hecho por lo menos hubiese podido abrir una cantina donde el único dueño fuera yo y también el único cliente.

Mi padre tubo la delicadeza de arruinarme el día de mi cumpleaños 2 de Enero, al morir en esa fecha ¿Qué caballero, no? Claro que yo me entere 19 días más tarde, pues trabajaba en la Aduana, en la población fronteriza de Charaña.

Por unos sucumbés

Una tarde de esas, vísperas de la fiestas del barrio fui con los muchachos del callejón a ver qué pasaba en el parque Rioshiño, donde se celebraban los actos centrales del festejo, cuando menos lo esperábamos estábamos todos los llok'allas frente a una ponchera tomado unos sucumbes que debido a la falta de experiencia ética, nos dejaron medio tundiquis en menos de lo que canta un gallo. Seria media noche cuando llegue a mi casa, a la mañana siguiente me despertó el dolor de cabeza; Paso a explicar la causa. Tras lavarme la cara fui a la cocina a tomar mi desayuno y note cierta frialdad de mi madrastra, como buen entenado lo atribuí al estado calamitoso en que me había recogido. Terminado el desayuno, baje al patio para saber de los chismes que mis amigos divulgaban sobre nuestro comportamiento de la víspera. Allí me entere que la causante de mi dolor de cabeza no era otra que mi madrastra la cual emulando a mi madre, me había golpeado con un palo de escoba y luego me había cerrado uno de los ojos de un sopapo. Sobre la marcha subí a mi casa y sin darle tiempo a preparar una defensa formal la increpe violentamente por golpearme cuando ni mi propio padre lo había hecho, ella se hizo la ofendida y cuando la invite a que volviera a pegarme, de un puñetazo bien aplicado la mande a tierra, sin importarme para nada que fuera mujer.

Demás está decir que el único que perdió fui yo ya que cuando llego mi padre de su trabajo se armó una discusión tan violenta que tuve nomas que darle a elegir: La mujer que había traído de la cantina del Arsenal o el hijo que había recogido de la Policía. Mi madrastra se quedó y yo salí con la intención de no volver nunca más.

Mi primera noche en la calle la pase caminando entre el callejón y las calles adyacentes, tratando de dormir acurrucado en el portal de la casa de un curita nuestro vecino. No recuerdo lo que hice el día siguiente como entonces los que

ocupaban el morro de tierra del callejón habían muerto, la segunda noche me anime a ir más allá de la avenida Buenos Aires y Max Paredes lo que iba conociendo a medida que caminaba por la zona, no había visto ni en mis más terribles pesadillas me impresiono de tal manera, que tuve miedo de enloquecer

Frio en el alma

Puedo decir que a los doce años me sumergí de cabeza en la noche en sus oscuras entrañas aprendí muchas cosas buenas y malas, la noche en La Paz es un laberinto que al no tener principio tampoco tiene fin y uno puede perderse para siempre, aprendí a vagar sin extraviarme por la noche pacaña pero debo aclarar que ha sido a costa de un gran sacrificio, sea verano o primavera lo peor es el frio y por su puesto la soledad cuando uno no tiene compañía tampoco sabe dónde ir a descansar. Parece que el frio se encarniza con los que nada tienen a mí me hizo zapatear las veces que quiso, el frio penetra hasta los huesos. Cuando uno cree que el cuerpo se ha adaptado a las inclemencias del tiempo, de pronto tiene la impresión de que los pulmones se le han congelado.

El frio es artero sale como de un gigantesco refrigerador y lo envuelve entero, peor en las noches de invierno, ni siquiera en Charaña supuestamente la población más fría de Bolivia, sentí tanto frio como en La Paz. Si uno camina las calles, todos los atractivos que puede tener la ciudad pierden su encanto y hace que empiece a tener cierta animadversión hacia ellos, uno se siente abandonado la mala alimentación disminuye la resistencia al frio, entonces cuando uno anhela una cama, no importa que tenga frazadas viejas y llenas de pulgas, el chiste es que sea cama, pero además uno siente hambre y sueño y le falta el amor de alguien, una amiga o una enamorada.

El andar por esas calles con el frio adentro, hace que uno se sienta deprimido, un pobre miserable y como soy un tipo que vive de noche, el frio ha sido para mí una terrible experiencia, o un problema depende de cómo se vean las cosas, con que ansiedad se desea que el sol aparezca. Solo el sol de la mañana lo reanima a uno y le devuelve el optimismo, hay momentos en que no se puede aguantar y dan ganas de meterse en la primera cantina que aparezca en el camino el peligro que esto entraña es que uno termine como alcohólico consuetudinario o simplemente tirado en la calle intoxicado.

El cuerpo se acostumbra a todo y así busca descansar de vez en cuando, creo que no hay peor vía crucis que el recorrido por quienes no teniendo un lugar apropiado donde dormir vagan sin pausa por las calles buscando que se yo que cosas, hay noches que uno llega a la ceja del Alto y mira casi sin inmutarse el espectáculo que ofrece la ciudad tachonada de millares de focos encendidos parece que el cielo estrellado hubiera descendido a nuestras plantas y nos hace sentir duelos de la creación pero eso solo es una mentira piadosa la realidad es distinta así como observamos la luminosidad que se extiende a nuestros pies cuesta aceptar que esa ciudad nos trate con la peor indiferencia al extremo de hacernos sentir unos parias.

Cuando el frio arrecia surge la pregunta: ¿Dónde ir a dormir esta noche? Ante la falta de una respuesta, uno no puede hacer menos que seguir caminando mientras el amanecer parece que estuviera cada vez más lejano y cuando amanece acaso el sol no salga y uno deba seguir caminado no hay peor cosa que caminar sin tener un techo donde descansar especialmente si uno no ha podido pegar los ojos durante toda la noche y lo que es peor aún en la noche que se acerca tampoco habrá descanso para ese cuerpo que envejece prematuramente así uno siente como se va acabando de a poquito nuestra existencia.

¿Y si la noche es lluviosa? Y si no hay un callejón desértico donde uno pueda echarse un breve sueño porque todo esta mojado ahí sí que la cosa se complica el cuerpo pide descanso y uno no puede hacer menos que seguir caminando mientras la lluvia le moja y penetra a lo más íntimo incluso amenazando ahogar nuestras esperanzas, los pocos recovecos clandestinos que acogen al que tiembla más por el abandono que por el frio solo sirven para hacer un breve paréntesis mientras nuestros agobiados cuerpos con su exiguo calor secan nuestras ropas la lluvia que cae nos lava la cara y nadie se da cuenta que los torrentes que riegan nuestras mejillas están alimentados por las lágrimas.

La lluvia es la peor enemiga de nuestros zapatos los moja, los remoja, los deforma y al final los pudre sin importarle nuestros pies, una persona marginada jamás puede aspirar a comprarse zapatos nuevos eso está lejos de sus posibilidades y de sus sueños, los que calza pueden tener distintos orígenes, comprados en el barrio chino, robados a un borracho que dormía su borrachera en la calle obsequiados por una persona que necesitaba hacer ese regalo para tranquilizar su conciencia, o tal vez son calzados que arrojados a la calle con la esperanza de quien los halle se lleve las enfermedades que tenía en los pies su original propietario.

Dicen que la noche puede ser propicia para que la gente salga a la calle a contar estrellas y que una legión de poetas encuentra inspiración en el flujo nocturno que desciende de las alturas. Yo conocí a alguien que durante una noche entera se pasó intentando ver las estrellas sin importarle para nada que la lluvia caiga a raudales, a la mañana siguiente fue recogido por agentes de Homicidios. El dictamen médico fue que había fallecido la tarde anterior por el abuso de bebidas alcohólicas. Una de las maneras de combatir el frío es haciendo fogatas en los basurales, desde chico soy aficionado a las fogatas justamente por esa necesidad uno se vuelve experto en esto, al extremo de hacer arder cosas que no arden. Entre las cinco y las seis de la mañana es cuando el frío recrudece, pero vienen los carros basureros y se llevan la basura dejándonos sin combustible entonces el único lugar donde se puede espantar el frío es en la cantina. Las puertas de las cantinas son las únicas abiertas a esa hora, creo que yo aprendí a beber más por necesidad que por vicio.

Fogatas Nocturnas

Los trasnochadores prenden sus fogatas todas las noches aunque no todas las noches se celebra San Juan. Con la práctica uno se puede convertir en un experto fogatero, pero en los días lluviosos no cualquiera es capaz de encender una fogata y mantenerlo ardiendo, es todo un arte no hay que olvidar que la mayor parte de las cosas que se queman están mojadas y hay que estar pendientes que los jamapichiris (Barrenderos de la Alcaldía) no echen su basura sobre el fuego no les gustan las fogatas pues dicen que en el momento de barrer se les queman los manteles que usan para cargar la basura

Para hacer una buena fogata lo primero que hay que hacer es juntar un tantazo de papeles se los enciende y mientras arden se coloca alrededor del fuego los cartones mojados para que vayan secando, entonces hay que buscar todo lo que sea de plástico (bolsas, bidones de aceite, etc.) para colocarlos encima de las fogatas ya que tras derretirse prolongan la duración de las cosas que se queman. También es bueno buscar maderitas que ardan fuerte y duren un buen rato, las que venden flores suelen botar arbustos que por ser verdes parece que no arderán, pero cuando se los coloca encima del fuego arden mejor que la leña. No hay que olvidar que alrededor de las fogatas se desarrollan dramas dignos de ser narrados. Quien se acerque a las fogatas, tiene que traer como contribución los cartones sobre los que había dormido es una especie de herejía el acercarse a la fogata sin aportar nada.

Hace un tiempo, en una fogata que estuvimos haciendo el Nico Nicolás le lanzo un manotazo a un gil que se pasaba de conchudo como estábamos atizando papeles el gil cayó sobre el fuego y se levantó envuelto en llamas, Cuando se agacho para apagar el fuego de sus piernas sus nalgas ardían como leña se le quemó por completo el pantalón y cuando terminé de apagar el fuego de sus ropas el Nico se había hecho pirelli del lugar.

Los que llegan a arruinar la fiesta son los infaltables carabineros que más que a calentarse se acercan a pedir plata a los fogateros. Su argumento preferido es que solo los maleantes que no tienen donde ir a dormir, son los que se dedican a quemar la basura. Cuando uno no les quiere dar dinero sacan sus bastones. Una madrugada se pasaron de la raya cuando a una tipa dedicada a la artillería pesada y que dormía en una de las tarimas del pasaje Tumusla le metieron un palo de escoba en la vagina, cuando la tipa se puso a gritar de dolor la golpearon ordenándole que se callase los que estuvimos presentes tuvimos que retirarnos porque uno de los carabineros nos amenazó con balearnos si es que no nos alejábamos. Naturalmente los dos carabineros que hicieron esto a pesar de estar de servicio estaban borrachos.

Los K'epiris

Todos los mercados de la ciudad tienen sus k'epiris que se ganan la vida cargando sus bultos y atados, este grupo se ha incrementado en número por quienes emigraron del Norte de Potosí mientras ellos cargan bultos, sus mujeres se dedican a la mendicidad, conocí a un k'epiri que trabajó como una mula durante dos años y después volvió a su pueblo para pasar un preste, otro amigo oriundo de un pueblo perdido en el altiplano trabaja desde el amanecer en el mercado Rodríguez y tiene la mala costumbre de descuidar a las señoras cuyos vultos carga y desaparece con ellos que yo sepa, hasta la fecha no lo han pescado son los fines de semana cuando el mercado se llena de gente que más hace llorar a las viejas.

Hay un grupo apreciable de k'epiris o aparapi-tas, que al no tener un techo propio, duermen entre las láminas del mercado negro y del pasaje Tumusla ellos también ganan un buen quivo pero como toda su plata se la tiran en farras no les queda ni para comprarse una Coca. El k'epiri es uno de los personajes más comunes de La Paz es normal verlo caminar llevando su lazo de cuero colgado al hombro y su mantel confeccionado de saquillos viejos anudado a la cintura, sus pies acostumbrados a las abarcas de goma, están curtidos por las inclemencias del tiempo y por la frecuente transpiración que les provocan las abarcas confeccionadas con llantas viejas, sus dedos están abiertos como los de una mano, el dedo gordo parece mirar al cielo.

El aparapita pacheño es uno de los que más abrigado camina ya que por las noches vaga esperando el amanecer, en muchas calles especialmente en las avenidas Buenos Aires, es normal ver por las noches a varios aparapitas sentados en las puertas de calle con sus manteles a manera de poncho, pijchando coca, sin mirar ni hablar con nadie, y así están hasta que amanezca.

En el tambo del mudo, conocí a un campesino emigrado, el Chaymanta, que tendría unos dieciocho años y trabaja cargando bultos, allí también se alojaba Juanito Mallea, otro aparapita. Ambos se hicieron amigos y dormían juntos tapándose con sus manteles que a la vez les servía de frazadas. El Chaymanta era de muy pocas palabras y solo hablaba con el Juan Mallea. Una noche que el tambo estaba casi vacío mientras dormía en un rincón, desperté al oír una especie de jadeo que venía del lugar en que el Chaymanta y el Mallea estaban. Disimuladamente me di vuelta y vi que los dos garchaban al tocatoca, era sabido que ninguno había conocido mujer y a causa de su ingenuidad en cuanto a lo sexual cohabitaban entre ellos.

Hay K'epiris que nunca en la vida han conocido mujer y que sin necesidad de hacer votos de castidad se mantienen célibes hasta la muerte, cuando charlaban con ellos parecían tenerme envidia de las hazañas eróticas que les contaba las cuales suponían increíbles ya que ellos no sabían cómo era tener relaciones íntimas con mujeres. Alguien me contaba que la mayoría de los aparapitas tienen relaciones sexuales solo con ovejas o vacas. No quiero decir con esto que todos los K'epiris sean cartuchos porque también hay otros que tienen hasta dos mujeres, que viven de lo que ellos ganan en el mercado.

Entre los aparapitas que duermen entre las tarimas de madera del mercado Negro, del pasaje Tumusla y en menor proporción en los mercados Rodríguez y Uruguay se juntan en grupos para poder protegerse del frío, algunos cartones viejos les sirven de colchón tras sentarse apoyados en la pared se ponen a charlar entre ellos al tiempo que pijchan su coca y de rato en rato toman sus tragos de alcohol que guardan en botellitas de plástico y así medio cañas duermen hasta las cuatro de la madrugada y en que despiertan a quemar cartones y papeles viejos en el basural de la calle Tumusla. A la plaza Antofagasta cerca de la terminal de buses van aquellos que se dedican a otros trabajos pero que también son cargadores en caba les decimos los Masistes son los que trabajan en los camiones que realizan traslados o que recogen bultos enormes aquí trabaja el Aruquipa un campesino de unos cuarenta años, que los lunes a la mañana se va al putero de doña Carmen Rosa, para ponerse al día con la Moka Elena es la única mujer con la que se acuesta y de

la que es creo su cliente más asiduo y no le falta ni una sola semana. El Aruquipa no es muy afecto a emborracharse, los sábados y domingos se van al Chume de San Jorge para lavar su ropa de trabajo y de paso remendar sus otras ropas.

Basurales

No hay zona que no tenga por lo menos dos basurales, estos son importantes para los trasnochadores que aciden ahí tanto para hacer fogata como para aprovisionarse de cosas que puedan servirles los principales basurales en La Paz son el de la esquina Tumusla y el del pasaje Ortega Avenida Buenos Aires esquina Alcoreza, Avenida Buenos Aires a la altura de las viviendas obreras mercado Strongest en tembladerani al frente del baño del mercado Rodríguez esquina graneros y Murillo al frente del cementerio y los que se improvisan cada madrugada en la plaza Pérez Velazco.

Aunque parezca innecesario creo que hay que hacer unas especies de análisis de los basurales por que siendo los depositarios de los que desechan aquello que usan la noche para descansar, son fuente de sustento para quienes esperan la noche para buscar tanto su alimento como la materia prima para sus fuentes de trabajo, inicialmente hay quienes se dedican a recolectar todo objeto de vidrio desde botellas hasta fragmentos de vasos cristales, jarras envases de medicamentos etc.

Dicen que luego los llevan hasta la fábrica de vidrios y allí los venden por kilo las botellas sanas de vino y singani son revendidas en las agencias de bebidas otros se dedican a recoger solo huesos y desperdicios óseos que votan las empleadas de los bares y pensiones cuando acumulan enormes cantidades, estos huesos son vendidos a las fábricas de alimentos balanceados tienen que ser ciertos estos porque son muchos los que noche tras noche van a los basurales a recolectar huesos de todo calibre mientras que en el día acuden a los mercados para apallar lo que votan las carniceras.

Las latas de cerveza y otros envases tienen mucha demanda entre quienes fabrican desde agujas de anafes y mecheros hasta autitos "Made in Universidad de San Pedro" hay mujeres que recogen todas las cascarras y verduras dañadas para dar de comer a sus chanchos muchos van también a los basurales para buscar algo que les pueda servir de alimento y si lo encuentran deben pelear con los perros para que estos no se los quiten y estén y este número de gente en los basurales se incrementan con los mocosos que llegan a alegrar con su presencia el ambiente.

Torrante y Torranteros

Sintiendo como el frío me iba marcando la cara y mientras aprendía como sea la manera de no morir de hambre sin llegar al delito, me convertí en torrantero, es que el frío obliga a buscar en los lugares más increíbles para dormir, esos lugares se llaman torrantes uno se vuelve torrantero cuando busca un rincón más o menos abrigado para torrar o el lugar menos frío de la calle. En esa época con solo 14 años en mis espaldas llegué a ser uno más de los "sin cuenta" mil torranteros de La Paz.

Cuando ve caminar por las calles a esos dementes felices en su locura porque para pasar la noche encontraron por lo menos un cartón corrugado uno no se detiene a pensar en los que sin tener nada también vagan por la ciudad buscando un lugar semi más o menos cómodo para descansar cualquier callejón puede servir para echarse a dormir, pero si salen los dueños de casas aldañas y nos confunden con vulgares delincuentes la cosa se agrava. Quien solo quería dormir un poco puede terminar en una celada policial y con suerte, salir con libertad a los tres días.

Un torrantero tiene que cumplir varios requisitos para ser considerado como tal, en primer lugar no ser conocido ni por los agentes de la Policía ni por los carabineros, en segundo lugar estar más o menos abrigado de lo contrario corre el riesgo de enfermarse y su descanso puede ser eterno. Otro requisito indispensable: que sea lo suficientemente discreto para llevar a una muchacha a fifar, también debe ser cuidadoso para ocultar las pocas cosas de valor que tiene pues hay el peligro de que se pierdan o que otro más vivaracho se adueñe de lo que no le pertenece y lo que es más importante donde pernocta el torrante tiene que estar bastante abrigado como para protegerse en las noches de lluvia.

¿Qué si no afecta el clima a los torranteros? En lo personal a consecuencia de mis k'arapampazos nocturnos padeci laringitis y sinusitis crónicas. De no haber sido porque le metí cualquier cantidad de alcohol en vez de andar manteniéndome a plan de ampicilinas y bacrines no estaría contándoles mis fechorías.

Entre los torrantes más mentados entre 1975 al 80, puedo hablar del Cinturón negro, en villa Fátima, también el que está bajo el puente de la Avenida del Ejército, los ch'amperios y matorrales de la Avenida del Poeta, el cerro Cotahuma, la calle o callejón Sajama y las mil gradas del conventillo de la calle murillo. El Cinturón Negro era la pendiente que baja desde el puente de Chuquiaguillo, hasta el puente del río Orkojawira, que une la ciudad con las villas de San Antonio y Copacabana, era y sigue siendo una especie de basural donde la gente, además de botar basura, hace sus necesidades biológicas y sirve a los torranteros para dormir entre los matorrales, para drogarse con thiner o en el mejor de los casos, para fifar con las minitas que nunca faltan, usando a manera de colchón, la arena del río.

Al llegar al puente de Chuquiaguillo, al empezar el Cinturón Negro, había una casa abandonada de dos pisos en la que por las noches, solíamos dormir hasta veinte personas, hombres y mujeres, todos jóvenes, lo más divertido era que los vecinos, al ver que en las mañanas de esa casa salíamos cualquier cantidad de gente, creían que éramos los dueños, cuanto más gente había menos frío sentíamos esa es una ventaja de la promiscuidad.

El puente de la avenida del Ejército reunía todos los requisitos para un torrante. Como el nuevo puente esa construido sobre el viejo los albañiles hicieron una especie de cuartito entre ambos, al que se entraba por una especie de ventana lindante con el vivero municipal, en las noches para entrar a dormir había que descolgarse por la baranda como si bajara para descargar el estómago, y cuando no había nadie a la vista, uno se trepaba al ventanuco y con breve impulso ya estaba adentro, el más viejo de los torranteros que iba allí no pasaría de veinticinco años, hay changos de seis siete años.

Sabemos que el río Choqueyapu es uno de los más contaminados de La Paz. Y como no había más hueco que la ventanilla, el olor allí dentro era realmente insoportable, sumando esto al olor de los cuerpos sudorosos, del humo de los cigarrillos y de las emanaciones del thiner con el que se k'oleaban los drogos baratos, había que ser muy valiente para dormir por lo menos unas horas.

En el refugio pasa todo, fui testigo de muchas escenas de relaciones sexuales y se realizan verdaderos desfiles cuando una ñata esta borracha o drogada. Si es así, chancaca para los demás por que pueden colar a su gusto, al día siguiente todos felices y aquí no pasó nada, muchas minitas que tras salir de los ch'ojchos creían que las iban a llevar aunque entrar a este torrante, de lo contrario sus galanes, que solo son delincuentillos en ciernes, les prolongaban la sonrisa y chau remilgos, así de simple.

A veces venia la Policía y cuando sacaban a todos de bajo el puente, lo único que hacía era pedir plata, bastonear a los drogados y borrachos y ordenar que vayamos a dormir a otro lado, a sabiendas de cuando se fueran, los jovenzuelos volverían para continuar lo que estaban haciendo. Los artilleros, o artistas, tienen sus propias costumbres y sus propios torrantes, de día se los ve en la calle financiándose sus pesos, de noche desaparecen de sus fortines ciudadanos para irse a dormir en cualquier recoveco callejero donde extenderán sus cartones y se echaran para dormir, hay otros que prefieren las cantinas que atienden hasta el amanecer y duermen sobre las sillas son muy pocos los que esperan al amanecer corneteando en la calle.

La federación de beneméritos es una casona viejísima ubicada a pocos pasos de la plaza de San Francisco, en sus corredores se puede ver una infinidad de artistas durmiendo sobre cartones o trapos viejos, el que se auto proclamo portero es el cabo Lanza, antiguo miliciano movimientista que tras averce vuelto un poco t'ojpi, se dedicó a la artillería, él es quien cobra una determinada suma de dinero a los que van a dormir, a los que no quieren pagar no les dice nada, pero en la madrugada, al abrir la puerta indica a los tombo quienes no han pagado para que estos se lleven a los "deudores" al regimiento policial para las tareas de aseo, desde barrer patios hasta baldear baños.

El Tambo del Mudo

Otro tipo de torrantes son aquellos que tienen cierta legalidad y hasta horario para recibir alojados, generalmente son Tambos donde llegan campesinos, como a cualquier dueño de casa siempre le gusta ganar más dinero, recibe nomas alojados que de honrados no tienen ni etiqueta. El tambo del mudo ubicado casi en la final Rodríguez, es propiedad de don Raymundo ex campesino oriundo de Rio abajo, digo "ex" por que se dio cuenta de que con dinero suficiente, podía mandarse la parte con los que, siendo de piel blanca, pasaban necesidades, cuando estaba borracho y en especial cuando se cañaba con sus alojados de más confianza solía repetir que el antes era indio, pero ahora es gente y con harta plata. En el Tambo del Mudo dos piezas divididas en cuatro y un entretecho como mezanine, los alojados éramos ubicados de acuerdo a ciertos parámetros. En el cuarto que daba a la calle dormían las parejas casadas, en el fondo una especie de cueva oscura, dormían las mujeres solteras, en el cuartito del fondo, el portero y sus amigos en el corredor (considerado un cuarto ya que se hallaba dentro de la casa), los cargadores, mientras que en el mezanine dormíamos todos los varones solteros. Para mayor seguridad es decir para que nadie baje a molestar a las solteritas se le quitaba la escalera una vez que todos estaban acomodados.

Para subir a dormir a este lugar, había que agacharse al final de la escalera, porque entre la base que servía como piso y techo había no más de un metro de altura, toda la base estaba cubierta de colchones de paja, más conocidos como payasas. Como éramos más de veinte los que cada noche nos acomodábamos lo mejor que podíamos, todos nos colocábamos "de cuchillo", es decir de costado, para conciliar el sueño. Las madrugadas de miércoles, viernes y sábado, solían llegar los camiones de Sapahaqui y Caracato, siempre con cholitas que eran alojadas en el cuartito del rincón. Una vez que se apagaban las luces (tres focos de poco amperaje), los de más confianza bajábamos como monos del altito y así nomás empezaba la "operación arrastre". Los porteros que estaban sobre aviso y esto era ley, eran los que garchaban primero, y tras convencer a las imillas de que los que iban a venir después también eran paisanos, dejaban el campo libre al resto de la guarda, a veces las imillas perdían la tranquilidad e intentaban gritar, entonces cualquiera de los dos porteros las amenazaban con votarlas a la calle sin importar que hora era, esta amenaza siempre surtía efecto todas las imillas de Rio Abajo, sin excepción sabían que por esa zona, en la madrugada, los carabineros abusaban de las cholitas que no tenían donde alojarse, al otro día la gente salía del tambo como si nada hubiese sucedido.

Una noche de domingo, llego el Portillo a alojarse en compañía de una chola. El portillo era ayudante de un camión que hacia viajes a los Yungas la chola era una especie de prostituta que todos los fines de semana iba hasta el Puente Nuevo a buscar giles que les inviten chicha, bailen hasta marearse con los giros de las cuecas y bailecitos que un dúo de no videntes arrancaba de un órgano electrónico y un batería y que la lleven a un alojamiento para que mientras el gil cabalque sobre ella pueda aprovechar para vaciarle los bolcillos.

Pues bien una vez que entro al tambo el Portillo que nos conocía de memoria, advirtió que quien intente avanzar a su mina la iba a pagar muy caro, para mayor seguridad llevo una payasa hasta la puerta de entrada y poniendo el aguayo de la chola como sabana le abrazo fuertemente del cuello y al poco rato se quedó dormido, como los que dormíamos arriba éramos muchachos ranas, una vez que el cuate quedo con la guardia baja empezamos el desfile en el que la chola era la más entusiasta, estoy convencido de que ella era buena gente, porque aguanto a toda la t'ojpa, cinco o seis tipos sin decir este cuerpo es mío, aunque a ratos cambiaba de posición para facilitar la labor de sus ocasionales amantes, nuestro buen amigo Portillo seguía durmiendo, acaso soñando que él era uno más de los ángeles que, en lugar de hacerle tocar un arpa, le hacían tocar un violín.

Los sablistas

Hay algunos macheteros que se dedican a hacer llorar a los encargados culturales de las embajadas, sacándoles libros, afiches, folletos, periódicos y revistas. El sablista (una variedad dentro de la fauna de los macheteros), presenta en la embajada una carta dirigida al agregado cultural, en la que se indica que el portador de la misma es profesor de una escuela ubicada en un lugar perdido del mapa, y que tiene entre sus inquietudes, la de "establecer en dicha escuela una biblioteca que servirá para que los alumnos aprendan cosas que los textos escolares no enseñan; porque Ud. Muy bien lo sabe, la educación en este país es deficiente y los alumnos no aprenden casi nada, por lo que se ruega muy encarecidamente, a nombre de esa niñez y juventud, tenga la amabilidad de obsequiar al colegio todo tipo de literatura,

que servirá para que la biblioteca empiece a funcionar en el presente año lectivo. Para darle más seriedad al asunto, el sablista se hace fabricar un sello con el nombre de la escuela, y sella la carta, a los pocos días recibe de manos del propio agregado cultural un "stock" enorme de folletería y libros.

Allá por los años 75-80, el "Ganadero" Rolando Zalles mando a la Embajada de Sud África, que entonces tenía sus oficinas en el Hotel La Paz, una carta en la que solicitaba todo lo que se puede pedir en cuanto a material impreso, aparte de eso, sabiendo que los diplomáticos extranjeros no tienen tiempo para hacer viajes a lugares alejados de la capital, invito al embajador y su personal a visitar la escuela, en una población de Alto Beni, para que conozcan el núcleo educativo, donde los alumnos tenían gran interés en conocer todo lo referente a Sud África, cuando el ganadero fue a recoger el material solicitado tuvo que salir a pedir ayuda a los cuates que lo estaban esperando afuera, dada la magnitud de paquetes que le habían preparado incluso tuvo que alquilar un taxi para trasladar las cosas, esa misma tarde llevo la mitad de los paquetes al barrio chino donde tuvo una venta loca, ya que la guada quería comprar revistas especialmente aquellas que tienen fotografías a todo color, con toda la flora y fauna den ese país.

Por aquel entonces la cerveza costaba 15 Bolivianos, vendiendo los folletos a 10, 5,1 boliviano, una vez que se hubo terminado de vender todo el Ganadero saco una ganancia liquida de más de 10.000 bolivianos. El resto del material fue vendido en la feria de Alto Lima y en las del campo, lo cual permitió al Ganadero vivir tranquilamente por una buena temporada, una de las pocas cosas que se hizo quedar para sí, fue la carta que dirigió el Embajador al Director de la escuela, donde se disculpaba por no poder aceptar la invitación para visitar el establecimiento educativo, porque los días venideros debía ausentarse del país. La pega sigue surtiendo hasta la fecha, no hay Embajada que se hubiera salvado de ser sableada, tanto por el Ganadero como por casi diez personas más que le han pescado el negocio.

Noches de Ronda

Mi amigo julio Villalobos me decía cierta tarde que envidiaba mi libertad para pasear en la noche sin que nadie me pida explicaciones por mis actos, yo solo pude contestarle que para "disfrutar" de esa libertad, había que pagar un precio que pocos se animaban a hacerlo, una noche le contaba estaba por la zona de Munaypata. Como sabía que no tenía donde ir a descansar, empecé a caminar, pase por Villa Victoria, la Estación Central, la zona Norte, la avenida Tejada Sorzano, la Plaza Villarroel y la avenida Las Américas, hasta llegar a los prostíbulos de Chuquiaguillo, al final de Villa Fátima, a modo de hacer hora entre al Redondo, a la Chawaya, al 111 y otros puteros más para conversar con algunas amigas y ver si alguna me podía invitar unos tragos, después regrese a pie hasta la plaza Villarroel, baje toda la avenida Buch hasta el parque Triangular de allí subí al estadio y por la avenida Simón Bolívar me fui hasta el Obelisco donde llegue a eso de las 2 y media de la madrugada, aún faltaban cuatro horas para que las puertas de San Francisco se abrieran y tenía todo el cuerpo cansado, a pesar de haber caminado más que el judío Errante, debía seguir haciéndolo, para evitar que el frio castigara mi cuerpo mal abrigado y falto de aliento, en esos momentos lo que más me antojaba era tomar una taza caliente de café (aunque sea sin pan), pero desgraciadamente estaba sin un solo peso. El sueño quería cerrar mis ojos, estaba temblando y tenía que caminar todavía cuatro largas horas. Realmente, para disfrutar mi libertad, había que pagar un precio y muy pocos, casi nadie, se animaría a hacerlo, cuando uno amanece caminando por las calles y recorriendo cantinas, a las seis y media de la mañana, puede ir a dormir por unas tres horas a San Francisco puede escoger entre los seis bancos que hay a los costados de la nave central y que tienen la ventaja de no estar orientados hacia el altar. Uno le echa una roncadita de tres horas, hasta las nueve y media, a esa hora viene Fray Condori, un viejito con su capa y su boina, a despertar a todos los cañas que duermen ahí, como a las diez empiezan allegar los turistas y los curas prefieren evitarles esos espectáculos, que yo recuerde jamás se han preguntado por qué tantos infelices vienen al templo a dormir sus tres horas reglamentarias, a veces el remedio el peor que la enfermedad, pues cuando nos sacan nos vamos a dormir en las gradas del convento, de ahí ya no nos pueden botar porque estamos en vía pública y podemos torrar hasta el mediodía, sin importar que la gante nos mire, si hace solcito, mejor, porque no hay nada más lindo para un torrantero que dormir bajo el sol después de haber tenido que soportar el frio dela noche.

El sueño y sus demonios

Algunas tiendas evangélicas de las muchas que abundan en La Paz, acostumbran celebrar vigili­as una vez al mes, en la que los hermanos se reúnen para pasar la noche cantando, orando y predicando, sin echarle una pestañada, un amigo el gordo Marcelino de la noche a la mañana se volvió evangelista no es raro verlo en las calles agarrado de su bombo hablando macanas para convencer a la gente que su secta es la única y verdadera, y quien no se afilia a ella está condenado va a terminar sus días en el infierno, un día de esos me invito a que asistiera a una vigilia nocturna en la zona de Alto Chijini, donde estarían presentes los hermanitos y hermanitas, a ver si me convertía. Era un día viernes y a eso de las diez de la noche para variar mi rutina fui a la dirección que el gordo Marcelino me había dado. Un grupo apreciable de personas ya estaba en el interior del templo, y cuando vi a mi cuate, me acerque a preguntarle que seguía a continuación, ignoro mi pregunta y solo me invito a pasar, puesto que la vigilia ya había empezado, antes de entrar al templo, no pude evitar las ganas de decirle a Marcelino que yo no actuaría como los demás, en primer lugar porque mi religión no me lo permitía, y en segundo lugar porque simplemente no me daval­a gana, fue una noche de tortura. ¿Se imaginan una noche de viernes de soltero? Pero con el tiempo me acostumbro a este tipo de cosas, si estaba con sueño y el cuerpo molido buscando un lugar para descansar y sin dónde hacerlo averiguaba si había una vigilia y me iba allí. Tras acomodarme en uno de los bancos preferentemente los de última fila me dormía tranquilamente sin importarme en lo absoluto que los hermanos me miren o hablen mal de mí. Volviendo a esta primera vigilia lo que más me desagradó fue ver cuando la gente se ponía a orar, algunos giles se hacían dar sus locuras de fanatismo, se ponían como en trance y repetían “profecías celestiales” que el resto escuchaba con atención, aunque no fueran otra cosa que desvaríos. Otras personas especialmente mujeres, al orar se ponían a llorar como si estuvieran dando a luz, más que impresionar lo único que hacían era impedir que uno duerma tranquilamente, un rato de esos tras haber orado un tantazo al Padre Celestial, el que dirigía la reunión me imagino era el pastor, pidió a quienes estaban a punto de dormir, que expulsaran fuera de sus cuerpos al demonio del sueño que trataba de sabotear la vigilia. Yo, que tenía el sueño atrasado y nos tan afecto a desechar a mis amigos, pedí a mi demonio, si es que lo tengo, que me hiciera dormir tranquilamente sin que los gritos de los hermanos me despertasen. Con el tiempo, a mis cuates que no tenían donde echarle una pestañadita, les recomendé que buscaran estas vigili­as y que se metan ahí, sin ninguna vergüenza, porque además, a eso de la media noche podían tomar un café con pan, muy bueno a esa hora. La única desventaja es que hay que abandonar los templos a las seis de la mañana, y la cosa se pone fregada si a esa hora está lloviendo y no encuentras donde seguir durmiendo.

Protectores de niños

Estuve recluido en el patronato de menores desde Octubre de 1974 a febrero de 1975. Alberga entre sus paredes a más de 150 varones entre los cinco y diecisiete años, los menores son divididos en tres grupos, de acuerdo a sus edades, los de cinco a ocho años están alojados en el primer piso, los de nueve a doce en el segundo y los de trece a diecisiete en el tercero. Hay un agente para cada piso, el cual a su vez tiene un interno algo mayor, para que le ayude como bedel, son los encargados de mantener la disciplina entre los internos. Cada uno de los tres pisos consta de aproximadamente cuarenta camas, en muchos casos dos personas tienen que compartir una, lo cual es terreno para prácticas homosexuales, el patio no tiene más de diez metros cuadrados, donde los internos deben jugar, formar filas y escuchar las frecuentes amenazas (que a veces se cumplen) de la Dirección o los regentes que no hacen otra cosa que amargarles la vida a los menores, como una manera estúpida de justificar el sueldo que ganan. En la parte externa del edificio, hay una especie de sótano, habilitado como taller de carpintería, las pocas veces que los internos ingresaron allí, fue a fabricar tableros y fichas para jugar a las damas, los baños pequeños e insuficientes, son muchas veces escenario de aberraciones sexuales. El comedor resulta pequeño para la cantidad de comensales, a veces llegaban a entrar hasta 200 personas, mermando nuestra escuálida ración alimenticia. Aunque las autoridades de JUNAS se jactaban de que los albergados recibían una buena atención médica, esto era falso, los que se enfermaban, solo en caso de empeorar eran llevados al Hospital General para ser curados, pero hasta los menores sanos eran víctimas de explotación.

El Severino

En enero de 1975 internaron al Severino, quien en un acceso de rabia tratado de asesinar a su tío. Como era menor, fue llevado al Patronato mientras cumplía la edad establecida para ser trasladado al panóptico donde habría de cumplir su condena. Como él era robusto y sano, la Dra. Vicky, del personal médico del patronato, lo llevo una mañana al Hospital General donde le hizo extraer medio litro de sangre tras lo cual lo devolvió al Patronato donde ni la directora dijo nada.

La Ángela y su sífilis

Otro caso. A fines de 1974 fue internado el Remigio, quien había sido detenido en la Ceja de El Alto por agentes de la Policía. En dependencias policiales y al descubrir que era homosexual le echaron alcohol de quemar en los ojos y estuvo a punto de perder la vista. En el Patronato, trabajo como ayudante voluntario de la cocina, fue uno de los internos, Eduardo, que con el tiempo se convertiría en el Copacabanas, un monrrero pesado quien descubrió la debilidad de Remigio y lo bautizo con el nombre de la Ángela, desde entonces todas las noches, cinco o seis internos hacían fila en los baños y esperaban tener relaciones con la Ángela, incluso había quienes lo pretendían como una especie de amante oficial y exclusivo, lo que ocasionaba peleas entre internos mayores.

A poco tiempo cayó preso el Pablo, con la misma inclinación de la Ángela, por lo que lo bautizaron como la Paola, suplente de la Ángela cuando esta estuviese muy solicitada (hoy se lo conoce como Sandra). El regente, que ahora es agente de la Policía Tutelar del Menor, sabía de estas anomalías, pero se hacía de la vista gorda para no tener que dar explicaciones a sus superiores. Todo iba bien hasta que un día la Ángela no se pudo levantar de cama, cuando las enfermeras fueron a verla, corrieron a llamar a uno de los médicos (que solo venían a marcar tarjeta), para que lo examinara mejor, la Ángela tenía sífilis. Se armó un quilombo. Temblaron desde la Directora al portero por temor al contagio ya que "ella" era ayudante de cocina y allí se hacía tanto la comida del personal administrativo como la de los internos. Tuvieron que trasladar a todos incluso a la Directora al centro de salud de la Garita de Lima, para que allí nos tomaran muestras de sangre. Seis internos se habían contagiado, de los cuales tres habían escapado cuando nos llevaron al centro de salud. Los otros tres junto a la Ángela, fueron tratados con medicamentos, como ya no se podía tener relaciones con ella, fue remplazada por la Paola. De los males más frecuentes que sufren los internos esta la famosa rascalomita o sarcoptosis, esto viene a consecuencia de la molestia que ocasionan los piojos y como uno no puede aguantarse se rasca en exceso, al poco tiempo se forma en el cuerpo unas ronchas que parecen sarna y de paso contagia a quienes comparten la misma cama, aparte de esto, la gran mayoría de los menores internos, sufre de paracitos en los intestinos, sin que el "Departamento Medico" haga algo para aliviar esas dolencias.

Desviación de alimentos

Después de las horas de las comidas, no es raro que algunos internos se dirijan a los turriles de basura para escarbar entre los desperdicios, en inútil búsqueda de algo comestible. Acaso esto explique porque en horas de la noche, la Directora ordenaba a los regentes que nos manden temprano a la cama, para sacar alimentos del depósito de víveres. Esto sucedía casi semanalmente y además de víveres desaparecían también enseres de limpieza como escobas, jabones, jaboncillos y ambientadores.

Guillermo estaba detenido por violar a una menor, el momento de su captura sufrió una terrible caída que casi le destroza la rodilla, y como no recio atención medica caminaba cojeando y quejándose de dolor. En febrero de 1975 se inauguró el año escolar. Vinieron al Patronato los profesores que trabajarían con los niños, nos hicieron formar, y uno de estos pregunto si había alguna queja, para hacerla conocer a la dirección de DIRME. Como prometieron que no habría represalias, Guillermo salió al frente y denunció que la comida que se nos daba era pésima, y que en horas de la noche, la Directora se llevaba a su casa los víveres destinados a los internos. Hubo rumores de todo tipo; en la tarde, la Directora

fue llamada a las oficinas de DIRME. En la noche, al dirigirnos en fila a los dormitorios, el regente del segundo piso, detuvo a Guillermo en el patio y lo obligo a realizar toda clase de ejercicios físicos sin importarle que estuviera mal de la rodilla. A consecuencia de ello, nunca pudo sanar.

Promiscuidad y perversiones

Así como el Patronato es una escuela de delincuentes también se pueden adquirir algunas perversiones sexuales. Hace tiempo pregunte a Valerio, que antes era regente de primer piso, porque trabajando para DIRME, no hacía algo para que los menores reclusos no se degeneren. Me contesto era preferible hacerse el loco, ya que los internos olvidarían sus intenciones de fuga y de paso, al tener relaciones con otros muchachos, sus necesidades sexuales estarían satisfechas. No se acordó que, por ejemplo, en su piso había un mocoso de ocho años, al que todos lo conocían como el Samburgo. Los mayores lo llevaban hasta el baño para que, a cambio de medio pan, les chupase el pene; si se prolongaba por más de cinco minutos había que darle un pan entero. Un día de esos, cayo un grupo de unos cuarenta muchachos, descubiertos en una fiesta consumiendo marihuana, y pasta base de cocaína. Como las camas debían alcanzar para todos, el regente y la Directora optaron por hacer dormir a los muchachos de dos en dos, fue cuando el Chorcho y el García decidieron compartir una cama. A los dos días el Chorcho lucia la camisa que le había dado el García, fue el pago por los favores recibidos.

Tampoco era raro que niños sanos compartan las mismas camas con otros que están enfermos o que hubieran perdido la razón, tales como los loquitos que Vivian en el Patronato. Después la Directora decidió enviar a los locos a dormir en la lavandería, donde les dieron colchones ya podridos por los orines, frazadas viejas y catres que habían sido archivados, a sus seis años, Walter sufría ataques epilépticos como él dormía en el primer piso, el regente se cansó de atenderlo por lo que prefirieron mandarlo a dormir con los loquitos en la lavandería.

Años después, vivía en el INAI y, aunque todavía sufría ataques, me dijo que estaba mucho mejor que en el Patronato, ya que aun cuando vivía con retardados mentales, por lo menos podía salir a la calle y comía como la gente. El duende era otro mocoso de seis años, constantemente castigados por los regentes y por los internos mayores. El motivo: se quejaba que era obligado a servir de mujer de los internos mayores.

Escuela de delincuentes

Gran parte de quienes pasaron por el Patronato, con el tiempo se volvieron delincuentes, la gran mayoría también termino su existencia en las granjas correccionales de la Policía, los que no sabían lo que era delinquir, aprendieron a hacerlo en el Patronato, al extremo que al salir en libertad, (lo correcto sería decir, huyeron), llegaron a destacar en el mundo del hampa.

Marcelino Chino era el proveedor oficial de peines entre los internos, ya que ejercitaba sus habilidades como carterista sacando peines de los bolsillos de sus compañeros, al día siguiente los vendía cobrando el pan que les daban en el desayuno. El dedos delincuente precoz, en cierta ocasión le dijo al regente que su pañuelo le gustaba tanto, que le daba ganas de robárselo, este lo guardo prestamente; cuando terminamos de charlar, no supo en que momento el Dedos se lo había sacado; este se lo devolvió: como estaba muy usado, había dejado de gustarle.

Miguel Ángel, manco de la mano derecha, aprendía en el Patronato, el oficio de monrrero; por lo que con el tiempo, resulto uno de los delincuentes más buscados. Cuando al Adolfito lo trasladaron desde las celdas de la Policía, el agente que lo escolto no se dio cuenta en que momento le había robado su reloj, solo después de varios días vino a reclamarlo en las oficinas del Patronato.

Violencia: la necesidad de sobrevivir

El Orureño, que con el tiempo llegaría a ser un gran choro, tenía en el Patronato una víctima a la que, vez que podía, cocacheava en la cabeza, Esa víctima era el Palito, un mocoso de unos seis años, que siempre le pedía que no se pase de abusivo. El Orureño iba por los quince años y cada vez que veía distraído al Palito, se le acercaba por detrás y ¡ZAS!

llegaba el cocaho. Una tarde mientras los changos jugaban futbol, la pelota rompió uno de los vidrios del comedor, inmediatamente desaparecieron los vidrios rotos y nadie dijo nada al respecto, al día siguiente cuando yo bajaba con el Orureño del comedor al patio, se le acercó por detrás a su víctima y le aplico en la cabeza un coscorrón que le hizo lanzar un grito de dolor. Sin previo aviso, el Palito saco de uno de sus bolsillos un pedazo de vidrio y ahí nomás le tiro un corte en una de las rodillas al cocacheador. Fue rápidamente llevado a la enfermería y cuando regreso cojeando al patio se acercó al Palito para amenazarlo pero este le increpo sobre la marcha: Parece que no escarmientas. ¿No? Sigues molestando, la próxima vez te voy a cortar el culo y a ver a quien te quejas. El Orureño no volvió a molestarlo, las peleas si bien no eran frecuentes cuando se producían siempre corría sangre, los changos esperaban que hubiera un perdedor antes de que llegaran los regentes a interrumpir la pelea.

Las fugas, toda una hazaña

Son muchos los intentos de fuga que tuvieron éxito. Hubo los que resultaron trágicos, otros divertidos y hasta los dignos de un aprendiz de Papillon. La fuga del Tirulo, casi termina con su vida. Una noche lluviosa, en la que los internos dormían, él se metió en uno de los baños para ejecutar su plan. Se subió a uno de los inodoros y salió por la ventana, sosteniéndose de los tubos plásticos que cubren los cables de luz, empezó a descender lentamente, siempre agarrado del tubo plástico, en una de esas sus manos resbalaron, en un desesperado intento por frenar la caída, se tiró contra los vidrios de la ventana del primer piso, hiriéndose en las dos piernas y el pecho. Los regentes llegaron hasta donde había quedado colgado, la cantidad que había en el piso era sobrecogedora el pobre Tirulo parecía un muñeco, lo llevaron al Hospital General donde lo sometieron a una operación de emergencia, tras un mes y medio le dieron de alta y volvió al Patronato, pensando ingenuamente que había escarmentado. Fue inútil; el Tirulo espero una noche sin lluvia y escapo, esta vez con éxito. Otros escaparon también por la ventana del baño, mirándola detenidamente, parece imposible que alguien pueda pasar atreves de ella. El Dedos y el Rojos eran amigos inseparables que fueron trasladados desde la Policía. El Rojos decidió quedarse para recuperar fuerzas y dormir como la gente, en una cama aunque esté llena de piojos, en cambio el Dedos dijo que iba a quedar tan solo una semana, hasta que se le pasaran los dolores por las palizas recibidas en la Policía, después piraría, no le gustaba la idea de pasar muchos días encerrado en el Trono, así le llaman en coba al Patronato.

Justo a la semana, cuando íbamos al comedor para almorzar, el Dedos me dijo que esa misma tarde se escaparía, que ya había descansado por demás y que los fines de semana le mandaría una k'umunta al Rojos, mientras permanezca en el Trono, mientras almorzábamos, el Dedos se comportaba normalmente, nadie sospechaba sus intenciones. Al terminar el almuerzo, al pasar por donde estaba, me dijo "CHAU" y bajo por las gradas como si fuera a jugar al patio, a los pocos minutos, el regente del tercer piso pregunto por él, todos empezaron a buscarlo. No lo hallaron.

Tiempo después me contó que había hecho para desaparecer, cuando bajo del comedor se acercó a la puerta de entrada donde el portero, de apellido Laura, hablaba con su ayudante el Huanca. Sin hacerse notar, tranquilamente abrió la puerta y salió, mientras los dos vigilantes seguían conversando. Los más esperaban pacientemente unos dos meses, hasta que los incluyan en las listas para ir al Cine 16 de Julio en matiné. Una vez en plena función, mientras los encargados de la custodia seguían la película, tranquilamente se levantaban como para ir al baño y salían del cine como si aquello los hubiese aburrido. Cierta domingo, un interno salió del cine y fue a ganarse unos pesos lanceando en la calle, una vez que reunió cierto dinero, se fue a comprar ropa nueva y retorno al Patronato, decía que con ropa para cambiarse, podía aguantar de interno. Le salió mal el chiste, porque cuando volvió, su nombre avía sido borrado de la lista de quienes iban al cine los fines de semana.

Negocios para sobrevivir

Cuando dos menores jugaban a las damas, lo más seguro era que el perdedor sacrificara el pan de su desayuno o la sopa de su almuerzo, la compra y venta de ropa estaba supeditada al poco dinero que disponían los internos o a la cantidad de panes que el interesado estaba dispuesto a pagar. No importa que la ropa no estuviese nueva, lo importante era que el que la comprara tenía un trapo más para abrigarse. Cuando la Ángela fue internada trajo una bolsa llena de

su ropa, una noche que se quejó al regente por la pérdida de sus prendas, sacaron el gangocho debajo del catre y lo único que tenía era una pollera de chola, una chaquetilla y un sombrero estrujado. El tantazo de chompas, pantalones, camisas y chamarras había desaparecido como por encanto. Como nadie pudo dar referencia alguna, ni siquiera sometiendo a los internos a castigos físicos, el asunto quedó archivado. Después se supo que el Ticono, que también trabajaba en la cocina y que por un buen tiempo fue el amante oficial de la Ángela, aprovechando la salida de los domingos, se ponía la ropa una sobre otra y ya en la calle, se las sacaba y las iba a vender al Barrio Chino. Con esa plata pasaba un buen fin de semana. Tras mi internación, la Directora tubo un arranque de locura y me nombro su ayudante para repartir el pan en el desayuno y el té, yo entraba con ella al depósito para contar y pasar a una bolsa vacía los panes que se distribuirían, en una de esas me di cuenta que la vieja se distraía dando víveres las cocineras, y como tenía que contar el pan en voz alta, aprendí a hacerlo de manera correcta: 5, 10, 15, 20, 15, 20, 25, 30, 35..... Y así me sobraban unos diez panes, que entregaba a mis vendedores para que los financien entre los demás; luego de tomar él te, ellos me entregaban la ganancia, esto lo hacía dos o tres veces a la semana, nunca me pescaron.

El olor a sacristía

En junio de 1975, trabe amistad con el sacristán de la iglesia de Jesús del Gran Poder, se llamaba Francisco y era la antítesis del franciscanismo, cada vez que pasaba por la zona del Gran Poder en Chijini, entraba a la iglesia a saludarlo, una noche, Francisco se quejó porque no sabía qué hacer con tanta basura acumulada, pues quienes debían botarla dejaron de hacerlo hace tiempo, yo le dije "Que gran cosa es botar la basura, si quieres yo lo hago y así dejas de quejarte como madre soltera" Asunto concluido, entre al patio de la iglesia, agarre un nylon grande y me lo coloque como un poncho. Cargando un gangocho enorme de basura (que solo eran flores secas, mixtura aserrín etc.)Fui hasta el basural de la zona y ahí la bote, esa noche creo que hice unos tres viajes hasta acabar con toda la basura reunida, Pancho me cancelo una buena suma y me rogo que le ayudara por lo menos unas dos veces a la semana, el me lo reconocería.

Así fue como quede ligado a la iglesia de Gran Poder, a las pocas semanas el secretario dela parroquia. Don German me pidió que transcribiese en un cuaderno algunas partidas bautismales. Cuando le entregue las copias el secre vio que mi letra era más o menos aceptable y me contrato para que le ayudara a poner al día sus libros de bautismos porque se había retrasado casi cinco años y el cura le estaba apremiando, los días ordinarios se celebraban de tres a cinco bautizos, los sábados pasaban de los cincuenta, mientras que los domingos no llegaban a veinte ¿se imaginan la cantidad de partidas que se le habían juntado a German? Este había hecho paquetes con las partidas y como no tenía ni registros, cuando una persona venía a sacar la partida bautismal de su hijo, tenía que calcular en que libro podía estar y así al tunqui-tunqui, le extendía el certificado. Mi trabajo comenzó con relativa regularidad y a los pocos días le dije a German que, para avanzar más violentamente, era conveniente que me quedase a dormir en la parroquia, así podría trabajar incluso por las noches. Acepto mi propuesta y me traslado a un cuarto al lado del depósito de velas (un criadero de ratas para ser más explícito), donde acomodamos una mesa y una silla. Tras meter en un rincón varios gangochos llenos de ropa que llevo de los Yunaitis para la gente pobre, pero que el cura prefería tenerla apolillándose en el cuarto, y con dos frazadas que me dio el secretario, quede posesionado para trabajar sin descanso en el copiado de las partidas bautismales. Cada semana le entregaba hasta tres libros llenos, y ya que había hecho más dela mitad del trabajo (habrían pasado unas tres semanas desde que empecé a botar basura), el cura boto a su secretario y trajo a su remplazo a una de sus sobrinas que era tan disparada como el tío. La sobrina atendía la oficina y se encargaba de cobrar misas, bautizos y matrimonios, trabajo hasta fines de ese año y fue remplazada por su hermano Pepe, el cura, aprecio de gran manera el trabajo que yo había hecho y me permitió seguir ocupando el cuartito del patio. Los fines de semana dejaba que me cancheara algunos pesos ayudando a los bautizos y en los matrimonios dos hijos de doña Vicenta quien vendía velas en la puerta de la iglesia, también venían a ayudar en estos quehaceres. El Antonio de unos quince años y la Esperanza de catorce, también venia Ignacio que trabajaba en radio San Gabriel, y como era familiar del sacristán, ayudaba los sábados y domingos, otro de los ayudantes asiduos era el Antuco, un idiota con más de veinticinco años y que servía para que descargáramos nuestra bronca en él. Todos hasta el párroco, se desahogaba con el Antuco.

Teníamos una técnica especial para ganarnos los billiquines, por ejemplo, en los bautizos, el cura los realizaba en grupos de diez o quince niños, y es fácil imaginar el alboroto que armaban los niños, padres, padrinos y familiares.

Tras terminar el segundo grupo, el cura se metía en la sacristía a descansar, quienes se atrasaban, y venían preparados para la farra que seguiría al bautizo, se asustaban cuando les decíamos que el padre estaba enojado por su atraso y que tendrían que volver al día siguiente. Ahora bien, si depositaban alguna colaboración para los pobres de la parroquia (que éramos nosotros, incluido el sacristán), podíamos rogar al padre para que salga a terminar de bautizar a los t'unas. Cuando los padrinos aflojaban el quivo, entrábamos a la sacristía para avisarle al cura que ya avían llegado los atrasados.

El que se encargaba de estos trámites en los matrimonios, era el hijo de doña Vicenta, se acercaba a los padrinos para que firmasen el pliego matrimonial y de paso les decía que había que pagar una especie de cuota para ayudar a los pobres de la zona, como no podían quedar mal delante sus ahijados, los padrinos pagaban la suma requerida y si se negaban el Antonio les hacía quedar mal ante el cura, diciéndole que los padrinos se habrían negado a cooperar con las obras de la iglesia, al cura le convenía esa forma de financiarnos, ya que como fiel devoto de San Tacaña, le dolía en el alma y en la billetera tener que pagarnos por nuestra ayuda.

El padre Fernández tenía su despacho sobre la oficina parroquial allí guardaba las cajas de vino y sus papeles personales, el día de Navidad mientras el tata celebraba la misa de gallo su sobrino, el sacristán, el Antonio y yo, nos echamos una borrachera tal que casi dejamos a la parroquia sin vino, mientras el tata estaba en misa, nosotros brindamos por la dicha y felicidad de todos, así estuvieron las cosas hasta enero, el sobrino del cura dejó de trabajar para seguir sus estudios y quien ocupó la secretaria fui yo, se confirmaba la teoría de que cuando uno empieza abajo, como encargado de botar basura podía escalar posiciones hasta llegar a secretario de la parroquia. En lo económico mi posición no mejoro nada, el cura ni se tomó la molestia de fijarme un sueldo si como para subsistir yo solo necesitara las bendiciones del cielo.

La esposa del sacristán era una gorda que más que su mujer parecía su mamá, como estudiaba hasta las 9:30 de la noche en una academia y la única puerta de entrada era la de la iglesia su marido debía esperarla, varias noches lo acompañe en la espera y a manera de matar el tiempo, solíamos jugar loba en el altar. Una noche que lo desbanque, Francisco me llevo al bautisterio donde estaba la imagen del Señor del Gran Poder y abriendo la limosnera que había allí, me dijo: "solo vas a meter y sacar la mano una vez...." Yo le hice caso y tras meter la mano y sacar los billetes que pude agarrar, el también metió la mano y saco lo que pesco a su alcance. Hecho esto, cerró con candado la limosnera y volvimos al altar para seguir jugando como si no hubiera pasado nada. Los sábados realizábamos la limpieza general del templo, tras parar los bancos contra las paredes, solíamos jugar un partido de futbol antes de comenzar a barrer la iglesia.

Fueron lindos días los que pase en la parroquia, y mucho más cuando una tarde me declare a Esperanza, la hija de la señora que vendía velas, y ella acepto ser mi enamorada, era una muchachita a la que le avían empezado a desarrollar todos sus encantos, y como solo tenía catorce años, daba gusto tenerla de enamorada, porque todo en ella respiraba virginidad e inocencia. Recuerdo que hacíamos limpieza del cuarto de las velas, porque un señor compraba el cebo que se acumula en las mesas donde la gente encendía las velas, como había que meter el cebo en unos gangochos, Esperanza convino en ayudarme, en lo mejor de esa tarea, ella empezó a burlarse por que no podía mover uno de los gangochos, y como eso no me gusto, me acerque y la tumbé sobre un baúl donde se guardaban ropas viejas desechadas por los curas desde la fundación de la parroquia. Encima de ella, le dije que si hubiera sido mi enamorada, ahí mismo la hubiera hecho acaycuchir. Como respuesta, me pregunto por qué no me animaba a declárame, a lo que no tuve más remedio que hacerme el loco y le pedí que me acepte. Nos arreglamos, y yo cometí el error que ningún hombre debiera cometer respetarla y no mancharla haciéndole macanas. La cosa marchó bien hasta la tarde en que, al salir de la iglesia pregunte a su madre si sabía dónde estaba su hija, dijo que tal vez estaría en su cuarto, fui hasta allí y al empujar la puerta que no habían trancado, vi adolorido, que la muchacha a la que respetaba, estaba en plena función con un fotógrafo al que conocíamos con el nombre de Eloy.

Esa fue mi primera decepción sentimental, y como es de rigor que todo hombre decepcionado debe dedicarse a la borrachera, por las tardes me perdía de la parroquia y me iba a cualquier pensión para echarle mis cervezas. Una noche decidí alejarme de todo aquello, y tras comprar un pasaje a Cochabamba, me aleje sin despedirme de nadie, hace algunos años me encontré con doña Vicenta, al preguntarle de su hija, me dijo que se había casado y que tenía dos hijos.

Las cantinas y sus rincones

Las cantinas o tragueros nos frecuenta la muchachada, los bohemios, noctámbulos, artilleros (artistas) y marginados, están en zonas muy populosas y no se parecen en nada a los bares donde va la llamada gente decente, en estas cantinas se ven batallas campales, robos, violaciones, pero también romances apasionados.

El Oriental

En el Oriental se dan cita, los K'olos de El Prado y la Plaza Perez Velazco, funciona a puerta cerrada desde la media noche y aquí se puede comprar y fumar sobrecitos de "base". No hay temor de que llegue la cana a fregar y eso que este boliche es conocido. Entre los clientes habituales está el Coco Suarez, declarado por los tribunales un adicto crónico el Coquito asegura que cuando se muera los médicos se van a pelear por comprar sus pulmones, en ellos hay muestras de todas las drogas conocidas: desde el cristal y la base, hasta el hachis, el LSD, el peyote los altañes y la marihuana.

La Colorina

Ubicada en la periferia de chijini, (en realidad se llama Beto), además de Pamela, la Angélica, y la China Ojara, vienen a ganarse el pan de cada día, como meseras a parte de esa otra cosa que las hace vivir. En este boliche los jóvenes se duermen ya sea por inexperiencia o por no estar acostumbrados a los tragos cortos, entonces corren peligro de que algunas de estas "chicas" los hagan quedar hasta la madrugada y se los morfen sexualmente.

La Casa Blanca

La Casa Blanca es la única cantina que atiende las 24 horas y de domingo a domingo, el único día que hay algo de comer es el lunes, para evitar posibles males estomacales, los clientes le echan nos cuantos tragos. En esta cantina desde la madre hasta las nietas son rastrilladoras, no faltó quien se cobró venganza haciéndole un par de gemelitas a la hija mayor, la Gladys, sin importarle que sea jorobada, y con el tiempo tubo nomas que casarse pese a ser fea con ganas.

La Casa Blanca me trae gratos recuerdos porque fue la primera cantina donde bebí las 24 horas del día, aquí batí mi record de borrachera por 19 días y 19 noches consecutivos, despertaba para desayunar con alcohol y, si esos días comía algo, no me acuerdo.

Las Cortinas

Bajando una cuadra de la Colorina, esta, Las Cortinas, su dueño es el Chancho, ex Viscacha del Barrio Chino, que se dio de que podía ganar más plata vendiendo trago que rebuscando con sus chivas, el apodo le vino por que una vez lo encontramos en un basural completamente borracho y, se pasa de gordo, parecía un chancho durmiendo. En esta cantina no se puede entrar con reloj, pues si el Chancho ve a algún tipo con ese artefacto se acuerda de sus tiempos de vizcacha y olvida su honradez.

El callejón Tapia

Ubicado en el callejón del mismo nombre, es el lugar de reunión de todos los artilleros de Tembladerani y la avenida Buenos Aires, ahí uno puede ver como el alcohol destruye, a hombres y mujeres, hay tipos que ya tienen el rostro, las manos y los pies completamente hinchados, aun sabiendo que se pueden morir si es que siguen tomando, no les interesa siguen tomando. El baño de este local está siempre ocupado, si no es por gente que hace sus necesidades (no hay pero cosa que cuando un artillero entra a defecar en el baño, deja todo hediondo muy hediondo), es por las parejas que han entrado a "ponerse al día". Los carabineros que patrullan la Avenida Buenos Aires, ocupan gran parte de su ronda en

este local y uno puede ver como reciben su parte correspondiente de los robos que suceden allí. Aquí es donde tuve mi bautizo de fuego en cuanto a tragos se refiere, ya en cierta noche, al ver salir a algunos ebrios y ver que no temblaban, comprendí que con alcohol en el cuerpo, el frío nocturno es más llevadero, entonces entre a tomar los primeros tragos fuertes de mi vida. Fue en agosto de 1974, tenía 16 años.

El Abismo y la K'umu

Ubicado en Munaypata, cerca del bosquecillo de Pura Pura, Abismo es lugar de reunión de todos los Chojcheros del Rod Stewart y del Casanova Disco, los dos chojchos más famosos de la zona, también paran todos los volteadores de Villa Victoria, la gran atracción de esta cantina es la hija del dueño, la Vicky.

Al lado de El Abismo, está el boliche de la K'umu, hermana de la Simona, donde venden los tragos más fuertes: alcohol y samapa, la única desventaja de estas dos cantinas es que cuando uno ya está caña, en vez de bajar por el camino que va al puente de Villa Victoria, puede resbalar por el barranco hasta la avenida, eso me paso una madrugada. Resbale y aparecí tirado como sapo en la avenida que conduce a El Alto, tuve la suerte de no caer bajo las ruedas de un auto.

El Volcán

En la famosa Villa Balazos, donde se definió la Revolución del 52 en Villa Victoria, la única cantina que se hace respetar entre las demás es el Volcán, es un lugar de cita para noctámbulos y choros de la zona, sus tragos no son tan mortales como la dueña, quien mato a mi amigo Silvico. Ocurre que ambos vivían un romance apasionado, y la vieja para tenerlo a su lado le mantenía el vicio. El Silvico andaba ebrio en forma permanente, hasta que una madrugada tras una pelea, la dueña boto al Silvico como a perro, sin considerar que apenas vestía una palera, apareció muerto de frío, a media cuadra de la cantina, acurrucado en el suelo en posición fetal.

El 222 y la Curva

En El Tejar los boliches más mentados son el 222 y La Curva, donde los fines de semana uno puede ir a comer un chicharrón, echarse unos tragos bailar con orquesta y recogerse llevándose uno o dos agujeritos a la casa o al alojamiento. Todo el sector delincencial de la ciudad se cita en estas cantinas incluidas la Policía. Sin embargo El Tejar es famoso sobre todo por sus cantinas sin nombre, donde se sirven botellas de alcohol aguado y se reúnen hasta más de un centenar de artilleros.

El Avión y Las Linderas

En Chijini, entre las cantinas más fregadas está El Avión, donde generalmente no pasa nada, de vez en cuando le cortan la cara a algún cliente o un policía conchudo, recuerdo que una noche, un teniente vino a fregar al local; Fue tanta su prepotencia que no faltó un pendejo que lo puso en su lugar cortándole una de las mejillas. Las Linderas es el punto de inspiración de algunos artistas y compositores como Pepe Betancourt y Dino Maido; tenía entre sus clientes a José Zapata, Carlos Palenque, Pepe Murillo, Ernesto Cavour y otros

Las Cadenas

A esta cantina de mala muerte iban los más machos y pendejos de Alto Chijini y El Tejar, como la clientela era de poco fiar, los dueños atornillaban los ceniceros a las mesas para que no sean nacionalizados, a falta de vasos a los costados de las mesas hay pequeños jarritos de aluminio unidos por las asas a una cadena metálica clavada a la mesa. Los tragos son servidos en pequeñas jarras plásticas, cuando entran clientes nuevos al local, el garzón, un cliente antiguo que gana sus pesos ayudando al dueño, lo primero que hace es limpiar con un trapo húmedo los bordes de los jarritos para mostrar que en las cadenas la higiene es lo primero. Cuando Las Cadenas estaban en su auge, los dueños abrieron una sucursal por el lado de Chamoco Chico, detrás del Cementerio General para satisfacer a la clientela.

Las cantinas callejeras

En las noches, muchas mujeres salen a las calles a vender a sus clientes habituales y a los que no lo son los afamados tes con tes que tanto ayudan a combatir el frío, se ubican en las aceras de las calles más concurridas y soportando el frío venden sus tragos hasta las seis o siete de la madrugada. Los lugares preferidos por estas mujeres son: la plaza San Sebastián, más conocida como Churubamba, la avenida América, la plaza Vicenta Juaristi Eguino, la avenida Buenos Aires, la calle Tumusla, el cruce de Villa Copacabana y villa San Antonio; la parada del micro N° 2 en Tembladerani, la plaza Garita de Lima y el parquecito ubicado frente al Cementerio General. No hay que confundirse, estos son los traguenos ambulantes y nada tienen que ver con las cantinas que funcionan entre cuatro paredes.

Las dos “cantineras” más destacadas entre las más de cincuenta que salen a vender sus tragos cada noche serían doña Alicia y la mamá de la Yaque. Doña Alicia era una mujerona que trabajó más de veinte años como K’ola barata en el putero de doña Carmen Rosa, ubicado en el ex callejón Condehuyo, la retiraron porque cierto día se peleó con la hija de la dueña que también es flauta, y la dejaron cesante sin reconocerle los beneficios sociales las piernas a los clientes, desde el día de su jubilación obligatoria, empezó a vender sus tragos a los cañas, que no faltan por la avenida América y de paso aprovecha para ir “un ratito a orinar” a la calle Figueroa acompañada de un caña. Con la ganancia que le da el trago, además de la que le da su ganapán doña Alicia vive más o menos decentemente y, según me contaba ahora los tiempos en que los hombres le rogaban y no como ahora que los únicos que la solicitan son los cañas más desesperados, ya esta vieja y agotada incluso ya es abuela de no sé cuántos nietos.

El puesto de venta de la mamá de la Yaque está ubicado en la calle Tiquina casi Evaristo Valle, cada noche sale a vender sus tragos y cuando entre sus clientes hay un chango más o menos bien, se le despierta la calentura y ya nomás lo hace chupar de la manga, a ver si después se lo pasa por las armas en algún rincón oscuro, es sabido que cuando uno está verga y el llok’alla molesto, cualquier agujero es bueno, aunque sea el de un carabinero. Alrededor de estas poncheras que venden sus tragos en la calle, aparte de los parroquianos habituales o aquellos que chupan solo los fines de semana, se juntan también humildes aparapitas, artilleros que tratan de manguear a quienes parecen estar con plata; las minas que hacen hora mientras consiguen clientes o las que ya han ido a tirar y quieren echarse algunos tragos antes de irse a dormir, los chisos que buscan “el nervio duro de cada día”, y algunos loquitos que pretenden hacer reír con sus huevadas solo por ganarse un trago.

Las Catedrales

Los habitantes del averno

Ubicada frente al albergue del Ejército de Salvación a una cuadra del mercado Rodríguez, El Averno es una de las cantinas con categoría, en sus buenos tiempos era una verdadera antesala del infierno, allí hubieron infinidad de asaltos, violaciones y peleas, atracos y uno que otro asesinato, eran tan violentas las noches de farra que a nadie extrañaba ver el empedrado manchado de sangre, ni los jovencitos sin chompa ni zapatos que dormían en el suelo. Don Víctor, dueño de El Averno, se esmeró en decorar apropiadamente su local haciendo pintar en sus paredes escenas sacadas de la Divina Comedia. Aquí se iniciaron las monas más famosas de mi generación, quiero mencionar en primer lugar a Sarita, que en su adolescencia fue tan hermosa que su padastro la violó cuando tenía doce años. Don Víctor cuenta que daba gusto acariciar el cuerpo desnudo de Sarita, cuando era adolescente, antes era tan engreída que se iba con los que tenían quivo, ahora derrotada por la vida y avejentada antes de cumplir los 25 acepta irse a la cama o al baño con el que le invita unos tragos y le regala algunos pesos, tuvo cinco hijos pero solo viven dos.

Otra mina que hizo furor en esa cantina es la Lupe, que tenía los senos más grandes de La Paz, viéndola por atrás parecía un cargador o un levantador de pesas, de adelante destacaban sus pechos, al extremo de que estos eran los primeros en aparecer por la esquina, se peinaba “cola de caballo”, para mostrar aparatosamente la cicatriz que le prolonga la sonrisa. Uno de los clientes más antiguo de El Averno es Braulio el Pegabonito, su especialidad: voltear muñecos, en su dormitorio tenía en calidad de trofeos infinidad de gorras y bastones de mando de oficiales y

carabineros. Estuvo en la cárcel por intento de homicidio a un oficial de la Guardia, es un tipo de pocas pulgas una vez que los Ch'isos disfrazados de bailarinas orientales llegaron a El Averno después de una entrada de carnaval, y cuando la Barbarella se puso a danzar sobre la mesa el pegabonito dijo "A mí no me gustan los maricones" y acto seguido volteo violentamente la mesa

El Averno empezó a funcionar a principios de los setenta y tuvo su auge entre el 75 y 80. Al principio funcionaba en una pequeña pieza de seis por tres metros y era tal la afluencia de clientes que a falta de mesas, había que tomar parado. No tenía baño y los que salían a ch'ojorar afuera corrían el riesgo de no volver por que los volteos estaban a la orden del día, una noche sin dos o tres peleas era aburrida, ha corrido tanta sangre que ese callejón podía estar teñido de rojo. Don Víctor tiene el aspecto de ser un transportista bien alimentado, de corta estatura el vientre prominente, la papada caída como de un chanchito siempre ha sabido mantener el orden en su cantina, parece que antes era piñaco pese a su pinta siempre si hizo quedar las mejores ñatas que llegaban a su boliche la única tipa fea que eligió pues por desventura ahora es su esposa, fue la Brigida. El revolver guardado en su mostrador le ayuda a imponer el orden, a veces es buen tipo pero generalmente es una mierda de gente, los únicos que le pararon el coche son los alfonsos. El Jaime y el Gonzalo dos ex cadetes de Policía, hijos de un Coronel activo, que sembraron buena fama en todas las cantinas de la zona. Altos y delgados, los alfonsos en vez de músculos tienen nervios, una madrugada en que estaban armando bronca en el Averno el dueño les prohibió definitivamente la entrada antes de salir Gonzalo el menor de los hermanos le dijo "Víctor voz me gustas te voy a comer al horno cuando estés preparado como chancho". A los pocos días por la madrugada, los alfonsos vieron medio chupados vistiendo sus uniformes de Academia el menor abrió la puerta de un puntapié y arrojó dentro del local una granada de gas lacrimógeno, se armó un gran despelote hasta el Víctor lloro, creo que por primera vez en su vida, y se arrepintió de haberlos tratado mal, ahora cuando los hermanos entran al boliche, les invita como cariño de la casa, una botella de trago. La ola delictiva que sufre La Paz alcanzo a afectar al mismo Averno; un lunes por la madrugada, en el invierno del 84, amaneció con las puertas abiertas y Don Víctor casi se hace dar un ataque al comprobar que los choros se llevaron su aparato "tres en uno", su revólver, dinero que tenía guardado en el mostrador discos y acaso lo que más le dolió varias botellas de trago. Ofreció buena recompensa a quien diera datos, pero hasta la fecha no se sabe nada.

La vida y la muerte en las carpas

Las Carpas., ubicada en un sector por donde la gente teme trajinar de noche, es de esas cantinas que llaman de mala muerte. Bueno, es de muerte porque, por mis días de bohemia, murieron cinco o seis personas. Para ingresar hay que trasponer un pequeño corredor, estrecho y maloliente que desemboca en un patio con piso de cemento. Al fondo está la cantina propiamente dicha, y en el comedor que sirve de win, hay una media docena de, mesas en las que los mascapiscos se sientan para echarse sus chocolates. Las paredes disimulan su falta de pintura con cuadros de desnudas, Tras el mostrador hay un estante con botellas vacías y que sirven para que los mascameles que frecuentan su local tomen un trago. Ahí se dan cita lo más selecto y granado del hampa de la mafia y de las minas que aflojan rapidito y se meten tanto con el que tiene plata como con el que no la tiene también se dan cita homosexuales, lesbianas y alguno que otro limosnero del Ei prado. Entre los clientes habituales, llegan hijos de familia bien y alguno que otro K'epiri que ha venido a dejar por unos tragos las ganancias de una semana el ambiente es tan pesado que si uno no se mama con los tragos, lo hace con el tufo que circula por las piezas. Los dueños son cuatro hermanos (inicialmente eran cinco, uno de ellos murió con cirrosis), tres mujeres y un varón, se turnan cada 24 horas para atender poniendo cada uno sus botellas de alcohol y sus copas, la que gana más es la Mechy, una tipa de unos 35 años que en su juventud fue pintuda y ahora lo sigue siendo aunque se vea un poco gastadita. No faltan caseros del boliche que más que beber solo van por observarla, Recuerdo al que le decíamos El Filósofo que cuando atendía la Mechy, se iba al mostrador a tomar sus tragos. Cierta vez ella se molestó de tenerlo ahí, hecho una verga apoyado en su mostrador; le tiro un sopapo y lo boto, lo llame a mi mesa y le dije que era absurdo que estaba bien que se enamore pero no al extremo de aguantar los golpes de la dueña me respondió que la Mechy lo quería que hasta el fuerte sopapo que le había dado era con cariño. Entre los clientes habituales del hampa puedo recordar al Ch'oncho Paulino, El Toscanito, el Calaminas Mayor, el Ch'utis Billa, el Miliciano, el Loro, el Pekines, el Yango. Entre las mujeres del gremio y que también eran carteristas, iban la Cabezona, la Rosa Cory,

la Julieta, la Huaycheña, la Nela, la Rocky, la Mugue, entre las que solo llegaban a tomar, o sea las artilleras, estaban la Negra Betty, la negra Adela, (negra autentica) y muchas otras cuyos nombres no recuerdo pero eran más chupacas que los hombres. Entre las lesbianas recuerdo a la Martha y la Mechy (otra mercedes no la dueña). Entre los maricones que iban estaban el Pitter más conocido como La Barbarella, y la Sandra o Pablo quien por una decepción amorosa se dedicó a la mendicidad y como ella dice al pueterio. Las Carpas es una especie de domicilio permanente de hombres que han perdido todo por su afición a los tragos infames, los más conocidos son el Sombras, que tiene el cuerpo totalmente hinchado, el Gaucho que escapo dos veces del pabellón Británico del Hospital General, el Cubas, el Cabo Canqui, el Ceres el Amado muerto por intoxicación alcohólica, el Mellizo, el Mario, todos ellos ayudaban al dueño a atender el local y además de la propina como una manera de financiar su subsistencia, rastrillaban a los cañas que se quedaban dormidos. Si estos no tenían dinero, les sacaban desde la chamarra a los calzados. Como el local es punto de reunión de los chorros, minas, palomillos y volteadores, la cana también hace visitas sorpresivas para atraparlos. Cuando chapan a uno, lo llevan hasta la esquina y ahí le laburan todo el quivo que tenga guardado en sus enguillos y después lo sueltan, las minas son las más conchudas, porque no aflojan nada y como saben que para ellas no hay echada, se hacen el plato de los tiras al extremo de no prestarles la más mínima atención. También es un lugar frecuentado por los tombos y como estos saben muy bien que si se pasan de conchudos les puede costar caro, se desquitan con los giles que nunca faltan en este local, las visitas de raybans y tombos se suceden todos los días y a los clientes que frecuentamos este antro casi no nos afecta en lo absoluto.

Dos en un día

No puedo olvidarme la vez que en el interior de Las Carpas, murieron dos personas en un solo día. Entre los que iban desde tempranas horas a echarse unos tragos estaba un Capitán de Tránsito; cada madrugada se tomaba sus cinco o seis tragos cargados antes de ir a su pega, por esos días llego de la Echada el Reynaldo, que para entonces estaba completamente enfermo y como era cuate de todos, ya que cuando tenía plata invitaba tragos a todas las mesas, se acercó hasta donde estaba chupando el tomo y como si nada le dijo: "Hermano, ¿me puedes prestar tu revolver para matarme?". El tomo pensando que se trataba de una broma, le dijo que si, que lo podía sacar de su cinto. Cuando Reynaldo tuvo el arma en sus manos, le quito el seguro y tras apuntarse hacia la cabeza, se pegó un tiro, el tomo se hizo pireli y la Norma, que atendía ese día, no sabía si llamar a la Policía o a su abogado. Cuando llego la furgoneta de Homicidios y recogieron el cadáver, tras llevarse con ellos a la dueña a los garzones y unos clientes para que sirvan de testigos ordenaron que la cantina sea cerrada mientras se realizaban las investigaciones. No sé si la dueña metió plata o que hizo, lo cierto es que las Carpas ya estaba abierta al medio día y seguía atendiendo como si ahí no hubiera muerto ni una mosca. Don Jorge era un kaivito que de vez en cuando venía a echarse unos tragos a las carpas y compartía con los que tomaban a esas horas, como para salir de ese antro hay que bajar por algunas piedras grandes que sirven de gradas y también de baño para los que tienen flojera de ir a orinar a las latas del patio, cuando se recogía a eso de las nueve de la noche, don Jorge resbalo en una de las piedras y cayo de nuca contra una de ellas, falleció en el acto. Por segunda vez en el día tuvo que ir la furgoneta de Homicidios a recoger un cadáver del interior de las carpas.

Vida de artistas

Los fortines

Entre los fortines o lugares de reunión de los artistas, los más conocidos son; Tembladerani, La Cancha Bolívar, el puente Abaroa, la cancha El Tejar, el parquecito de la Vita, el parque Huallparrimachi en Villa Victoria, la Ceja de El Alto, la avenida América, la plaza San Francisco, Churubamba, San Pedro, el surtidor de kerosene de Chijini, la plaza Alexander, el puente de la autopista, el parque Riosinho, la calle Catacora, el cruce de Villa Copacabana, y Villa San Antonio, Villa Armonía, la plaza de Obrajés, frente al Cementerio General y la plaza Garita de Lima, amén de otros lugares que no vienen a la memoria.

Como no hay mesas donde poner los vasos, y como tampoco hay vasos, la manera de farrear en los fortines es la más simple: se consigue una botella vacía de cerveza o de champan, o en su defecto una lata vacía de cerveza para comprar

el alcohol de cualquier tienda de abarrotes, se mezcla el alcohol con un poco de agua y ya está listo para ser servido a los que quieran hacerlo, que generalmente son todos los allí presentes. Sería absurdo pensar que algún artista pueda rechazar un trago, allí se lo bebe directamente de la botella o de la lata: Tal vez por falta de vitaminas o la mala alimentación, lo cierto es que algunos artistas tienen los labios infectados, en las farras esto no representa ningún problema porque el alcohol es desinfectante y se supone que los microbios mueren en él.

Algunos artistas

Entre los artistas hay varios choros plantados que han colgado los guantes y prefieren pasarse el día bebiendo a fin de que la cana ya no los joda. Otros son los que han abandonado a sus familias (lo correcto es decir que os han abandonado) y viven completamente amargados. No faltan los que por una decepción sentimental han caído de lleno en el trago y no se reponen anímicamente, como uno que fue luchador de cachascan, que al haber sido abandonado por su mujer dejó de trabajar y se tiró a la bartola, no es raro encontrarlo en los parques de Chijini acompañado del Rochalo y del Julio, sus secretarios, y que tras acomodarse en un rincón ordene meticulosamente sus latas vacías y se ponga a tocar su batería improvisada, mientras canta esa vieja cumbia que dice "Borrachera".

Doña Maruja murió también por haber sido separada de sus hijos, a los que se los llevo el marido, como no sabía dónde estaban, ella mataba su pena y su cuerpo tomando todos los días en Las Carpas y en lo del German, cuando el alcohol se apodero de ella, su marido le daba dinero para que siguiera el sueñito después del almuerzo, y no volvió a despertar.

Entre los artistas así como hay grandes amistades, existen también grandes rivalidades, no resulta raro ver en plena calle a varios de ellos peleando como bestias, dilucidando violentamente cualquier diferencia, felizmente no pasan de algunos golpes bien dados y un poco de sangre derramada producto de un corte en el cuerpo o de un tabique roto, hay artistas que para financiarse los pesos que demanda su distracción deambulan por las calles extendiendo las manos, otros salvan como sea la comida yendo a los mercados pasadas las horas de más venta, para recoger las sobras que han dejado los parroquianos. Pero la mayoría de los artistas, de los que prefieren andar en grupo, lo hacen todo en comunidad desde la compra de trago hasta compartir las negras, si es que las hay.

Artista por amor

El Ratón bota basura en los barrios residenciales, lo llamamos así por la carita que se gasta, pequeño melenudo, sus bigotes y su barba crecidos le dan aspecto de guerrillero fracasado, las cosas que le dan para botar a la basura, las vende en el Barrio Chino, aparta todo material impreso, especialmente periódicos que luego va a vender a los baños públicos, como solo trabaja de día, por las noches se va a San Pedro para contemplar a la mujer que ama hace unos diez años. La afortunada es doña Zaida, que tiene una cantina en la Plaza Belzu que atiende desde las siete de la noche hasta las dos de la madrugada, esta vieja tiene dos hijas en edad de merecer algo más sólido y efectivo que piropos, a pesar que esta algo pasada de moda, ella tiene su cual pario un hijo que murió a los pocos meses de nacido. El Ratón gasta en la cantina de la Zaida todo el dinero que gana en el día; desde las siete de la noche se pone a beber mientras contempla como su amada atiende su boliche. Ella tiene atrofiada la mano derecha, que le sirve solo para contar plata, y si acaso en su juventud despertaba las emisiones de muchos hombres, ahora solo despierta esas pasiones en su galán, que de mal nombre le decimos Bayo, y el Ratón que sufre por ella como un perro.

Fantasías de borrachos

No es de extrañar que una gran mayoría de los artistas, ya sea por el alcohol o buscando un motivo para beber, cuando están cañas siempre se ponen a hablar de sus proyectos o las cosas que nunca pudieron realizar y hablan de tal manera que si uno no los conociera, creería que lo que dicen es verdad. Por ejemplo hay cuates que a pesar de que cada noche sufren el frío y los rigores del tiempo, mientras queman cartones, hablan de sus casas, sus micros y camiones, cuando en realidad, los únicos micros que tienen son los piojos que los recorren desde la axila derecha a la izquierda.

La casa de la Vitola

Su verdadero nombre es María, fue la mujer de mi amigo el chino, un choro finado por la cana. Cuando se separaron él fue a vivir al Ejército de Salvación, mientras ella dejó de vender café en el comedor popular del mercado Rodríguez y se fue a la casa de su madre en la cancha Zapata, aunque no sé si decir “casa” es correcto porque es una especie de pahuichi fabricado de latas y adobes partidos, como en las villa miseria. Allí se reúne un grupo de artistas que le mete trago desde que amanece hasta que vuelve a amanecer. Su única preocupación es la de proveerse de trago, porque la comida está asegurada de antemano. En 1978, una madrugada fui hasta la cancha Zapata, con mi amigo Munachi, para continuar la farra que habíamos interrumpido por la llegada intempestiva de la madrugada. En el camino compramos un ladrillo de un litro, que sería nuestra tarjeta de presentación, cuando llegamos estábamos tan chupados que casi no vimos quienes estaban allí. Creo que dormí un poco, pero al reaccionar seguimos echándole tupido hasta que llegó la hora de almuerzo y parecía que nadie tenía ganas de almorzar. A eso de las dos de la tarde la mamá de la Vitola pregunto quienes Iván a buscar el almuerzo, dos de los presentes se incorporaron y tras agarrar una lata grande de esas de manteca, salieron del win. Yo creí que Iván a comprar algo de comer para los más o menos diez artistas que estábamos ahí; la farra siguió como si nada, hasta que volvieron una hora después la lata estaba llena de rancho; como no había platos echaron el contenido de las latas en una batea vieja y a falta de cubiertos todos metían las manos para agarrar las presas de carne. Yo también metí mi mano y empecé a comer. Realmente estaba rica la comida; en una de esas, agarre lo que parecía un pedazo de carne, y cuál no sería mi sorpresa cuando al estirla supe que no era otra cosa que una servilleta desechable estrujada. Recién pude notar que entre la comida había colillas de cigarrillos, mondadientes, palitos de fosforo, tapa coronas y una serie de macanas. Pregunte entonces donde habían ido a comprar esa comida a lo que me dijeron que allí nadie compraba nada y lo que comíamos eran las sobras que dejan quienes almuerzan en el Hotel Sheraton.

La Vitola es de cuerpo menudo y lleno de carnes, en su juventud fue pintuda, cuando yo la conocí mantenía todavía gran parte de sus atractivos, habíamos ido a tomar a su cuarto con mi amigo Munachi y la Vitola era concubina de un monrrero, el Perucho, creo que fue el segundo día, cuando tomábamos entre unos cuatro, que el perucho se quedó dormido en el suelo, completamente borracho, como todos ahí éramos de confianza, la Vitola me pidió que me fuera a recostar en su camastro para descansar un poco, yo obedientemente me levante y tras acomodarme en la cama, ella se echó en mi encima y empezó a quitarse sus ropas para mayor comodidad en aquella reafirmación de nuestra amistad, ahí nomás le pusimos un par de cuernos, de esos bien ganados, a mi amigo Perucho que seguía durmiendo mientras que yo y la Marina le dedicábamos un polvito. Los otros tampoco dijeron nada, so lo hacían corrían el riesgo de que la Vitola les cortara algo más que la amistad

Las batidas de la Policía

Así como los agentes civiles realizan batidas para capturar choros que tienen cuentas pendientes con la cana, así también los uniformados realizaban hasta hace poco sus batidas diarias para capturar cañas que chupan más de la cuenta. En un “caballo blanco” los uniformados recorren las cantinas deteniendo tanto a los artilleros como cañitas que se han quedado dormidos sobre las mesas, pecan toda clase de personas incluso universitarios que hacen sus primeras armas en el difícil arte de la artillería.

Cuando el camión está lleno, conducen a los detenidos a las inmediaciones de la plaza San Pedro, donde los tombo dejan en libertas a los que pagan la suma estipulada como multa, a los que no tienen plata se los llevan hasta la Academia de Policías, donde les obligan a realizar toda clase de trabajos, a los que aparentar estar más cagados por su vestimenta, los llevan al rio para que laven arena y recojan piedras, otro grupo está encargado del empedrado de la calle 15 de Obrajes hasta Alto Seguencoma, zona habitada exclusivamente por oficiales de Policía, los más se quedan en lo que hoy es el regimiento policial Nº 4, para ayudar a los albañiles que construyen las viviendas para dicho regimiento., los detenidos permanecen dos o más días, de acuerdo al capricho del oficial que ha realizado la batida, además de hacerles trabajar todo el día, rara vez les dan algo de comer, porque los policías aducen que con ese castigo un bebedor puede dejar de serlo. Cuando los dejan en libertad, las personas tienen que subir a pie desde Seguencoma a la ciudad, y a

paso normal lo menos que se tarda es 120 minutos, es fulero caer en una de estas batidas; yo caí dos veces y no quisiera repetir esa experiencia.

El buen mastique

Comedores Populares

En La Paz existen varios comedores populares los más conocidos son: El comedor del Colegio San Calixto, administrado por el hermano Joaquín Salvado, el de la Garita de Lima que atienden las monjas de la capilla Exaltación, el Cristo Rey que depende de la parroquia: el de Tembladerani, también atendido por un párroco en de la parroquia de Alto Lima y el de Munaypata. En la parroquia de San Agustín existe un grupo carismático cuyos miembros, en la mayoría de familias adineradas, organizan por la mañana la distribución de desayuno a las personas de escasos recursos, para esto han instituido un fondo especial. Desde tempranas horas los hermanitos preparan el desayuno que será servido cuando finalice la misa de las ocho de la mañana, para desayunar es requisito indispensable escuchar la misa completa (hay personas que controlan la asistencia); no se acepta quienes llegan solo a la bendición final, esto no tendría nada de extraordinario si no fuera que los componentes de este grupo carismático se pavonean de su obra social y no paran mientes cuando la mencionan. Una de las hermanas más fieles y devota además miembro de la hermandad del Señor de los Milagros y enemiga acérrima de los alcohólicos, siempre pide a los hermanitos que sean humildes como el Señor les ha enseñado, eso no le impide que asista a sus reuniones luciendo imponentes aretes de oro, topes y anillos, y que los fines de semana su casa en Villa Victoria sea alquilada para matrimonios, prestes y fiestas, como si fuese poco. Dña. Elena, desde hace años separada de su marido, vive abiertamente con uno de sus primos, pero en las reuniones siempre reprende a las hermanitas que muestran mucho afecto por sus enamorados.

En el comedor de San Calixto, se preparan diariamente más de 4.000 raciones de comida, van allí k'epiris, lustrabotas, artilleros, desocupados, vendedores ambulantes, palomillos, escolares de ambos sexos, mujeres atiborradas de hijos en busca de un hombre que se anime a hacerse cargo de ellas y su prole, amén de una infinidad de hombres y mujeres que buscan en el comedor popular la solución a sus problemas alimenticios.

Mauricio es un cuate que trabaja de voluntario en el comedor de San Calixto, tras haber perdido su trabajo en la fábrica de jabones Patria, se dedicó a la terea de asaltar borrachos por las noches, su trabajo es decir que trabaja en el comedor, pero especialmente los fines de semana se dedica a su gran vocación; voltear cañaverales como es encargado de controlar el ingreso a los baños, los comensales le dicen hermano y es tanta su popularidad que se concubino con una de las beneficiarias, al poco tiempo se separaron y cuando todo hacia presumir que Mauricio quedaría soltero, Cristina, una muchacha de Alto Beni se fue a vivir con él a cambio de que se haga responsable de la criatura que ella tenía. Desde muy temprano los comensales hacen fila para ser los primeros en recibir su alimento, porque se han dado casos en que los que iban pasado el mediodía se encontraban con que el almuerzo se había terminado, varios muchachos que ofician como ayudantes y gozan de la confianza del hermano Joaquín se encargan de vender las fichas para el almuerzo y para el pan, algunas mujeres compran almuerzos en grandes ollas supuestamente para su familia numerosa pero luego revenden ese almuerzo, que no es otra cosa que lagua de harina, en la avenida Buenos Aires, a precios similares al que cobran por un plato de sopa en los mercados.

Los agachaditos

Entre los noctámbulos del centro de la ciudad se ha vuelto famosa la pensión de los agachaditos, llamada así porque para comer allí, hay que hacerlo agachado pues no hay ni una triste silla donde sentarse, en un principio estaban en la plaza Pérez Velazco, luego fue trasladada a la calle Figueroa porque ofrecía un aspecto deplorable para los turistas. Los agachaditos lo constituyen las vendedoras callejeras de comida que cobran mucho más caro que una pensión. Como enseñadas los únicos platos que preparan estas señoras es bisté, falso conejo y ají de fideo uno no puede elegir otra cosa y sus víctimas propicias son los cañas, a los que les cobran hasta tres veces, si el caña niega la deuda, como por ahí

deambulan cualquier cantidad de tombos, lo hacen encanar por consumir un tantazo de comida o romper platos y no querer pagar.

Extracto de caldo

En la esquina Santa Cruz y Sebastián Seguro, hay una señora de pollera que todas las noches vende caldo de cordero, pero sin carne, o sea que solo sirve caldo con unas papas y un poquito de arroz, una noche que vendía como loca le dijo a su empleada que fuese a traer más caldo, la imilla tomo en una de sus manos un bidón de plástico de la mesa donde estaban las ollas y con la otra mano agarro el bañador en el cual estaba lavando los platos. Yo estaba ahí pues poco antes había tomado un plato de "caldo de cordero". Casi sin sorprenderme vi ala imilla ocultarse tras unas tarimas y llenar el bidón con el agua del bañador, al volver al lugar donde la señora servía, con la mayor naturalidad vació el bidón en una de las ollas, mientras la gilada saboreaba como si nada los ricos caldos de cordero.

Templos del amor

De los prostíbulos que hay en La Paz gran parte están en villa Fátima y Chuquiaguillo, allí están asentados los famosos Redondo, el 111, la Chawalla, el Zepelin etc. Puteros donde hay que ir con el quivo loco, también hay puteros como los de doña Maruja o de puras criollas donde por menos dinero uno puede pasarla más o menos bien en el peor de los casos están aquellos puteros camuflados de cantinas donde uno debe garchar violentamente. También en el centro, existen puteros de alto vuelo donde hay que gastar por montones, ya que las minas cobran un ojo de la cara para abrir sus piernas y uno puede tirar al compás de la música que toca la orquesta. De los night clubs que me acuerdo y que en alguna oportunidad visite están; El Acuario, el Pussy Cat, el Flamenco, el Pigalle, el Isidoro, el Dannys, El Planeta 2000. Estos tres últimos pertenecen a mi amigo Anastasio; la mina más pintuda en el Isidoro era la Gladys, que me dejo lindos recuerdos, amén de uno u otro rasguño. En el Prado, la plaza Perez Velazco, Churu-bamba, la calle Echavarría, la avenida Kennedy y en las puertas de los boliches La Oficina, el Lido Grill, la Quinta 14 de Septiembre, el Yungueñito y otros, hay mujeres que están a la caza de clientes que, además de permitirles comer y beber les pueden salvar el pan de cada día. Gran parte de estas mujeres son jovencitas que aún no han pasado los 18 años. También hay una legión de mocosas que trajinan toda la noche ofreciendo papitas fritas cigarrillos y chicles en las cantinas pero que en el fondo no son más que prostitutas en ciernes ya que comprobaron que ganan más dinero vendiendo su cuerpo, ni las discapacitadas se salvan de caer en la prostitución, conozco a tres mudas que llevadas por su pobreza, abren sus piernas a cualquiera que les cancele lo establecido para el efecto.

La calle del pecado

Los veteranos del chaco cuentan que en otras épocas acostumbraban descargar sus conciencias en los prostíbulos del callejón Virrey de Condehuyo, en Churubamba cerca de la iglesia de San Sebastian, allí se encontraban los puteros más baratos de la ciudad y las mujeres eran conocidas con el nombre de k'olas peseteras y condehuyeras, pues bien, en la actualidad hay una tienda que mantiene vigente aquella tradición, y que a pesar del tiempo transcurrido, sigue dándole el toque especial a esta calle que en sus buenos tiempos fue conocida como la calle del pecado.

Allí trabajan cuatro mujeres que, turnándose por horas, se dan modos para atender a los clientes que requieren sus servicios. Ellas son la mok'a Elena y la Rosita que son de pollera, la Teresa de pantalón y la Rina de vestido, hasta unos meses trabajaban la Dina y la Alicia pero la Dina se volvió a juntar con su ex marido y a doña Alicia la botaron por que se le ocurrió decirle a la hija de la dueña que era un flauta, la verdad es que la Janeth, que así se llama la hija de doña Carmen Rosa, cuando no hay quien atiende abre también sus piernas a quienes desean desahogarse. Este putero no está abierto expresamente para concertar citas para evitar sospechas de los vecinos (aunque creo que ya lo saben), hacia afuera ese cuarto no es más que una humilde tienda cuya propietaria hace atender con otras personas, puesto que, corno es vieja, necesita que la ayuden. Para entrar, los clientes usan una especie de contraseña, El supuesto casero pide un refresco y agrega: "¿Puedo pasar a tomar adentro?", y penetra en la trastienda donde le espera la mujer de turno. Tras cancelarle el importe requerido, se echa con la mujer en el piso y comienza a jinetear. Cuando termina, la mujer le

alcanza 'al casero un pedazo de papel higiénico para que limpie su ropa y, para matar los residuos del encuentro, le rocía 'sobre él llokalla un poco de alcohol blanco, La más nueva entre las que trabajan allí es la Teresa una tipa que ya debe andar por los treinta años, de los cuales, me imagino, más de diez los ha pasado en otros puteros. Tiene la espalda casi similar a la de una persona con joroba, pero eso no le impide trabajar, En sus buenos tiempos doña Carmen Rosa, trabajó también de prostituta en la misma calle y era, según dice una de las más cotizadas en el callejón Condehuyo. Su hija nunca pudo conocer a su Padre.

El chume de San Jorge

En la curva de San Jorge, a pocos metros de la gruta de la Virgen de Fátima, existen una serie de vertientes y matorrales donde las personas que no tienen dónde lavar sus ropas, lo hacen allí. En este lugar varias mujeres se prostituyen clandestinamente. Las más antiguas son Las Tres Mudas (la muda vieja, la muda joven y la muda de pollera) ; la vieja Olimpia, la Ramonita, la Ch'isillosita y otras más que de vez en cuando van a ganar sus pesos.

La muda joven tiene unos treinta años y el cuerpo maltratado tanto por la mala alimentación como por todas las noches que pasa a la intemperie. No es raro verla por las inmediaciones de la Pérez Velasco esperando que algún gil se la lleve. Tuvo cualquier cantidad de hijos, que siempre se los quitaban en el hospital ya que los médicos sabían que ella no iba a poder mantenerlos. Esas guaguas eran entregadas a CON A ME para que sea el Estado quien las críe: pero la última que tuvo, un varoncito, mal que bien ella lo está criando; ese t'una debe tener los pulmones acerados para aguantar el frío al que lo expone su madre, que sigue yendo de noche a la Pérez Velasco a buscar clientes. Cuando es de día, ella lo acomoda entre las ch'ampas de San Jorge y allí duerme mientras su madre trabaja. Nadie sabe de dónde ha salido esta muda; en sus tiempos era abusada hasta por los tombo que frecuentan el sector, en la actualidad creo que consigue clientes de milagro.

La muda vieja también trabaja años en este lugar; que yo sepa, nunca tuvo hijos, y si los tuvo me imagino que han corrido la misma suerte que los de la muda joven.

La Anita es una cholita de unos treintaicinco años; conoció a un veteco que se la llevó para que viva en su casa. Se perdió meses, parece que el viejo no le hacía ni cosquillas porque un día de esos regresó al chume y se puso a trabajar como de costumbre. La vieja Olimpia, una tipa que dice ser comerciante del Barrio Chino, debe tener más de cincuenta años, usa vestido y tiene la costumbre de concubinarsse con changos que no han cumplido los veinte. Le gusta memorizar las fechas y las cantidades de dinero, es así que a uno le cuenta que tal día a fulano se le ocurrió pegarle hasta mandarla al hospital, o que tal fecha ella gastó tanto de dinero para sacar de la cana a zutano, preso por haber cometido una fechoría. Tiene cara de anémica, y a pesar de que ya está vieja, a los giles que se la quieren pasar por las armas, les cobra como si fuera la hermana menor de la Virgen María. Últimamente vivía con el Víctor y parece que este cuate la estaba dejando más pobre que una rata, porque ella frecuentaba el chume más que antes.

Todos los días vienen al chume k'olitas a lavar sus ropas, si uno se porta pendejo, chañándoles bonito les puede hacer aflojar, metérselas entre las ch'ampas y chicoteárselas un rato, No faltan los chicos que vienen a este lugar, que generalmente no consiguen giles y tiran pele. Los que vienen casi cada día son el k'encha Adelio (que de machetero se volvió artillero) y el Enrique que a pesar de vestir pobremente. Es dueño de una peluquería en la calle Santa Cruz, donde emplea hasta tres operarios. Se le conoce en el chume como el chupadita nomás puesto que advierte a los changos que no le gusta que le den por el escape.

Las minas callejeras

Del tantazo de minas que patinan en: las calles cuya mitad más uno son mis amigas, la que me impresionó un, cacho fue Silvia mocosa de unos quince años y que trabaja en la avenida América esquina Figueroa Se la encuentra a partir de la media noche y no hay taxista, carabinero o noctámbulo que no se la hubiera llevado Ella es petisita y su cuerpo a medio desarrollar, muestra claramente que es experta en la cama. La conocí una madrugada. Ella discutía con dos tombo luego al acercarse a la ponchera donde yo estaba, nos contó que a las cuatro de la madrugada debía entregar a

los guardias 400.000 pesos, suma que le habían impuesto como multa por negarse a ir con ellos. Esa cantidad de dinero alcanza-va para ocho botellas de cerveza; Silvia decía que prefería pagarles el dinero a tener que acompañarles porque los tombo la obligaban a chuparles su pájaro. Nunca supe si tenía o no familiares. Según me contaron las poncheras, ella era madre soltera con un crío de meses. De Roxana, sólo sé el nombre y que su marido es un lagarto diplomado, tiene dos hijos que van a la escuela, y junta plata para poder registrarse como prostituta en la policía. Así podrá trabajar, sin temor de ser detenida en las batidas policiales. Su sueño era celebrar el cumpleaños de uno de sus hijos con una orquesta. Varias veces había caído al hospital, para que le curen enfermedades venéreas que le dejaban sus clientes; siempre la curaron a tiempo, por lo que no le afectó en su trabajo. Una noche fuimos a una cantina de la Chuqulsaca para echarnos unos tragos y ella me contó algo de su vida (alquila un cuartucho en la calle Echavarría. donde lleva a sus clientes). Nos quedamos bebiendo hasta pasada la media noche. Y cuando estábamos más o menos ebrios me invito a su alojamiento para descansar mi borrachera

La Alicia debe estar por los cuarentitantos trabaja junto a las gomas de la avenida Kennedy. Es nomás atractiva cuando camina por las calles le gusta dick'earse usando unos eretes de orégano puro. Cuando el trabajo la aburre, llega a las Carpas para echarse a perder días íntegros. Elia no es de las que afloja de frontón. Si en Las Carpas uno se la quiere meter en el baño, tiene que pagarle la tarifa que ella establece se supone un poco más barato que lo que cobra en la Kennedy si le pagan recién afloja y si no, manda al gil al diablo y sigue tomando.

La Nora era una cholita amiga, tras conocer al Chunchu se regeneró y no volvió a pisar los antros donde buscaba clientes.-pero cuando se dedicaba a la mala vida hacía furor. Por su culpa yo me hice encanar en la seccional del Puente Negro. Una noche estaba en el callejón Tapia en compañía del Cuchi Cuchi, el Leo Dan el Cafrune y el Jach'alaco y al verla bebiendo sola la llamamos a nuestra mesa para que nos acompañara y, de ser posible siempre y cuando la cana no nos moleste para que nos quite la arrechera. Ella se sentó a la mesa y nos pidió algunos .pesos para comer algo afuera Le dimos el dinero y salió a comer creo que unos pescaditos. Al volver, se fue a otra mesa a tomar con otros cañas. Yo me molesté y cuando quise traerla a nuestra mesa, ella me hizo encañar con unos tombo los que me encerraron como a un gran maleante. Quedé en libertad al día siguiente, y lo primero que hice fue buscar a la Nora para Que me explicase porque se había portado tan conchudá. La encontré tomando en el Tambito me dijo que tuvo que hacerme encanar para hacer creer a los tipos con los que tomaba que era honrada a carta cabal y que no debían desconfiar de ella. Se había dado cuenta que esos cañas andaban con guita y que estuve a punto de echarle a perder su laburo. No pude hacer menos que perdonarla y sentarme a tomar con ella y me pagó el alojamiento para recompensarme por lo de la encanada.

Me contó que vivió unos años terribles cuando se dedicaba a la prostitución Se trasnochaba infinidad de veces; llegó a parar al Averno y creo que fue una de las primeras cholitas que piso ese antro Muchas veces la vi durmiendo, en las cantinas, acaso sea por eso que el Chunchu, un choro que dice que se ha plantado aunque sé que sigue choreando se compadeció de ella y la llevo a vivir a su cuarto. Tienen una hijita, algunas veces vienen a las cantinas de Chijini a echarse" sus traguitos y se recogen como buenos esposos.

La Nela, de cuerpo delgado, piel blanca, cabello crespo y ensortijado, se escapó muy mocosa de su casa inicialmente empezó a juntarse con los chojcheros de la Buenos Aires. En los enójenos además de hacerle florecer el trasero corno rosa, le enseñaron a k'olearse con thinner. Recuerdo que la veía caminar por las calles con otras minas y algunos palomillos, tenía entre las manos un trapo empapado de thinner que llevaba a cada rato a su nariz. Se hizo mi amiga en una cantina e incluso fuimos al cine, no para llauk, arar sino como dos buenos amigos.

Elegía para vagabundear la plaza Pérez Velasco y después la zona de Chijini y la Buenos Aires. En una de esas apareció con la panza crecida y ni siquiera por esto dejó de beber y k'olearse. No sé si la guagua que parió vive o ha muerto, pero cuando la Nela se desembarazó del crío, volvió a la misma rutina.

La Waldy es una de las pocas minas que, a pesar de la edad y de la mala vida que lleva, se mantiene joven y bien conservada. Siempre viste a la última moda, con los amigos es amable y aun cuando en una de éstas ella esté cañando

con algunos giles y hay un cuate que está en las dragas, lo llama a su mesa y lo hace farrear. Siempre patina en El Prado y los giles que acepta deben tener el quivo loco para gastar todo lo que a ella se le ocurre Conociéndola mejor y viendo el cuartito que se gasta. Dudo que algún gil se niegue a aceptar sus caprichos, que van desde exigir- buena ropa. Hasta pagar un cuarto en un alojamiento de categoría, pero todas esas ínfulas, no impiden que frecuente las peores cantinas de Chijiji y Villa Victoria.

Debe ser fregado para ellas tener que ganarse unos pesos de esta manera, y mucho más si a cambio deben soportar acciones fuera de lo normal. Una amiga me decía que tenía un cliente que le pagaba muy bien pero que tenía que hacer macana y media, desde la más simple que era besarle una y otra vez el pájaro. Otros la obligaban a poses grotescas y a veces dolorosas. Pero conmigo ellas se portaron siempre muy bien y las veces que estoy largado de dinero y necesito que me hagan la gauchada, lo hacen sin cobrarme un centavo. Hay minas que, despechadas, se dedican al puterío alma, corazón y vida y sólo se calman cuando las enfermedades las botan al hospital. A Lucía la conocí sus quince años Fue en el chojcho del Marcelino Ella era morena, de cuerpo hasta se podía decir frágil le gustaba vestir con una faldita a fin de que no le dificulte el tiro. Una noche le propuse que se fuera conmigo, me dijo que era muy chango aunque ella era menor. Años después, el Loco 14 me propuso tirar un polvito con una minita de arranque. Le respondí que no había problema. Fuimos a la plaza Pérez Velasco y el Loco 14 fue donde las vendedoras de joyas guardan sus vitrinas y salió con la ñatita que solía dormir allí. Me costó reconocer a la Lucía que yo había conocido unos cinco años atrás, Era una mujer quemada por las incontables noches de k'arapampeadas, mal vestida y parecía haber perdido la razón." ¿Te acuerdas de mí?", le pregunté. "Sí", me dijo, ¿quieres irte a revolcar un rato por San Jorge?". Casi con lástima le dije que estaba cansado, y le menté que me había amanecido. A lo que ella me dijo. "Pero si podemos descansar también, y cuando te animes le hacemos un polvito". Haciéndome el loco me despedí de los dos y me alejé de la plaza. Suelo verla por las noches en la Pérez Velasco, sentada en uno de los bancos esperando clientes que deseen funcar un poco.

No es nomas chicotear

Incomodidades

Eso de "ponernos al día", mirando quién viene, tiene sus incomodidades para las que tanto el hombre como la mina deben estar predispuestos. Por ejemplo si uno está en un boliche y no hay plata para pagar un alojamiento, lo único que queda es meterse con la mina en el baño y tratar de salvar allí la cuestión. Los baños de las cantinas son los lugares más hediondos que uno se pueda imaginar. Ahora bien, como generalmente son pequeños, entonces hay que tirar de parado, y tras apoyarse en la pared luego de sacar una de las piernas del pantalón (si es que son de pantalón), la ñata tiene que sostener la puerta para que nadie interrumpa la función, mientras que con la otra mano nos estrecha la espalda para que acabemos violentamente. Ei hombre es el que lleva la peor parte, porque, aparte de la incomodidad. y peor si la mina es petiza, acaba con los riñones a la miseria, Cuando uno no quiere ponerse al día en el baño y conoce un callejón secreto donde chicotear sin que le molesten los vecinos, corre el riesgo de terminar resfriado; no hay peor cosa que tirar con el trasero a la intemperie, con el suelo frío del callejón como cochón. Hay que tener en cuenta que para llevar a una mina a estos callejones, uno debe esperar que pase la media noche y que no haya perros en los alrededores. Claro que, si uno tiene un amigo taxista que trabaja de noche, la cosa es más fácil. Consiguiendo una mina para el cuate, este nos lleva en su cuarto hasta un lugar apartado de la ciudad y puede descalabrarse con la mina en el asiento trasero. Mientras que el cuate lo hace en el delantero. Hay minitas que no tienen dónde ir a dormir. Estas son las que aflojan con cualquiera que les ofrezca tan sólo un techo y que en la mañana les regale algunos pesos para comer algo. A estas ñatitas no se las puede llevar al cuarto donde uno vive, porque corren el riesgo de que cualquier noche vengan cañas y en compañía de otro gil lo conveniente es llevarlas a un alojamiento porque puede que le roben a uno. Esto les pasó a varios de los amigos que tengo.

Condecoraciones

Se llama Marina aunque se la conoce como la Camba. No sé dónde vive y no me preocupa averiguarlo. Debe tener unos cuarenta años y a ella no le interesa ocultarlo. Cuando farrea, toma como maldita durante semanas íntegras. De borracha Oarece que se le declarara una ninfomanía galopante y a cada rato entra al baño para ponerse al día con los cañas. Lo grave es que, cuando termina de tirar, ni se toma la molestia de limpiar su hachazo; son muchos los que han tenido que hacerse colocar inyecciones de penicilina a para curar la condecoración que les dejó la Camba. En el Chume y el ex-callejón Condehuyo también hubo muchos condecorados. Y como dicen que sucede hasta en las mejores familias, en los puteros de Villa Fátima, donde las minas son revisadas cada semana en el poli consultorio de la Garita de Lima, las condecoraciones están a la orden del día. Las condecoraciones van desde una simple gonorrea hasta una sífilis galopante; son los gajes del oficio. Si uno tiene vergüenza de ir a curarse al hospital, puede ir a la farmacia del doctor Ch'iso de la calle Yungas, quien con mucho cariño lo cura a uno, cobrándole sólo el valor de la inyección. El doctor Ch'iso es bien especial; pasa con el paciente a una especie de trastienda y, tras hacerle balar el pantalón. Toma el pájaro del enfermo y lamenta "Pobrecito mira cómo te trata el desconsiderado de tu dueño. Cuanto debes estar sufriendo...". Cuando termina la curación. Siempre recomienda al condecorado: "Ya ves lo que te pasa por ir a lo de esas cochinas. En otra, cuando tengas ganas, más te conviene que vengas aquí, te descalabras y sales del paso ganando algunos pesos ..".

Don Guido personaje especial del que les hablaré más adelante es otro de los que cura enfermedades venéreas, especialmente si los afectados son menores de veinte años. Hay también un kilo de curanderos clandestinos que ejercen la medicina y que entre sus especialidades están las venéreas. Por demás estaría agregar que las medicinas que utilizan son muestras médicas que compran a los macheteros.

De farra con ñatas

En los boliches del centro uno puede encontrar ñatas que le acompañen a beber o a acostarse los fines de semana se puede elegir compañía en chicherías y traguenos de zonas populares también se puede ir a algunos locales de baile pero eso si hay que irse con quivo porque algunas minas especialmente si son empleadas domésticas de franco solo les gusta beber chicha y cerveza y parar ponerse al día exigen un alojamiento no quieren garchar en la intemperie

Por demás estaría agregar que en los alojamientos la falta de sabanas es crónica ya que siempre las están lavando no hay que extrañarse que tanto el colchón como las frazadas estén manchadas de sangre y estas parezcan almidonadas de tanto semen acumulado para dormir en esas camas necesariamente uno tiene que estar muy caña.

La vida en rosa

Se designa a los homosexuales con los nombres de ch'isos, maracuyá, manilos, ch'isotes, marios, goyos, mariachis, frescos, ganapanes, etc. A las lesbianas se las conoce con los nombres de silpancheras, tortilleras o simplemente lesbis.

Entre los ch'isos de La Paz hay marcadas diferencias sociales y es difícil que uno de la alta sociedad se meta con el hijo de una Chola pocas veces se han dado casos de ch'isos que han logrado vencer barreras sociales y se mezclaron con los que siendo del gremio manejan plata y llokallas como si fueran hojas de coca. La Panadera fue uno de estos casos, en los años 75, 80 ayudaba a vender pan a una chola del mercado Lanza, era cosa normal verlo bajar por la calle Santa Cruz, cargando enormes canastas de panes recién salidos del horno, rumbo al mercado, fue entonces que nos hicimos amigos y este cuate que de por sí tiene sentimientos maternales, parece que me vio con cara de nicovita (adicto al cigarrillo). Desde que nos presentaron, me regalaba unos pesos para cigarrillos. Entonces él o "ella", vestía como esas imillas que no se deciden si van a de ambas prendas usar vestido o pollera y terminan colocándose una mezcla. Un día de esos la Panadera se perdió de la Pérez Velasco y nadie supo dónde se había metido. Años después, la encontré completamente cambiada. Se hacía llamar Pocha, y tenía el aspecto de una mujer hecha y derecha. Gracias al maquillaje podía disimular sus rasgos varoniles y estaba vestida a la última moda. Se había hecho teñir el pelo y lo tenía ondulado. Mirándola de espaldas, parecía una adolescente flaca y delicada; de frente, tenía el aspecto de una prostituta experimentada en las lides amorosas. Se había casado con un gil, que cada mañana la recogía del final del Prado lugar donde trabajaba.

Cada noche, frente a la fuente del final del Prado, se reúne un grupo de homosexuales, vestidos como prostitutas de alto vuelo y que esperan la llegada de giles que deseen pasar momentos agradables. Allí se destacan la ex Panadera y la Lucha, que a principios de año tuvo problemas con la Policía. Le descubrieron que acostumbraba a drogar a las cañas que lo llevaban a sus cuartos y, tras hacerlos dormir, les robaba todo cuanto tenían. También va la Pamela, que hace poco huyó al interior del país con un tantazo de dólares que había robado a un gringo. La Katunga también va al Prado a ganarse la vida. Otra es la Cuqui, que para disimular trabaja en la pensión de su abuelo en la avenida Quintanilla Zuazo. Ella me contaba que lo que más odiaba era encamarse con viejos, ya que estos demoraban mucho su polaco y eran de lo más exigentes. Una noche la policía realizó una batida en el Prado para detener a todos los ch'isos que patinaban allí.

Cayeron más de diez, entre ellas la Panadera. Cuando salió en libertad le pregunté cómo la pasó, me contó que, aparte de sacarle fotografías de frente y de perfil, no le habían tocado un pelo; los agentes se habían mostrado comprensivos, prometiéndole que la visitarían en el Prado para conversar. Coincidimos en que esas charlas girarían en torno adinero.

Su Majestad Barbarella I

La primera vez que oí hablar de la Barbarella yo tenía unos diez años. En esa época Barbarella a quien le gusta que le digan Piter había decidido hacerse coronar como "Su Majestad Barbarella 1". Preparó todo para que la coronación tuviera gran éxito. Mandó las invitaciones respectivas, nombró a sus damas de compañía, que eran todos homosexuales; contrató una orquesta, compró las bebidas y se hizo confeccionar su traje de reina para lucir como tal durante la coronación. La noche de la coronación, efectivos de la Policía irrumpieron la fiesta para apresar a quienes estaban allí. Fueron conducidos hasta las dependencias de la DIN. Allí descubrieron que casi la totalidad de las invitadas eran homosexuales, y los varones recién se dieron cuenta que habían sido engañados. Entre las hazañas de la Barbarella destacan sus matrimonios con jóvenes que ven en la boda la solución de sus problemas económicos. El Piter es estilista graduado en el Brasil y, por lo tanto, experto en peinados y modelados y tantas vainas más para que las mujeres conserven su belleza. Su salón, el Piter Gay, está lleno de mujeres de sectores pudientes, que pueden pagar precios muy elevados. Últimamente el Piter salió como protagonista de una fotonovela de mala muerte que titula "Amor a la boliviana". Hace el papel de una vedette llamada Debocan, que seduce a un gil que solo al final se da cuenta que su amada es un varón, de antemano el que escribió el guion es otro gil que además de autoproclamarse "el gran escritor boliviano" hizo colocar su nombre ocho veces en las páginas de la revista y, por la forma en que alaba al Piter, más que escritor parece el amante de Barbarella.

Las "sin cuenta"

Mil perversiones de don Guido

Don Guido es un veteco de unos sesentaicinco años, que vive en San Pedro. Cierta tarde caminaba con amigo Fernando, alias el Loro Chapista, cuando apareció este señor que seguro adivino que habíamos farreado el día anterior y estábamos de ch'aquí, atentamente nos invitó a su cuarto y una vez allí saco dinero y nos llevó hasta una tienda donde compro singani San Pedro una botella de Coca Cola, unas bolsitas de té, pan y cigarros, volvimos a, su cuarto don Guido preparo unas tasas de té que tomamos como precalentamiento antes de meterle al trago que habíamos comprado, serían las cuatro o cinco de la tarde cuando empezamos a beber con tal intensidad que antes de una hora tuve que volver a la tienda a comprar otra botella de San Pedro, perdí el hilo de la farra y solo reaccione al día siguiente cuando los tres Don Guido, Fernando y Yo nos dimos cuenta de que nos habíamos quedado dormidos sobre las sillas esa mañana don Guido nos "curo la cabeza" invitándonos salteñas y otra botella de coca cola, una vez que hubo comido, y como soy viejo matrero para este tipo de vainas, me di cuenta que el veteco era del equipo de los indefinidos y que planeaba avanzarnos. Opte por pedirle que se portase buena gente y que nos invitara dos botellitas de vino para calmar el dolor de cabeza, el viejo acepto y tras darme 100 pesos (que era mucha plata ya que la cerveza costaba quince pesos), me mando a los puestos que están detrás de la cárcel de San Pedro para que comprara dos botellas de vino yo agarre el dinero y salí pero no para comprar el vino si no para echarme unos tragos, dejando a mi amigo en las garras del veteco, este cuate me había hecho una chanchada y era la oportunidad de cobrármela. A la semana un domingo en la tarde me

choque con el viejo en la plaza San Pedro no me vio así que me acerque a saludarlo, cuando me reconoció se puso una fiera y me lanzo un sermón de esos que valen luca, "so pedazo de maleante ese día usted se llevó mis últimos 100 pesos por su culpa me quede sin almorzar durante una semana" yo me hice el loco y tras esperar que se le pasara la bronca, lo convencí de lo justo de mi actitud don Guido comprendió y quedamos como cuates, teniendo yo la obligación de llevar a su cuarto a todos mis cuates que alguna vez me hubieran hecho una trastada, para que el me hiciera justicia a su manera, a partir de entonces el viejo se hizo mi cuate, me llevo a tener confianza y poco a poco me conto algunas facetas de su vida.

Era médico de profesión, para entonces ya estaba jubilado, siendo aún estudiante se había comprado la obra que sobre perversiones sexuales había escrito un médico alemán de apellido Steckel(me imagino que así se escribe); él las había practicado una por una en carne propia, una vez trabajando como forense, habían llevado a la morgue un cadáver de un conscripto ; Don Guido, que no dejaba escapar la menor oportunidad, practico con el cadáver la necrofilia. "Flaquito me dijo, le pudo asegurar que fui el primero y el único hombre en la vida de ese conscripto. Le dejé el trasero florecido como rosa...

Me decía que su máximo deseo era reunir a diez de mis amigos, de esos maldadosos y sádicos, para que lo lleven a un lugar alejado de la ciudad, le hagan desvestirse a la fuerza, y una vez desnudo, le orinen en el cuerpo para de esa manera ducharse. La mayoría de los changos de San Pedro lo conocen como el "Guido come caca" por su afición a comer excrementos humanos, A veces se le suele ver en las gradas del subterráneo de la avenida Mariscal Santa Cruz, a la expectativa de los muchachos que entran al baño. Cuando ve a uno que le gusta, lo llama para ofrecerle comprar sus heces, y si el chango acepta, le alcanza una bolsita de nylon para que se las guarde ahí. Al explicarme esta afición, dijo que de todos los alimentos que recibe el cuerpo humano, aprovecha solamente el 30% del valor nutritivo, mientras que el restante 70% lo bota en las heces fecales. Así que la caca es una especie de alimento concentrado. En 1984, lo visité con mi amigo Martín, que tenía grandes deseos de conocerlo, cuando llegamos al cuarto, el veteco se preparaba unas tortillas de harina amarilla y no sé qué otras cosas. Nos invitó a comer. Yo comí despreocupadamente, pero Martín, aduciendo que ya había comido, no quiso hacerlo. Lamenté que mi amigo rechazara lo que con tanto cariño se le invitaba, y tras recibir un sermón del viejo, tuvo nomás que comer mientras yo interiormente me reía, pues sabía muy bien que el viejo comía mierda como un aditamento a sus comidas y que nunca las hacía cocer. Al abandonar el cuarto, quise tranquilizar a mi amigo explicándole que no tenía motivo para ponerse susceptible. Ahora el viejo esta achacoso y cansarlo, incluso tiene una de las manos atrofiadas por no sé qué enfermedad al caminar por las calles arrastra uno de sus pies como si lo tuviera semiparalizado. Aun así, su cuarto es lugar de reunión para drogadictos que van a k'olearse sin el temor de que alguien los denuncie.

Como este caballero era médico, también practicaba abortos y ésa era otra de las formas con que financiaba el dinero que gastaba para hacer beber y pagar a los changos, también curaba enfermedades venéreas, por lo que no resultaba extraño ver sobre su mesa agujas hipodérmicas desechables y envases vacíos de penicilina o bencetazil que había utilizado para curar a sus amigos. Entre los que llegaban a su cuarto y a los que viejo respetaba y no los metía en sus bailes había un muchacho recién graduado como médico le tenía un agradecimiento al veteco por que le había ayudado muchísimo en sus estudios, otro es mi amigo Evaristo que estudia Derecho; de vez en cuando lo visita para que le ayude en una materia que se llama Medicina Legal, también me acuerdo de Vicky, que vive en la misma casa; le tiene lastima y los fines de semana se lo cocina para que el veteco no tenga que caminar a la pensión más cercana, que está a dos cuadras de distancia. Como cualquier persona, a don Guido le gustaba los animales criaba una gata a la que le puso el nombre de Uvita, un día que fui a visitarlo vi que el pobre animalito tenía los ojos llenos de lagañas amarillentas le pregunte al viejo que había pasado a lo que él me contesto que los hijos de su vecina habían restregado los ojos de la gatita con tierra, se habían infectado y él le estaba curando con colirio. Un mes después, fui al cuarto de Don Guido y me extraño no ver a la gatita, por ningún lado cuando le pregunte donde estaba, el viejo me dijo que nuevamente los hijos de la vecina la habían atrapado y metieron en una lata de agua hervida, tapándola con una madera. Yo creí lo que me dijo Don Guido, pero charlando con Vicky, me confeso que no fueron los hijos de la señora los que habían ahogado a la gata si no el viejo en persona, entonces recordé que el veterano, además de pervertido también era sadomasoquista.

El curita doble filo

Entre los que buscan a jóvenes para experimentar el verdadero amor libre, sin barreras ni fronteras, tengo amistad con monseñor Juan Carlos. Varios días a la semana suele caminar a media noche por la Buenos Aires, buscando muchachos para que le acompañen a su casa porque siente frío cuando duerme sólo. Busca la compañía de uno o dos adolescentes para que calienten su cama, de lo contrario se podría resfriar. Mi cuate el Pato me contó que una noche el cura lo había pescado en la calle, y que, tras invitarle un café con sándwich, lo convenció para ir a dormir en una cama antes que vagar por las calles soportando li frío. Una vez que llegaron, metió a mii cuate a la ducha para que no ensuciara sus sábanas. Al día siguiente, al momento de despedirse, el cura le pagó una buena suma de dinero por el desgaste físico que mi cuate sufriera, ya que habiendo ido a dormir, estuvo cabalgando toda la noche sobre el tata. También se lleva a aquellos muchachos que llegan del campo, quienes, al no tener dónde ir a dormir por las noches, esperan los amaneceres sentados en cualquier puerta de la avenida Buenos Aires. Últimamente ha optado por no llevar a los muy pendejos, porque me contaban que varias veces le habían descuidado para robarle dinero.

En busca de consuelo

Cierta noche, echándole unos chuflays con el Cambita se acercó a nuestra mesa un tipo que dijo ser profesor y que, como estaba solo quería invitarnos a beber algunos tragos más. Cuando ya estábamos ebrios, éste se puso a llorar porque su pasión por los hombres no lo dejaba tranquilo; no podía resistir una sola noche sin tener que ir a acostarse con uno de ellos. Este tipo no era tan taco para el trago, se emborrachó pronto y nos contó que en su casa tenía un perro grandote que a veces lo consolaba. Una vez que fuimos al cuarto donde el profesor vivía, el Cambita y yo pudimos comprobar que lo que él decía era cierto. Había otro cuate que también era profesor y de paso trabajaba en la renta. Frecuentaba la plaza Pérez Velasco para convencer a los muchachos que deambulan por ese lugar a que le acompañen a su cuarto. Se llama Roberto y también sufre de calentura anal, por lo que no es raro que en su cuarto se den cita hasta diez muchachos. Cuando amanece los despacha pagándoles una especie de jornal por los servicios prestados.

Las tortilleras

La Alicia

La Alicia es vizcacha (vende cosas robadas en el Barrio Chino). Cuando era dirigente de los vizcachas, el año 78, fue gran militante de la Unión Nacionalista del Pueblo (UNP) que dirigía el general Pereda. Como entonces estaba de moda ser de cualquier agrupación política, ella afilió a todos los rebusques, casqueros vizcachas, t'antakateros y galanes del Barrio Chino en los registros del tristemente célebre partido. Ganó mucha plata en estos trajines, cada día recibía fuertes sumas de dinero para pagar a los "militantes" que iban a pegar afiches o a pintar paredes. Estos continuamente se quejaban de que la Alicia los mamaba porque les adeudaba por trabajos realizados y se hacía la loca cuanto debía pagarles. A la Alicia le gusta farrear los fines de semana en la zona del Tejar, y como en los boliches siempre hay minitas que aflojan violentamente, ella las hacía cañar para llevarlas al alojamiento San Pablo, de la Buenos Aires Allí, aparte de hacerles la mjnë, cuentan que se las pasaba por las armas y que para, esto tenía un pene artificial é consolador, con el cual las hacia vivir. Su amante favorita era una vieja de cabello teñido con la cual vivió durante años y de la que se separó al descubrir que la engañaba con el Pisco (un llokalla rebusque) para el cual quedó embarazada La Alicia es demasiado gorda para los cuareintaitantos años que tiene y las minitas solo se le acercan por que maneja el quivo loco, si cualquier extraño piensa que ese dinero es de ella, habría que decirle que es la plata de los giles a los que se los casquea como a sus hijos. Quien está bien enterado de la vida de la Alicia es el Pisco, porque él vivió varios meses en el cuarto y fue allí donde se metió con la rubia y la embarazo. Ahora bien, si uno quiere comprar condones o revistas pornográficas puede hablar con ella.

La Antonia

La Antonia debe haber pasado los cuarenta. Los que la conocen dicen que tiene hijos jóvenes. A veces le gusta vestirse como hombre. Hace muchos años que vive con la María, una canillita que vendía periódicos por la calle Comercio, a la

que no hay semana que no le rompa el alma porque es sabido que la Antonia se pasa de celosa, cuando farrea en las cantinas de Chijini son muy pocos los que se animan a molestarla porque tiene las manos deformadas como las de un peleador callejero; más de un gil lamenta haberla enfrentado, es en las peleas cuando asume su papel varonil y rompe caras como romper nueces. Su mujer tampoco es una belleza antes que desearla uno siente lástima porque aparte de ser flaca siempre esta con los ojos amoratados o con la boca hinchada Una vez yo le dije que era absurdo que siguiera aguantando a las Antonia, me conto que las veces que lo había intentado, estuvo a punto de mandarla al hospital a consecuencia de las terribles palizas que le propinaba.

La Mechy

A fines del año 82, por los boliches de Chijini, me la presentaron a la Mechy. Sin sospechar nada, se podría decir que me impresionó lo bastante como para pensar en arrastrármela a un alojamiento. Estaría por sus veintidós años, era una de las pocas muchachas de buen rostro y buen cuerpo que se dedican a la mala vida en las cantinas llamadas de mala muerte. No faltó el comedido que me dijo que a ella también le gustaban las mujeres y aparte de eso era masoquista porque le encantaba que de borracha la castiguen. A pesar de las cosas que la vi hacer y de lo que me contaron, aun me resisto todavía a creerlo. Junto a la Mary, con quien convivía, la Mechy vendía sándwichs por las noches en la puerta del Avión. Parece que tenían nomás venta, porque los cañas, acababan con todo. A veces la Mary se entraba a cañar al Avión entonces la Mechy se quedaba sola a vender. Entonces. Entre charla y charla, me contaba su vida a sus diecisiete años había parido una guagüita, que estaba en poder de una de sus hermanas, quien no le permitía que la visitase. Como no se llevaba bien con sus familiares, desde que dio a luz vivía sola, en confianza me decía que sólo cuando estaba muy borracha, se degeneraba y hacía macanas; eso le favorecía porque los changos no intentaban llevársela a cualquier lugar oscuro para aprovecharse. Reconoció que la Mary era algo así como su mujer y que en el cuarto que ocupaban, ellas se amaban apasionadamente. Una noche la encontré en la cantina de la Pacesa echándole sus tragos en compañía de la Marisol, más conocida como Ojos de Gato. Entre los tres le echamos unos tragos más, y cuando la Ojos de Gato se acercó a otra mesa, Mechy me dijo que quería ir a descansar en el cuartucho que yo tenía cerca de San Francisco, porque el trago ya le había subido. Disimuladamente salimos y nos fuimos a mi morada donde, promesa hecha, trataríamos de dormir como hermanitos. Una vez que apagamos las luces, nos desahogamos como si hubiésemos estado meses en ayunas.

Hace algunos meses la encontré por las calles y me sorprendí al verla con el estómago abultado. Le pregunté quién había sido el afortunado que le había dejado el encargo, a lo que me contestó que era uno de esos que la pescaron desprevenida y que al saber que la había embarazado se hizo el gil y no quiso saber más del asunto. Hablé con mi amigo Javier G. para ver cómo ayudarla, él me dijo que hablaría con algunos de sus amigos con quivo para ver si alguno adoptaba a la criatura. Mechy estuvo de acuerdo con esto, pero, una vez que se enfermó, desapareció del ambiente y hasta la fecha no la he vuelto a ver ni sé qué será de ella.

La Mayra

Entre las tortilleras que llegan a las cantinas de las inmediaciones de San Pedro, la más famosa es la Mayra. Es de esas tipas que les gusta maquillarse como una vampiresa en decadencia. Debe tener más de treinticinco años. . y a pesar de ser petiza y flaca, se supone muy sexy. Alguien me decía que Mayra tenía hijos ya jóvenes y que su marido se separó de ella por sus inclinaciones !o que se es que cuando toma con los cuates uno puede besarla , apretarle los senos, meterle mano e inclusive introducirle un dedo. Pero si uno quiere ponerse al día con ella está jodido porque suele reaccionar violentamente Ella acepta de todo, pero nada que ver con que se la chicoteen, parece que eso está reservado sólo para las ñatitas con las que duerme en los forrantes de la plaza Belzu.

Las Cafeteras del mercado Rodríguez

En una de las aceras del mercado Rodríguez, cada noche arman sus toldos una decena de mujeres que venden café con sandwich tanto a los negreros (choferes que trabajan toda la noche y que en su mayoría ni siquiera tienen brevet) como

a los noctámbulos que aman la noche tanto como a las mujeres. Las más conocidas son: la negra Antonia, la Ely, la Pascuala, la Nora, la Edith y la Naty (Natividad, para los que no la conocen). La negra Antonia era una mulata que, gracias al cuerpito que se gastaba, hizo furor entre los clientes que, más que a consumir, venían por querer hacerle el entre. Alta, robusta, con un cuerpo que muchas vedettes envidiarían, y de carácter extrovertido. Una noche me acerqué a su puesto y, tras haber tomado un café puro (no tenía plata para más), ella me pidió que le cuidara su puesto mientras ella se iba a charlar con un chofer que la llamaba desde su taxi. Tardó más de media hora en volver, y cuando bajó del vehículo, peinó su cabello chiri con sus manos y me preguntó si tenía novedades. Le dije que unos clientes la habían esperado, y como ella no volvía, se fueron prometiendo volver. Antonia me dijo que esos eran unos pobres giles, y que segurito vendrían. Efectivamente volvieron y Antonia los trató como lo que eran: unos pobres giles. Cerca de la madrugada le pregunté por qué había tardado tanto, a lo que me contestó: ¿Acaso no te imaginas?, o es que vos también eres un pobre gil? Había temporadas en que ella se cambiaba la ropa y de la noche a la mañana aparecía vestida de cholita. Una buena temporada se perdió del mercado y las otras vendedoras decían que se había juntado con un chofer que le prohibió que vendiera café. Pero a los pocos meses regresó, otra vez vestida como señora, y siguió atendiendo a sus caseros en el interior de sus movilidades. La Nora también era alegrona. Divorciada, y aunque no llegaba ni a la décima parte de lo que era la negra Antonia, tenía nomás caseros que la molestaban toda la noche. Falleció a consecuencia de una pulmonía que le dio por haberse hecho pescar con la lluvia una noche. Como estaba borracha, había dormido en la calle. La Ely es la hermana de la Nora. Es gorda con ganas y hasta sus treintitantos años no quiso concubinarsé, en arte por miedo a lo que le podían hacer, y también porque no había un valiente que se animara a cabalgar sobre una bolsa de grasa. De los tombo que hacen sus recorridos por este sector, había uno que disimulaba su impotencia haciéndose el malo, cuando no era más que un pobre tarado. Era uno de los que molestaban a la Ely, hasta el extremo de que un día de esos nos sorprendió a todos con la noticia de que se había casado por lo civil con ella. Ella sigue vendiendo en el mercado Rodríguez; a su marido lo han destinado como guardia en uno de los tantos bancos que hay en la ciudad. Cuando nos pasamos con nuestras bromas, Ely suele amenazarnos recordando que su marido es guardia de un banco y que siempre anda armado. Pero creo que en el fondo, ella está un poco decepcionada de él.

La Pascuala es una chola de más de cuarenta años. Dice que se ha divorciado de su marido porque era un vago, y que de un hombre lo que menos le gusta es que sea un vago. Cuando está, borracha, uno tiene que alejarse de su puesto porque la Pascuala lo agarra a uno y a la mala lo lleva a tomar unas cervezas y después quiere que uno vaya a dormir a su cuarto, en Tacagua una zona que ni siquiera tiene calles, peor alumbrado. Cuando uno va con ella a su cuarto, puede ocurrir que lo bote en la madrugada y en el peor de los casos sin haberle hombreado por lo menos un polvo de sana, es otra huevada de gente, porque a uno lo trata como si fuera su amante, y si uno es gil, tiene que someterse a sus caprichos. Cualquiera puede pensar que ella en la cama sabe lo que tiene que hacer, pero esto es falso, porque sólo abre las piernas y uno tiene que cargar con todo el trabajo entre las ñatitas que al no saber dónde ir a dormir y que se meten a trabajar con las cafeteras nocturnas, esta Edith, nadie sabe de dónde ha venido y además ella nunca responde cuando se le pregunta acerca de esto. Debe andar por los 18 siempre viste pantalones y bien apretados como si quisiera demostrar a la gilada que tiene unas patas que causarían la envidia de un maricon en decadencia en principio ella trancaba con cualquiera pero después que los tombo empezaron a hacerle el entre, se echó a perder, y ahora solo se mete con ellos, como si el ser amante de un policía, la elevara a un nivel más alto.

La Naty es otra cholita a la que le gustan tanto los tombo como los choferes a pesar de que todavía es joven, ya le empiezan aparecer las primeras hullas de la vejez, tanto trabajar a la intemperie. Ella fue la que me dijo que había que nomás que ser amable con los clientes, porque si se portaba emputante, ellos se podrían ir a consumir a otro lugar, y no ganaría ni para comer.

Cholitas a calzón quitado

En El Alto, a pocas cuadras de la base Aérea, existe un local donde, cada fin de semana, turistas y noctámbulos pueden apreciar un show demasiado original, en horas de la noche, varias cholitas made in Chukiago, bailando alegremente al compás de la cumbia tabaco y ron, o Caballo viejo, en un escenario profusamente iluminado, se van despojando de su

manta, sus chompas, blusa, pollera, mank'anchas y demás vainas, hasta quedar desnudas, ninguna de ellas es una chota disfrazada hasta el más gil se puede dar cuenta de que son cholitas netas, y si uno queda impresionado por el cuerpito que se gasta una de ellas lo que puede hacer es llamar a uno de los garzones y pedirle que invite a la cholita a la mesa del solitario. Un amigo que trabajo como chofer en taxi service me contaba que cierta noche, un gringo se aficiono tanto de una de las cholas, que quería llevársela a los Estados Unidos como la cholita era una pendeja, al gringo le limpio todo el dinero que llevaba y se perdió del local durante semanas hasta que la cosa pase al olvido. De antemano en este local se venden tragos finos; lo más barato es la cerveza aparte de las que bailan en el escenario, hay también cholitas que te hacen compañía a los cañaverales y que cumplen la función de copetineras, siempre están dispuestas a prolongar su compañía hasta uno de los cuartitos que hay en el patio.

Las Revisteras de Churubamba

Cuando el callejón Virrey de Condehuyo dejo de tener la fama que tenía en los 40 entre los años 70-75 aparecieron dos nighth clubs y una quinta la quinta era al famosa, El Rancho, los nighth clubs no eran otros que los mentalicemos, El Diamante Negro y El Caribe. Generalmente eran los viernes cuando la gente se iba al Rancho para echarle sus cervezas y los platos de comida que allí servían y como no podía ser de otra manera, había minas que hicieron furor entre los clientes. La más mentada era la Sara, quien llevo a convivir con jercas de la administración pública, puesto que era la más conocida de todas las que frecuentaban la quinta. Actualmente ella tiene un puesto de revistas en la plaza de Churubamba, donde las alquila a quienes se entretienen leyendo historietas. Su hijo mayor ya anda por los veinticinco años y la Sara ha perdido todos los encantos que hicieron furor entre sus galanes. Un vientre abultado reemplaza la cinturita de hormiga que tanto gustaban estrechar quienes saborearon sus encantos. Con el flete que cobra de las revistas, gana una suma más o menos aceptable. Como no puede olvidar las grandes farras de sus años mozos, los fines de semana en compañía de sus amigas, la Sara va a los bares de la Pérez Velasco para tomar con los giles que se dejan engatusar. Lo que más le disgusta, al igual que a todas las mujeres, es que le recuerden su edad, y si uno así lo hace, ella pierde el dominio y lo insulta como si fuera su entenado. Francamente hay mucha diferencia entre la Sara que conocí cuando estaba en su auge y la que se sienta todo el día a fletar revistas. Otra de las revisteras es la Pocha, una mujer de corta estatura y de constitución delgada. Tiene dos hijos en edad escolar. Parece que se ha separado de su marido y que luego vivía con un chofer de taxi. Lo cierto es que, cuando le echa sus tragos, pierde la cabeza fácilmente y es capaz de abrir sus piernas sobre la marcha. A los puestos de la Sara y la Pocha llegan las minitas que se ganan el pan de cada día en los bares, y posteriormente en los alojamientos del centro y que a manera de hacer hora, buscan algunas revistas.

Los chojchos

Los chojchos son salones de baile ubicados en las zonas populares, donde los viernes, sábado y domingo se dan cita, aparte de los llokallas giles de la zona, la casi totalidad de palomillos, escaperos, minitas y demás tucuymas, para bailar al compás del rock. Entre los famosos están: El Génesis (ex Escala B0), en la Antonio Gallardo casi esquina Buenos Aires. Él Casanova Disco (ex Rod Stewart) de la avenida Baptista casi esquina Entre Ríos. De una familia que gracias a las ganancias construyo una casa de cinco pisos. Eddy y sus Rebeldes, de villa Victoria ya cerrado porque casi todas las imillas de la zona perdieron la estampilla en ese local, Los Amigos de la calle Sagarnaga es el lugar preferido por las empleadas domésticas basta decirles "mamita" que bien bailas o "que linda eres" para que te ofrezcan hasta el trasero a quien les esté rondando. Donato, en la plaza Garita de Lima, en una temporada realizaban sus bailes en el Hotel Litoral, de propiedad de cantante José Zapata, los cuadros de villa San Antonio, de salón de baile se transformó en un fumadero de hierba y en putero camuflado a pocos pasos de la parada del micro J si es que no está clausurado funciona los fines de semana. De menor importancia son; Disco Power en Achachicala, Number One, también en Achachicala a media cuadra de la parada del micro 130, Tomy en la calle Vásquez cerca al puente de la autopista donde si uno va con un tanto de guita puede fumar seba y sacarse una minita que le haga olvidar la crisis económica y de paso, como curarse la condecoración (contagio venéreo) que se llevara de recuerdo pero no todo es joda en los chojchos si bien las ñatitas corren peligro también los hombres se arriesgan a ciertos problemas, por ejemplo las batidas de la policía donde agarran hasta al que está pasando por la calle, los tiras de la subsección de Menores entran en el local y con o sin

motivo, agarran a cualquiera, con el fin de sacarle plata y mucho más si la víctima es un choro. También hay otro tipo de peligros, como el que está latente en el chojcho del Marcelino, porque es maricón y cuando le gustan algunos changos, los hace quedar a dormir con él. Al día siguiente los despacha con algunos pesos en el bolsillo y la promesa de que por lo menos durante un mes no pagarán la entrada al chojcho. El Marcelino debe andar por los cincuentitantos años y como de paso es gordo, más que excitación debe inspirar asco y hasta su manera de hablar produce repugnancia. Su local es administrado por una chola, a la que llama "su mujer", pero los chojcheros saben que el Marcelino no ha conocido mujer en su vida y en compensación trata de conocer la mayor cantidad posible de hombres. (De paso les cuento que ha terminado de construir su bruta casa y además tiene cinco puestos; de venta en el mercado Rodríguez, donde se vende café con sandwich hasta la madrugada. Las vendedoras que alquilan los toldos del Marcelino, pagan el equivalente de un sueldo básico al mes...).

Cada chojcho es animado por una batería, un par de panderetas, un micrófono que nunca funciona y, en la amplia sala, un juego de luces que hace las delicias de llokallas e imillas que bailan como descosidos. Los animadores son hasta cuatro jovenzuelos que meten una bulla brutal, como si no fuera suficiente el ruido de los parlantes a todo volumen y que a uno lo deja más sordo que una pared. Siempre hay un animador que agarra el micrófono y hace pantomima, como si cantara el tema que están pasando.

Negocios son negocios

El Barrio Chino

El Barrio Chino de La Paz es lugar de reunión de todos los que quieren vender las cosas que les sobran desde ropa usada hasta televisores a color. Ha; dos barrios chinos El de la mañana y de la tarde al barrio chino de la mañana en la esquina Isaac Tamayo y Sagarnaga, que funciona desde las seis o siete, van a vender sus cosas los volteadores que trabajaron toda la noche y que por la mañana quieren reunir algunos pesos para aliviar sus gastos, también están allí los vizcachas que aprovechan la mañana para comprar a precio ínfimo cosas de valor elevado. Los cañas que pasaron la noche en las cantinas de los alrededores, se dan una pasadita por allí para vender sus relojes, chamarras, sacos, zapatos, etc. El dinero que consiguen les sirve para gastarlo en las cantinas de la zona, donde es probable que, en cuanto se duerman les roben lo poco de valor que les queda. Las comideras, que también van allí a hacer su negocio, venden sus platos a precio de costo y son las que acaparan los artefactos de valor. Los platos que más venden son ají de fideo, saice, pescado frito, huevo y bisté, así como las salteñas, tucumanas, sánduchs de palta y sardina, empanadas, pasteles de dudosa preparación, y los frescos de k'isa que de k'isa solo tiene el nombre. Pues no son otra cosa que agua recibida en el baño del Tambo San Antonio, endulzada y mezclada con un poco de té. En el Barrio Chino de la noche, hay quienes venden sándwichs de huevo, pero de huevo sólo tienen una especie de telita blanca con una mancha amarilla en el centro, ahí también se venden las famosas llameradas o platos de comida preparados con carne de llama, la competencia es grave ya que allí solo quedan clientes hasta las nueve de la noche. Lo que produce dolor de estómago y que precisamente es lo que la gente compra más, son las salteñas y las tucumanas, que son las que no se han podido vender durante el día en las salteñerías del centro, las venden en el Barrio Chino porque saben que allí la gente compra todo, incluso la comida, a medio uso.

Los Albertos

Los principales compradores y vendedores de objetos usados, y por qué no decirlo, robados, son los llamados Albertos y/o vizcachas. Generalmente son gente que, llevada por sus necesidades económicas le hallaron el gusto a la tarea de vivir con la plata de los giles. Para defenderse de las arremetidas de la Policía, se organizaron en un sindicato que, aunque parezca insólito, está afiliado a la Central Obrera Boliviana. El Secretario General del sindicato, cargo que ostenta desde los años 70, es un caballero de unos 55 años, conocido como El Sapo y cuya actividad principal es la compra y venta de relojes. Los otros miembros del sindicato son la Alicia (cuyas hazañas ya les conté); el Conejo Mayor, que vende aparatos electrónicos y que de vez en cuando mete relojes cascos a los giles; don Panchito, que ofrece herramientas y que es una especie de ferretería ambulante; y otros que han instalado puestos donde exhiben desde televisores a color y

hasta aparatos tres en uno. La mayoría de los vizcachas venden durante la mañana en la calle Isaac Tamayo; pasado el mediodía suben al Barrio de la tarde. Allí la gente acude a montones, se realizan los mejores negocios, en los que siempre pierden los giles, dada la astucia de los vizcachas, con ayuda de los galanes (colaboran al vendedor a convencer a los compradores). Una temporada estuvo de moda vender los famosos, cotencios, telas ordinarias que se venden como casimires importados de Inglaterra. En la venta de los relojes cascós, o sea ordinarios, las víctimas propicias es la gente del campo, a ellos se les puede vender un reloj aseikon al precio de un seiko y un oriental como si fuera orient.

A veces llegan agentes de Policía para pedir a los dirigentes una contribución con algunos enseres para la institución. Entonces los dirigentes charlan con los afiliados para pedirles una cuota y compran latas grandes de cera, virutilla de acero, media docena de escobas, ambientadores y demás implementos, que son llevados a Criminalística, para ser entregados como donación este suele pasar una vez al mes. Últimamente estaba de moda la venta de los cachos embolsados, que no son otra cosa que calzados deportivos refaccionados, los cuales, una vez cerrados y debidamente lacrados, son vendidos como nuevos. También uno encuentra radios que parecen flamantes pero una vez adquiridas, sólo funcionan un día.

El arte del medio uso

Hay vizcachas que compran a los choros todos los artefactos de valor que sustraen y que, como no pueden vender en el Barrio por temor a que la Policía se los decomise, los llevan a las ferias campesinas donde obtienen un buen precio. Los Albertos también compran a los t'ipidores (ladrones de aretes) las joyas que han sustraído. Las pagan a mitad de precio y luego las venden en las tiendas del ramo, obteniendo un precio más o menos aceptable. Lo original de estas transacciones, es que cuando los t'ipidores caen presos, ni por san puta avisan que gran parte de las joyas robadas fueron vendidas a los vizcachas, porque perderían a los intermediarios que les permiten deshacerse del botín pagándoles al chijchiqui y sin hacer preguntas. Gran parte de los zapatos que roban los volteadores, van a caer el Barrio Chino, y hay que reconocer que los calzados son lo que la gente más busca. Allí también se puede encontrar desde ternos antiguos hasta los confeccionados según los últimos dictados de la moda; camisas a elegir; aros de autos; agujas de coser; libros y textos universitarios y hasta discos de moda, Los precios varían de acuerdo a la cara del comprador.

Muchachos de linaje

Canas y choros

En enero de 1985 varios amigos disfrutábamos unos quemapechos infames en Las Carpas. Estaban presentes el Toscanito, el Chercho Paulino, el Chuncho, el Loro, la Nela, la Jaquellín, la Rosa Con, la Cabezona. La Hormigueta, el Pequinés, el Sombras, el Ceros, el Cuba, al Cabo Canqui, la Julieta, la Negra Betty, la Mugue, la Chilindrina, el Gato Maula, el Judas y un tantazo de giles ajenos a la muchachada. En lo mejor de la farra vino la policía para apresar a los maldadosos que allí estaban. Algunos de los giles se asustaron, pero los muchachos y las hamponas ni se inmutaron ante la presencia de los canas. Lázaro, agente de la policía al que siempre le gusta que le digan "señor Lázaro". se acercó a la mesa en la que yo bebía y, tras mirar de frontón a los presentes, quiso detenerme. Dijo que nadie le sacaba de la cabeza que yo era un choro que me hacía el gil y que mi trabajo era llevar libros bajo el brazo para aparentar que no choreaba como los amigos con los que andaba El Chercho Paulino, que estaba demasiado borracho, se levantó y ti.as hacerme sentar, se encaró con Lázaro y le dijo: "No se pase de conchudo. Si al amigo que en verdad es un gil, le gusta andar con choros, ¿por qué supone que tiene que ser como nosotros? Si sólo han venido a buscar plata, por qué no lo dicen de frente: muchachos, queremos tanto y, si nosotros queremos se la vamos a dar. Pero no se venga a mandar la parte con el cuate, que lo único que ha robado es la amistad de los aquí presentes." Lázaro quiso decir algo, pero tras amenazarme, salió disimuladamente a consultar a sus compañeros. Creo que se dieron cuenta de qué estaban en inferioridad numérica, porque no volvieron a entrar. Cuando uno de nosotros, como quien sale al baño, fue a ver qué pasaba afuera, dijo que los tiras estaban en el boliche del Germán para laburar el susto a quienes cañaban allí. El Chercho Paulino le dijo entonces al Toscanito que la farra en Las Carpas ya estaba muerta y que él nos invitaba a un secreto (cantina camuflada) donde podríamos seguir sin que los hambrientos de la cana sigan molestando. Salimos de Las Carpas y, mientras

caminábamos a lo de doña Dora, uno de las broncas del Toscanito apareció por la calle y lo empezó a molestar. Éste ni corto ni aburrido se acercó a su bronca y, tras maletearlo como a su chola, le dejó de recuerdo un hachazo fulero en la mejilla. Como si no hubiese pasado nada, el Toscanos se acercó a nosotros y seguimos caminando hasta la cantina de doña Dora, donde nos quedamos a beber hasta pasada la media noche"

El humor ante todo

Desde que lo conocí en el Patronato, el Tirulo ha sido uno de mis cuates más fieles entre los maldadosos de La Paz. Hace algunos años nos encontramos en la calle y como andábamos misios; me pidió que lo acompañara por el sector de las mujeres que venden coca frente al cine imperio, en la zona de Chijini. Al llegar, el Tirulo vio a una que contaba muy animada su plata. Me dijo que lo esperase en la esquina y en el momento en que lo viera correr, lo siguiese. Yo le dije Qr.re sí, que haría tal como me lo pedía. Él se acercó hasta la mujer y sin darle tiempo a nada la empujó hacia atrás despojándola de su chuspa llena de plata y empezó a correr en dirección a la posada de Chijini. La chola, se levantó con una agilidad de atleta y se puso a gritar: "¡Agárrenlo al ratero, agárrenlo al ratero...!". La gente nos miraba correr y parecía que no tenía ganas de perseguirnos. En la esquina dé la seccional de Chijini, un agente nos detuvo para preguntarnos por qué corríamos como desafortados. El Tirulo, señalando a la mujer que gritaba a más o menos 200 metros, le dijo sin inmutarse: "A esa señora le han robado su plata y estarnos persiguiendo a los rateros". Algunos agentes corrieron hasta donde la mujer, mientras nos perseguíamos a nosotros mismos. De pura alegría nos metimos en una pensión para celebrar con buena comida y unas chevas la fabulosa suma que el Tirulo había ganado. Otra de las cosas que siempre me ha gustado de los muchachos, es su forma de contar sus desventuras matizándolas con anécdotas que hacen que el oyente no se amargue al escuchar historias que tranquilamente harían llorar a quienes no tengan los nervios templados. "Una vez que encané en el Centro (Central de policía) me contaba el Albaco una madrugada-los tiras me tiraron de prepo una miraba que me botó en el suelo llorando como una madre soltera a punto de parir mellizos. Había que ver la cara de los tirantes cuando veían que yo no soltaba naranjas, y cuando se cansaron de romperme mi puta, me llevaron a la celda donde me botaron como a trapo viejo. Una vez allí, vi que mi cuate el Fifí había estado de Jilakata y no me pidió el ingreso respectivo. Cuando le conté que una noche estaba a punto de apireármela a su hija, hubiesen visto la cara de emputado que puso, como si hubiese sido su agujero el que yo quería ponchear". El Fifí es un muchacho mayor, de los antiguos, que tiene una hija llamada Mery que de paso es de porrista y a él no le gusta que se mencione su nombre en las celdas de la cana. Incluso su hija, que viaja al exterior como si fuera a Viacha, cada vez que mencionan la fama de su padre, se hace la ofendida.

El porqué de los hachazos

Parece que la maldición que pesa sobre los choros, es la de llevar en la cara, manos, pecho y pies, una serie de cicatrices que, aparte de afearlos el cuerpo, les da una especie de estatus Centro del mundo del hampa. Un palomillo, varias veces detenido en el Centro, me decía que la mayoría de los choros tenían cicatrices porque en sus peleas entre ellos, era normal el uso del cuchillo o de hojas de afeitar, con las que se infringían tajos, y si éstos eran profundos. Mucho mejor. También conocí a otros muchachos como el Samuelito, que cada vez que ganaba lanceando un buen tantazo de quivo, en las cantinas donde festejaba, cuando ya estaba caña, se arremangaba un brazo y se lo hachaba como recuerdo del quivo robado. Tenía tal cantidad de hachazos, que si se hubiese propuesto juntar toda la plata que robó, a estas alturas sería millonario. En sus brazos ya no había espacio ni para un hachazo pequeñito; me imagino que ahora se debe hachar sobre las cicatrices. El Rompe, conocido monrrero, inquilino permanente de las celdas policiales, en una farra por Chijini me contaba que a él le gustaba cortarles la cara a las minas que convivían con él, Así mostraba que esas ñatas eran una especie Ce propiedad privada y si algún día, ellas se iban a vivir con otro gil, cuando éste les preguntase quién le había afeitado la escaria, ella lo recordaría. Al Chachapaquita, chacho firme de La Paz. Finado por tiras y tombos, parece que en su juventud ninguno de sus amigos le creía que era choro y que sólo alardeaba. No tuvo más remedio que buscar bronca con el primer choro con que se cruzó, el cual para escarmentarlo le tiró un hachazo fulero en la jeta. Recién entonces. El Chachapaquita quedó satisfecho ya que nadie volvió a dudar de su palabra. La colección de hachazos creció y tenía tantos que perdió la cuenta. "A ese que me ha hachado la jeta me decía el Toyotas le voy a deshacer la cara van

a tener que recoger sus pedazos de carne con cucharilla". Parece que cuando todavía era un gil, un choro pendejo le tiró un hachazo en plena jeta que lo marcó para toda su vida. Ahora que es un choro de los más pesados, que hasta llegó a ser Jilakata en la Echada, busca hace años al choro que le dejó uno de esos recuerdos que no se borran ni con sangre.

Las hijas de nadie

Las amigas que tengo en el hampa son fregadas de por sí, liberales hasta decir basta, ya que se encaman con quien desean, y si no les gusta un tipo, lo mandan a la mierda, así éste tenga el quivo loco. Mal habladas como ellas solas, y cuando están en cana, solidarias hasta cierto punto. Una temporada estuvo de moda un tema ranchero que titulaba "La hija de nadie". Trata de las amarguras de una muchacha, hija de madre soltera. Pues bien, cuando ellas se juntaban en una cantina para echarle sus tragos infames, todas sin excepción lloraban al corear este tema. Acaso ellas también eran hijas de madres solteras y sus propios hijos tampoco tendrían padre conocido. Puede que se explique de este modo que se desembaracen de sus hijos apenas éstos tienen noción de las cosas. Conozco a muy pocas que no se hubieran dedicado a la prostitución por una buena temporada. Cuando son jóvenes es frecuente verlas por las calles en busca de algún gil que las salve con algunos pesos.

La Zenobia

La Zenobia, por ejemplo, maldecía a sus padres, ya que de ellos ni siquiera había recibido la instrucción escolar. Abandonada cuando aún no tenía diez años, tuvo que trabajar de todas las maneras imaginables. Me contó que de mocosa ayudaba a una señora que vendía comida en un mercado, de la que tuvo que escapar, pues no había un sólo día que no la castigase. Cuando ya era jovencita, se enamoró de un choro que, luego de desflorarla y vivir con ella varios meses, la abandonó dejándola embarazada. Su guagua nació muerta, por lo que, para salir de la pobreza, se dedicó a la prostitución. Los años no pasaron en vano. Ahora debe estar por los treinticinco; a veces se queja de dolores en la matriz e incluso le vienen hemorragias intensas. Quien la quiera conocer, puede buscarla en los antros de Chijini, porque ella siempre le echa sus tragos después de amanecer por calles y cantinas vendiendo cigarrillos, dulces y chicles. Hace mucho que dejó de patinar. No recuerdo quién me dijo que la Zenobia tenía otros hijos que también había abandonado; no sé si será cierto. Lo que sí es seguro, es que, cuando tiene ganas de hacerse refrescar la entrepierna, busca un chango y se va con él a ponerse al día en un alojamiento. Eso sí, es el chango el que debe pagar el cuartucho.

La Lourdes

A sus veintitantos años era una mujer envejecida por la vida. Una noche de bohemia hice amistad con ella en un antro de la Buenos Aires. Al calor de los tragos me contó que se estaba separando de un gil que, tras joderle la existencia con tres críos, cada noche la pateaba. De paso el gil se pasaba de celoso y rio permitía que hable ni con el panadero. El Chapuín el cuate que me la presentó, me decía que cuando era joven, había hecho llorar a cualquier cantidad de giles, y como era muy atractiva, no faltaban tipos que quisieran juntarse con ella. La maternidad le arruinó el físico, un tantazo de rollos le afeaba el vientre. Durante la farra ella confesó que de vez en cuando se ganaba sus pesos en el putero de doña Chepa, al final de la Buenos Aires. Cuando lo hacía, entraba hasta con diez hombres en una sola noche. El quivo que ganaba, lo gastaba en antojos, sin importarles la situación de sus hijos ni de su marido. Esa noche ella y el Chapulín se fueron a dormir al cuarto de éste. A veces, cuando estoy pataiperreando por Tembladerani, la veo pasar, siempre acompañada por un extraño.

La hermanita de mi amigo

Todas mis amigas fueron desfloradas antes de cumplir los quince. Unas por sus enamorados, otras por sus parientes, y en el peor de los casos por acostarse con un gil pensando ganar unos pesos. La hermana menor de un amigo de infancia escapó hace pocos meses de la casa de su madre; por muchos días nadie supo de su paradero. Ella solía ayudar a su madre a vender frutas en la calle Almirante Grau casi esquina General González. Como esa calle es ruta obligada de los chojcheros que van a los cines Murillo y Center, no faltó un peine que la dulceó y a la menor oportunidad se la llevó para

encachufársela por el hachazo inferior. Una mañana la encontré en el parque Riosinho. Al principio se asustó pensando que la llevaría a su casa. Yo la tranquilicé diciendo que, en lo personal, me importaba un bledo que haya o no abandonado su familia, pero no me gustaba que siendo tan t'una aún no tenía quince años se haya dedicado al patinaje puesto que de otra manera, no se explicaba que estuviera bajando de la quinta 14 de Septiembre. Ella, que se había pendejeado en pocos días, con una risa de flautita, me dijo que si no me importaba que abandonara su casa, tampoco debería importarme que se dedique al puterío.

Comiendo giles

Las minas que se dedican al puterío, si tienen buen cuerpo, pueden ir a los puteros donde un polaco cuesta el quivo loco. Pero si son fuleras, no les queda otra que ser chola del primer delincuente que se les cruza, mientras aprenden a conchudarse y a afanar. En los bares, chicherías y cantinas, no es extraño ver cómo las mujeres de los choros que están en cana, se van a chisintar con cualquier gil. Y puede ser que, pasada la borrachera, el gil quiera recordar los momentos eróticos vividos, entonces la mina lo manda a la mierda. Para ellas gil comido es gil olvidado. Cierta vez el Paya, antes conocido como el Payaso cayó preso en la cana y los tiras le pidieron 10.000 pesos de-refilo (coima) para salir en libertad. Este dinero debía ser entregado sólo al agente que atendía el caso, y que no habría recibo. Cuando sucedió esto, la botella de cerveza costaba 100 pesos. La Marlene, otra mina que también era flauta, le aconsejó al Paya que llegara a un acuerdo con el tira que atendía el caso. Si el agente se enamoraba de ella, tendría que aceptar cualquier propuesta que éste le hiciera. Parece que fueron a tirarle algunas chevas y unos platitos; lo cierto es que a la semana el Paya salió en libertad, no pagaron ninguna multa y los 10.000 pesos fueron olvidados.

K'olo barato

A cualquier hora del día uno puede encontrarse en las calles con mocosos de menos de quince años, que llevan constantemente el puño de una de sus mangas a la nariz para inhalar un poco de thinner o gasolina, impregnados en pequeños trapos o pañuelos. Son los famosos palomillos que, como aún tienen miedo para cometer algún oelito, se drogan para sacar coraje. Los k'olos siempre andan en grupo, es raro verlos caminando solos. Saben que así pueden ser presa fácil de agentes y tombos. Como han sido marginados de sus familias si es que alguna vez la tuvieron, duermen donde les pesca la noche. Son campeones para encontrar torrantes estratégicos y seguros, al punto que se pueden llevar minas para funcionar. Una gran mayoría vive por los ch'amperíos de la avenida del Poeta, otros entre las tarimas del mercado Uruguay; los que gustan Voltear muñecos duermen en las gradas del mercado Lanza, algunos en el callejón que baja de la Buenos Aires hasta la parte trasera del baño de la Rodríguez. Otros se la pasan caminando como huayronkos y de día le echan una pestañadita en el parque zoológico o en la avenida del Ejército. El punto de reunión de la mayoría es el parque Uruguay, donde se los puede hallar a cualquier hora comiendo aquello que será su única comida del día: un poco de ají de fideos servido en un pedazo de papel, o un plato de p'eske de quinua. Las mujeres que gustan del thinner siempre están hualaycheando con los hombres porque han descubierto que abriendo las piernas pueden ganar mucho más que trabajando como bestias. La que maneja una gran cantidad de k'olitas es la Cabezóna. Otra de las minas pesadas es la Nela, actual mujer del Toscanitos, la cual desde cacacha ha sentido las delicias del k'olo barato.

Ahora bien. Para k'olearse, no es nomás meterle thinner a la nariz como si fuera gasolina, eso puede traer complicaciones respiratorias. Un aprendiz, debe empezar a inhalar el thinner de lejitos, a unos cinco centímetros de la nariz. Después se acerca el trapo empapado hasta tapar las fosas nasales e inhalar una sola vez. El dolor como quemadura dentro de la nariz es fulero pero para evitar que se prolongue, hay que volver a inhalar y botar el aire por la boca. Cuando el dolor en las fosas nasales pasa un poco, uno ya puede inhalar hasta tres veces seguidas sin apartar el trapo humedecido y botando siempre el aire por la boca. Algunos k'oleros me dicen que han llegado a volar como astronautas, pero lo más seguro es que al que se k'olea le llegue una especie de borrachera y en pocos minutos se olvide por completo qué es el miedo. Cuando uno está k'olo, no siente hambre, y hasta se puede combatir el sueño. En algunos cuates el thinner o la gasolina actúan como afrodisíaco y en otros les produce una especie de impotencia. Hay quienes le tiran trago con k'olo, la audacia de los palomillos llega a extremos me consta que muchos lo han hecho incluso en las celdas de Criminalística. El k'olo se lo consigue fácilmente y es relativamente barato, lo que ayuda a mantener el vicio.

Otra de las minas antiguas que le gusta el k'olo es la Mugue, a quien, si bien ya pasa los treintaicinco, le gusta ir al ch'ojcho para bailar como una chiquilla. De paso se saca changos a los que lleva a Tembladerani para que, aprovechando la oscuridad, se la pasen por las armas.

Alcoholismo y delincuencias

El alcoholismo está muy ligado a la delincuencia, ya sea infantil, juvenil o de la pesada. No hay un solo choro que no sea afecto a echarle sus tragos por lo menos unos dos días a la semana, y si estos son quemantes, mucho mejor. No hay nada más vergonzoso que un muchacho no le eche sus infames a lo macho. Además, cuando están yucas no tienen miedo ni a los tiras que pueden mandarlos a la echada, y si de matar se trata, lo hacen, sin que por eso les remuerda la conciencia. El Loro Madariaga, un monrrero, que fue enviado varias veces a la echada, aseguraba que si no fuera por el trago, los rayas nunca lo hubieran agarrado. También se jactaba de que estando caña, hacía los laburos más firmes.

Al Chunche lo conocí en junio de 1981, cuando estaba en la cana, incluso llevé un recado para su hermana que tiene un puesto de venta en la calle Isaac Tamayo. Ella se hizo la loca y no quiso ni siquiera visitarlo. Cuando el Guincho regresó de su segunda echada, maridó al diablo todo y se metió a la botella tupido. Hoy se lo puede ver vagando por la avenida Bapiista, siempre en compañía de artistas de esa zona. Por demás estaría decir que, en una especie de venganza, el Chunche fue una noche a la casa de su hermana y le limpió todo lo de valor que tenía. El Tío Max es uno de los vizcachas más firmes que hay en el Mercado Chino. En sus años mozos fue choro, las últimas veces andaba por el Cullawas haciendo llorar de canto a los giles de la avenida Buenos Aires y del Alto. El Tío Max tiene una hijita de unos ocho años que vive con su madre. Desde que él se separó, no quiere saber nada de juntarse con otra. Hace poco, me contaba, había vuelto a hablar con su ex mujer, no se había dado cuenta que la seguía queriendo, pero como ella no quería saber nada de él, el Tío Max ha vuelto a descolgar los guantes y de paso se ha metido de lleno a la botánica. El Tatake y el Vampiro: son otros dos que cada vez que hacen un lindo fato, se meten a la botella y no están tranquilos hasta hacer humear sus últimos quivos. Los vi manejar el quivo loco y a las pocas horas no tenían ni para comprar un refresco de k'isa.

Ahora bien, también hay choros que no fuman ni beben ni tiran y nadie sabe qué es lo que hacen con su plata. Un ejemplo de esto es el Mario, que desde cacacho ha sido choro. Este cuate tiene la mandíbula inferior desproporcionada, parece la quijada de un caballo, y como además la cara no le favorece en nada, le pusieron el apodo de Mono. Hace poco que se ha vuelto medio Alberto, todos los días se lo ve en el Barrio Chino vendiendo macanas como agujas de coser, botones, collaritos, crucifijos de plástico, agujas de máquina, etc. Los tiras que lo conocían, en especial Arce, creen que el Mono se ha plantado. Mejor que lo sigan creyendo, porque a mí me consta que el Mono sigue laburando como en sus mejores tiempos. Nunca lo he visto caña. Es tan tacaño que ni siquiera se compra un cigarrillo y como no tiene ñatita" es difícil que siquiera alguna vez hubiera tirado un polaco en su vida. Algunos conjeturan que toda su guíta la tiene guardada en un banco, otros piensan que ha hecho cambiar su plata en dólares y que tiene su secretario que se lo comercializa en la avenida Camacho. Nadie sabe qué hace con su plata. Y por si fuera poco, come lo más barato que encuentra, y hasta para dormir prefiere el Ejército de Salvación, donde vive hace ya muchos años.

El duro oficio

La soledad

En agosto de 1985, cuando yo estaba en cana, un muchacho pesado me contaba que el destino de un choro preso es el más jodido que se pueda imaginar. Aparte de que a uno le pegan cuando les da la gana, vive con la incertidumbre de no saber qué puede pasarle en el futuro me contaba que las primeras veces que había encanado sin contacto con sus familiares solo había confiado en Dios para que le ayude a salir en libertad "aquí uno realmente siente la presencia de Dios", me dijo "cuando reza lo hace con devoción y no puede burlarse de nadie porque le puede ir peor". Por naturaleza los choros son desconfiados, si acaso llegan a contar algún secreto a alguien, siempre lo hacen pensando que tarde o temprano serán traicionados. Respecto a sus delitos si otro choro es testigo de uno de ellos y por cualquier problema lo denuncia, la venganza es terrible, ya que si no le hace una herida fulera, lo fardea en la cana y de eso no lo salva ni Santa

Rita de Casia, la santa de los imposibles. Pero, ¿qué es el fardazo? Cuando un choro cae en cana, y lo están dianando, se acuerda de quién le ha hecho alguna maldad y considera que no es justo que sólo él pague los platos y el otro esté de lo más chocho en la calle. Entonces "confiesa" que ha visto al otro acarrear un tantazo de bollos y que sabe de dónde los consigue. Empieza a inventar una serie de delitos inexistentes, hasta los cometidos por él mismo, y se los adjudica al otro para que los canadienses tomen en cuenta y, cuando el otro encane, le hagan cantar la Cumparsita en tiempo de rock. Las víctimas de un fardazo, siempre se han arrepentido por haberse hecho a los peines con los cuates, porque ante la imposibilidad de recoger los bollos de delitos inexistentes, tienen que aguantarse las peores torturas. Los muchachos mayores dada su experiencia prefieren caminar solos, ya que las veces que lo han hecho con otros, especialmente palomillos, siempre han encanado y hasta tuvieron que viajar a la Granja para trabajar como muías. Cuando uno les pregunta si laburan en grupos, los muchachos firmes siempre dicen que prefieren las soleadas, Va que es mejor gozar del bollo solo antes que compartirlo con piteadores. Y si un laburo les sale mal, entonces amén y a aguantárselas como hombre. Los monrreros, auteros, sequeros. Descuidistas, escamoteros y la mayoría de los volteadores son los que necesariamente deben andar acompañados, por lo amplio de sus laburos. Pero eso sí, siempre cuidan que el compañero sea un tipo de confianza para que no les haga la chanchada, porque en la cana la pagan fulero y no hay derechos humanos que les salven el pellejo.

Las broncas

Entre la muchachada, no es extraño que los monrreros tengan una bronca fulera contra los lanceros y que esta rivalidad se prolongue aun estando presos. La explicación es sencilla: cuando los lanceros tiran cana, lo peor que les puede pasar es que, además de machucarlos, los tiras les saquen el quivo que tengan, y sumado a la guita del refilo, los dejan en libertad. Pero si el que tira cana es un monrrero, la cosa es distinta, porque los tiras se esfuerzan por hacerles cantar todos los bollos que hubieran ganado desde que salieron en libertad tras su última encanada. Y si la lista de bollos no les satisface redoblan sus esfuerzos para que el choro cante hasta en chino. Los monrreros sufren en las celdas policiales una serie de torturas que van desde la consabida pateadura hasta el "submarino", el "honor a la bandera", "colgar al potro"; la "crucifixión", el "edificio", las consabidas "zarzamoras"...

Entre los que se dedican a estas dos profesiones, los que tienen más marcada las caras son los lanceros, porque de cañas, se hacen afeitar con los ferroviarios (también llamados monrreros, porque manejan fierros para desviar candiles), quienes no los toleran ni en la misma cantina. Para un choro es de poca hombría ser lancero, es lo peor que alguien puede elegir. En cambio sólo los machos trabajan como monrreros y como auteros, pues arriesgan hasta la vida por ganar unos pesos que invariablemente irán a los bolsillos de los dueños de cantinas y prostíbulos. Estos son los que al final se benefician, pues no hay choro que no le guste echarse un polaquito semanal y sus buenas farras, las que suelen durar semanas. He visto muchas peleas entre estos trabajadores, y puedo asegurar que los que más pierden son los lanceros. En su desesperación, éstos siempre sacan a relucir sus puntas ante la ch'iñadura que reciben. También hay que tener cuidado de los pesados, porque cuando se emputan, sacan sus puntas y no es raro que maten al que se les enfrente. Acaso sea por eso que cuando están cañas algunos fierros se jactan de haber medido el aceite a de un gil.

Amores paternos y filiales

"Mi madre sólo se acuerda que yo soy su hijo cuando estoy en la cana, que es cuando viene a rogar a los rayas que me apaleen, o cuando agarro la guitá, que es cuando quiere cobrar hasta por haberme parido'. Eso fue lo que me dijo el Pachi. Puede que esto de la familia sea una gran mentira. La mayoría de los cuates que tengo, no recuerda qué es vivir en familia. Generalmente son personas ajenas al vínculo familiar jos que se preocupan porque uno se hubiera dedicado a la mala. En la esquina de la Montes y pando, hay una pareja de canillitas no videntes, que adoptaron a dos mocosos que llegaron a querer como a sus verdaderos hijos. Uno de ellos era de piel blanca y el otro era negrito. Cuando yo iba a la escuela Montes a pasar clases, al pasar por esa esquina siempre veía a los mocosos. Después, desaparecieron del lugar y nadie supo qué había sido de ellos. Hace algunos años, en el Averno me presentaron a un cuate apodado el Fierro, que recién había llegado de la echada. Entre charla y charla, me contó que él era uno de los mocosos que los ciegos habían criado. Me dijo que su hermano el negrito trabajaba en Santa Cruz. Yo pensaba ingenuamente que el Fierro guardaba

alguna gratitud hacia sus padres adoptivos, me desencantó el saber que lo último que había hecho antes de dejar el cuarto que ocupaban, era robar el dinero que los ciegos guardaban para comprar los periódicos del día siguiente. También es frecuente que las minas manejen las guaguas que han tenido más para salvarse de la cana que para amamantarlas. Cuando los tiras las quieren encañar, ellas pueden armar un escándalo en la calle gritando como desafortunadas y pidiendo ayuda a la gente.

La familia del joyero

El Ángel es joyero de profesión, es decir, le gusta robar joyas. Orureño de nacimiento, en los últimos tiempos vive con su tercera mujer, el 2 de agosto cumplió cuarenta años pero ese día estaba tan mala racha que ni siquiera pudo robar unos pesos para comprarse un trago de alcohol, su mujer es comerciante que viaja constantemente a Sucre, parece que le pone los cuernos a mi amigo porque siendo ella joven todavía y con calentura vaginal, abandona a su marido hasta seis meses. De sus padres, el joyero no quiere hablar es como si no los hubiera tenido. Cuando se pone a conversar de su tercera mujer dice que es una santa y que ha tenido suerte al encontrarla. Pero cuando esta borracho dice que su mujer es la más puta entre las putas y acostumbra abandonarlo para verse con sus amantes.

La nueva generación

Cuando la nueva generación se dedica a la bartola, todos hombres y mujeres programan sus actividades de tal manera que no les queda un día sin acción como son campeones para financiarse, los choros en ciernes hasta se dan el lujo de comprar ropa para la minita con la que salen y si les alcanza compran un tantazo de base para jalar, la base o yerba es solo para el antojo, la gasolina y el thinner son lo que les gusta, los martes son para ir en matiné al cine México, los Miércoles al cine Imperio, los Jueves al Murillo, los Viernes desde las tres, la pasan en uno de los chojchos de la Buenos Aires, los sábados en la mañana a robar plata al mercado Rodríguez y en la tarde también desde las tres al chojcho a bailar tupido, los domingos por la mañana a hacer llorar a la guada de la feria de Alto Lima o a la gente que hace sus compras en la Buenos Aires y por la tarde de vuelta al chojcho para bailar hasta las 10 de la noche, que es cuando cierran el local. Los lunes son para lavar un poco de ropa en el río y las minas para lavar los ganapanes que tanto han remojado durante la semana.

Todas las mañanas, el parque Uruguay es lugar de cita forzosa para chojcheros y chojcheras. Mientras saborean un ají de fideo, comentan sus aventuras y las macanas que tuvieron que soportar, al menos las mujeres al tener que polaquear en la calle, a altas horas de la noche, pensando en la llegada de los tombos para interrumpir la función y, de paso, compartirla.

Guardianes de la ley

Para controlar "el orden y la tranquilidad" de los ciudadanos, la Policía tiene en La Paz cuatro regimientos, un batallón de Tránsito, un Grupo Especial de Seguridad, la Unidad de Radio patrullas, la Central de Criminalística, la Subcentral que está a pocos pasos de la Ceja de El Alto un sin fin de comisarías y hasta una oficina centra! en la que los juzgados policiales supuestamente administran justicia.

En todos estos lugares se diseminan los infaltables tombos, campesinos que se vinieron para trabajar en la guardia como simples carabineros También trabajan allí algunos elementos indeseables que camuflan con el uniforme sus fechorías. Con esto no quiero decir que todos sean desclasados, pero las tres cuartas parte más uno sí lo son.

En horas de la noche, los tombos generalmente salen en parejas y frecuentan las cantinas para sacar plata a los giles que están bebiendo, meterse sin que los llamen en las peleas de ebrios, voltear a las cholitas o minitas que caminan por las calles, molestar a las que venden café en toldos y quioscos, patear a los k'epiris que duermen en las tarimas de los mercados, extorsionar a los palomillos que se k'olean por las calles céntricas, querer aprovecharse de las minas que patinan en la Pérez Velasco y otros lugares estratégicos, tomar trago a la manga de las poncheras, rastrillar a los cañas que duermen en las calles llenas de borrachos, charlar con los pericotes que conocen para preguntarles cómo les va en

sus laburos, sacar la mierda a bastonazos a los que no quieren ser custodiados o someterse a sus "órdenes"... En fin, los tombos siempre cumplen su labor a cabalidad, nada ni nadie les puede decir que cometen injusticias, porque ellos son los que hacen y deshacen, y hay del que les diga algo. Puede sentir sobre su cuerpo el peso de la ley, materializado en el bastón de mando que siempre llevan colgado de sus cinturones.

La Bruja

A este cuate le pusimos de mal nombre la Bruja, porque era feo con ganas. Si fuese un poco más inteligente, hubiera seguido un juicio criminal a sus padres por haberlo engendrado. Su especialidad era tak'abobos (ladrón de relojes) pero en una de esas apareció vistiendo uniforme. Lo habían aceptado en el Grupo Especial de Seguridad. Vestido de jerga quería pasarse de conchudo con los cuates, pero como lo conocíamos bien, siempre lo poníamos en vereda. El entonces cobraba su bronca a los giles que nunca faltan. La Bruja fue trasladado al Regimiento N' 3 de El Alto donde hizo tabla rasa con los giles que por las noches van a cañar a los boliches de la Ceja, especialmente con los que van al putero de la María Mulata y al de la Katunga. No hay que olvidar que en El Alto hay más robos que en La Paz y los choros más conchudos sé van a trabajar allí. La Bruja pensó aprovechar sus conocimientos sobre el hampa para sacar el mayor provecho posible, pero tuvo que frenarse cuando cierta tarde, en la cantina de don Pacífico, en el puente de Villa Victoria, un muchacho pesado le dijo que si se pasaba de pendejo, él se encargaría de dejarlo para el perro. Borracho estaba, pero me acuerdo. Debido a sus reiteradas faltas y por haber sido sorprendido borracho y con uniforme, y otras macanas que le batieron sus cuates, la Bruja fue suspendido de la guardia y echado a la calle. Como no sabe trabajar honradamente, este tío volvió a ser el mismo choro de antes, y hasta para dormir tuvo que volver al Ejército de Salvación, de donde había sido botado, cuando se descubrió que tenía chicata. En diciembre del 84, le dijeron a la Bruja que en Santa Cruz recibían gente para trabajar en la Guardia; sin pensarlo dos veces, recogió su libreta de servicio militar de la Policía y se fue a trabajar allá, donde lo aceptaron sin mucho problema. Un cuate que llegó recién de Santa Cruz, me dijo que la Bruja es el mismo conchudo de antes y que allá hace llorar a los giles que da miedo.

El Bombolito

Cuando trajinaba por los tambos del mercado Rodríguez conocí a un cuate que cargaba bultos. De mal nombre le pusimos el Bombolito y este tipo, además de saber leer y escribir, no hacía otra cosa. Cierta noche, caminando por la Buenos Aires junto al Pétete, una pareja de carabineros nos interceptó a la altura del callejón Tapia" Los tombos habían salido de una cantina, y como seguramente no hallaron giles para laburarles el susto, creyeron que con nosotros se iban a hacer la tuti, El Pétete les dijo que él sólo se recogía a su casa tras haberle echado algunos tragos. Uno de los tombos me dijo: "Yo a vos te conozco" Le dije que yo también lo conocía. "¿De dónde me conoces?". Gritó el tombo, a lo que, sin contener la risa, le dije que desde el Bombolito del mercado Rodríguez. El tombo se turbó y haciéndose el loco nos pidió que siguiéramos caminando, recomendándonos que tengamos cuidado porque a esa hora había muchos choros. En esto tenía mucha razón, porque cuando nos alejamos, comentábamos que va nos habíamos cruzado con dos de ellos.

Un caso típico

"A mi suegro lo voy a hacer rebotar como a pelota por hacerme separar de mi mujer", decía un Leopardo en una cantina de San Pedro. Su mujer, con la ayuda de su padre, estaba divorciándose de él porque éste tenía una amante. Yo le dije que estaba mal que hubiera deschapado a su repuesto, esas cosas ni siquiera se silban. Me dijo que, como era hombre, y además Leopardo de la Policía, las mujeres se le acercaban como moscas y él no podía evitarlo. También se jactaba de las hazañas que había tenido en el Beni en la lucha, contra el narcotráfico. Horas después nos acompañábamos rumbo a la Pérez Velasco y se le ocurrió comer un plato de ají de fideo en Los agachaditos. Yo no quise servirme porque cuando bebo soy poco afecto a la comida, pero él comió como hambriento, y cuando la vendedora le quiso cobrar, él alegó que ya le había pagado y hasta amenazó con patearla ahí mismo si ella no se retractaba de lo que había, dicho. La mujer hizo un alboroto hasta que llegaron dos tombos del batallón de bomberos. La vendedora se quejó ante "la autoridad" por la prepotencia del ebrio. Los guardias lo llevaron preso hasta el juzgado de la calle Pando para que allí pagase lo adeudado.

Cuando lo llevaban, el otro se identificó ante sus camaradas, y éstos, después de recomendarle que se recogiese a su casa, lo dejaron en libertad.

K'epiris y tombos

Un aparapita viejo que siempre quema cartones en los basurales del mercado Rodríguez, contaba a los que querían oírle, que su hijo menor había trabajado con él en los tambos de Chjjini, descargando frutas de los camiones que llegaban de los Yungas. Cuando salió del cuartel, consiguió trabajo como carabinero. Desde que empezó a cobrar su sueldo mensual y aprendió que portándose malo los giles se amansaban, renegó hasta cié su padre, porque para él era una vergüenza tener un padre cargador. Por la madrugada, los uniformados se acercan a los basurales donde los aparapitas queman cartones. Si es que no hay muchos, van a las tarimas de madera de los mercados para despertarlos a patadas. Una madrugada se acercó al basural del pasaje Tumusla una pareja de tombos que, sin que medie motivo alguno, empezaron a carajear a los que estábamos alrededor de la fogata. Nos trataron de borrachos, como si ellos no hubieran estado más yucas que los cañas que se calentaban junto a nosotros. Casi no hay k'epiri que no hubiera recibido una retada o una pateadura de parte de los tombos, especialmente entre los que duermen en las tarimas de los mercados. Es que, para soportar el frío pacheño donde todas las noches son de invierno, tienen que echarle unos tragos en el cuerpo para así poder dormir.

La muerte por Tembladerani

En 1981, amparados en el famoso toque de queda, un grupo de soldados y carabineros al mando de un oficial de Ejército entraron violentamente al albergue del padre Daniel, sacaron a todos los que allí dormían y los llevaron hasta una especie de cancha de fútbol que hay al lado del mercado Strongest. En ese lugar los obligaron a trotar por varias horas, y aparte de someterlos a ejercicios violentos, golpearon salvajemente a los que, por su debilidad, no podían hacerlo. Resultado: tres de los albergados fueron a morir al hospital.

El padre Daniel reclamó Justicia en todas partes. Cuando logró que el Arzobispo de La Paz y el Nuncio reclamaran ante las autoridades de la Policía, una tarde fue visitado en su parroquia por tres jefes policiales, quienes le sugirieron guardar silencio, porque si no podía salir del país exiliado por ser un cura extremista.

Estómagos eran los de antes

En mi juventud me jactaba de tener un estómago de hierro. Ahora está a las dragas, al extremo que en junio del 83, tras una endoscopia me dijeron que tenía una perforación ulcerosa en el duodeno. Acaso esto se explique porque el día 21 de julio de 1980, a cuatro días del golpe de Estado de Luís García Meza, me detuvieron unos soldados acuartelados en la escuela Holanda, detrás del Cementerio. Me pescaron distribuyendo panfletos de la COB que llamaban a la huelga general e indefinida y al bloqueo de caminos. Yo era militante de la Juventud Comunista desde 1968 y, tras el golpe, ni corto ni perezoso, me puse a distribuir el material que sacaba la COB en la clandestinidad. Me dieron cien volantes, de los cuales yo había repartido 94, me quedaban seis, que pensé distribuirlos en El Alto. Pero al ir allí, un soldado me detuvo y, bajo la acusación de subvertir el orden, me llevaron como a un gran terrorista, a la secretaría del colegio donde me encerraron junto a otras dos personas que guardaban detención desde la mañana.

La mañana.

Me tuvieron hasta eso de las nueve de la noche, hora en que empezaba el toque de queda; para entonces ya éramos nueve los detenidos. Entraron unos oficiales cambas, quienes empezaron a golpearnos sin previo aviso. Un teniente, preguntó por qué me habían detenido. a la cual un soldado contestó que por distribuir panfletos en la plaza Garita de Lima. Me hicieron entregar a la mala los seis volantes y el oficial, todo maldoso, me ordenó que me los comiera uno por uno, caso contrario me ejecutarían. La primera hoja la tragué casi sin problema, pero con la segunda ya no fue lo mismo porque mi boca se había secado y sólo la pasé con "ayuda" de un golpe en la boca del estómago. Cuando a duras penas pude terminar, ordenaron a un soldado que fuese a traer una botella de agua. El voluntarioso trajo una botella de litro y

me ordenaron que la bebiese sin respirar hasta la última gota. Pude hacerlo y cuando terminé mandaron a traer otra, esta vez sólo pude beber hasta la mitad. Vino otro golpe en el estómago y no me quedó más remedio que terminarla. Después me hicieron "colgar al chancho" y en esta posición recibí tal puntapié en la boca del estómago que me hizo revolcar en el suelo. Después nos flagelaron, nos desnudaron y baldearon. Hicieron simulacros de fusilamiento, nos plantonearon en el patio y al que se movía lo pateaban como a su chola. Nos huasquearon y al final nos encerraron en la secretaría de la escuela donde nos mantuvieron de plantón, amenazándonos con rompernos el alma si intentábamos abrigarnos o sentarnos. Nos soltaron pasadas las once de la noche. La ciudad parecía escenario de una revolución por los continuos disparos. Escapamos como guanacos en busca de un lugar donde ocultarnos. Yo bajé por la calle Los Andes; en uno de los callejones vi estacionado un colectivo de esos que realizan viajes interprovinciales, como estaba oscuro, me acomodé debajo del colectivo; metido entre las dos llantas traseras, esperé pacientemente a que amaneciera. Durante tres días no entré al baño y mi boca permanecía seca, continuamente tenía que tomar líquidos para aliviar una increíble sed. Desde entonces ya no me jacto tanto de la fortaleza de mi estómago; he aprendido a vivir con mis frecuentes malestares estomacales y con mi perforación ulcerosa en el duodeno. Un amigo, sacerdote español, me contó que cuando era mocoso, dada la extrema pobreza en que vivía, tenía que ir a los basurales a buscar cualquier alimento. A raíz de maltratar así su organismo, ahora, a los cuarenta años, cada vez que come algo, aunque esté delicadamente preparado, sufre dolores de estómago. A mí me sucede otro tanto y hasta he llegado a perder el sentido del gusto. Me da lb mismo comer algo bien sazonado como las comidas que de alimento sólo tienen agua hervida. A veces los dolores de estómago son tan intensos que debo tomar un trago para que dejen de molestarme, cuando me duele la ulcera, a regañadientes tomo un poco de leche a sabiendas de que la soporto solo cuando está preparada en sucumbe, bueno estos son gajes del oficio.

Alojamientos cinco estrellas

La central de Criminalística

Desde los años 70, estas oficinas funcionan en la calle Sucre, sus departamentos más importantes son; la subsección Delitos contra la Propiedad, la de Menores, la de Arrestos y la de Registros y Matricula, esta última las minas de los puteros sacan las matriculas que las autorizan para trabajar. En la subsección Arrestos uno está sujeto al capricho de los cabos para visitar a cualquier persona amiga detenida en las celdas. A veces se les ocurre serrar la reja media hora antes del horario establecido y si uno, les hace notar esto, son capaces de meterlo también en cana ahí llevan una detallada relación de los presos y están al tanto de los choros que serán remitidos a las granjas de rehabilitación.

Subsección Menores

La sección más temida por los delincuentes juveniles. Allí se decide el futuro de los menores con problemas que generalmente terminan como delincuentes, los agentes de esta sección se distinguen por su excesivo cariño por los menores, al extremo de mandar a los varones de vacaciones a los Yungas, viajes de los cuales muy pocos regresan con vida.

Los agentes de esta oficina son los que recorren la ciudad buscando palomillos, minitas, k'oleros baratos. k'olos firmes (de los que usan hierba, base y cristal) y merodean por los barrios residenciales para pescar a los jailones que consumen en parques y plazas. Como son quienes atienden casos de violaciones, nada les impide que a una ñatita pintada a la que se la han pasado por las armas, también se la fusilen; al final" el castigado por desflorarla será el muchacho acusado. A la hermana de un amigo le hicieron así; de nada valieron las protestas de sus padres, lo único que lograron fue que el agente que la violó fuera cambiado a una seccional de barrio. No es de extrañar que, a cualquier hora del día y especialmente en la noche, los menores detenidos en esta sección sean llevados a las oficinas para ser interrogados. Estos interrogatorios se realizan a plan de golpes, sobre lo cual el menor afectado debe callar por temor a que su caso se complique. El que hace furor entre los palomillos es el mentado Joven Pablito, ahora detective de primera, que cuando está sin dinero obliga a los palomillos a robar dinero para él. Una tarde en que iba por la calle Isaac Tamayo con el Heladero, el Joven Pablito lo llamó para laburarle la guita que supuestamente tenía enguillada en su tolan. Como el

Heladero no tenía ni cristo, el Joven Pablito lo llevó al mercado negro para que laburase algo de valor. Y le previno que no se hiciese el gil, porque la próxima que lo detuviese, después de romperle el alma lo mandaría de prepo a la echada. El Heladero entró en el mercado y al poco rato se armó un quilombo entre las vendedoras porque lo habían pescado choreando una docena de pantalones Wangler, La gente estaba a punto de lincharlo, el Joven Pablito se metió en la trifulca y tras imponer su autoridad, rescató al choro, al cual prometió llevar preso hasta la Central para que allí lo escarmentaran. Creo que una mujer le dio algo de dinero para que cancelara el taxi, Tras algunos golpes de rigor, el Joven Pablo se llevó al Heladero con rumbo a la Policía, pero al llegar a la calle Figueroa, lo soltó, exigiéndole que sea más pendejo y que no se haga chapar con los giles. Si esto volvía a suceder, él sería el primero en sacarle la mierda.

Delitos contra la Propiedad

Si el Patronato es la escuela de delincuentes, esta subsección es la Universidad. Aquí el choro está obligado a perfeccionar sus métodos de trabajo, corregir sus deficiencias y no cometer los errores que lo llevaron a ser detenido. Los agentes civiles y uniformados que trabajan en estas oficinas, son los verdaderos padrastrós que llevan a sus entenados (los delincuentes) por los caminos del mal. Cuando el Cornelio, que fuera campeón nacional de box, trabajaba en esta sección, bajaba a las celdas para sacar a un choro que desee marcharse sin pagar su multa. Lo llevaba a las oficinas y allí, en presencia de los agentes de servicio, enmanillaba al choro por la espalda, mientras uno de los agentes lo sujetaba de la chompa y las manillas, se colocaba unos guantes de box para entrenar un poco, usando el cuerpo del detenido como bolsa de arena. Si éste soportaba estoicamente el castigo, obtenía la libertad prometida. Supe de un preso que antes de su detención había sufrido sendos cortes en las dos mejillas que apenas cicatrizaban. Cuando el Cornelio lo vapuleó, le abrió las heridas y el choro volvió a las celdas bañado en sangre. Una tarde, un agente de apellido Vega agarró en la calle a un choro que estaba bien junado. Lo llevó a una casa comercial de la esquina Ballivián y Colón. Lo metió allí, y tras mostrarle la tela que había elegido, conminó al delincuente para que esa misma tarde se la llevara a un cierto lugar. Una vez, que tuvo la tela, el agente la llevó a la sastrería para que le confeccionaran un terno Cuando el trabajo estuvo hecho, agarró a otro choro en la calle y le ordenó que cancelara la confección y le llevara el terno a la oficina. En su defecto, cagaría pilas. Hay días en que los tiras de Propiedades salen en comisión, y tras meterse a un taxi, recorren las calles del centro y barrios populares. Cuando ven a uno o varios delincuentes, los meten al vehículo y los llevan a un parque alejado. Una vez allí, empieza el interrogatorio: si los choros "colaboran" y dejan satisfechos a los agentes, son puestos en libertad No es necesario aclarar que la tarifa del taxi corre a cargo de los delincuentes

Galería de delincuentes

En la oficina de Propiedades hay una pequeña pieza vacía donde se realizan los interrogatorios. Las cuatro paredes están casi cubiertas por enormes paneles de fotografías de delincuentes de ambos sexos. Han sido moneados de frente y de perfil. y clasificados de acuerdo a sus especialidades. Quienes entran allí (no se permite el ingreso de investigadores particulares y personas ajenas), se convencen que la Policía cumple a cabalidad su labor de represión a la delincuencia. Un muchacho pesado me contaba que la mayoría de los allí retratados son giles, o, en su defecto, choros que no pudieron pagar el dinero exigido por los agentes para no retratarlos. También se dan casos de muchachos moneados en dos oportunidades y que figuran en la galería con nombres y especialidades distintos. También llama la atención que la mayoría de aquellas fotos son bastante antiguas y están allí presos que murieron en la echada y aún figuran como si estuvieran en actividad.

La vida, un teatro

Los incomunicados

En 1981, ultima Hora público la noticia sobre la captura de integrantes de una temida banda de asaltantes que operaban en Villa Adela y alrededores. Sobre ellos pesaba la acusación del asesinato de dos mujeres, madre e hija, muertas tras haberlas violado, y el robo de sus pertenencias. Entre los acusados figuraban el Tomás y el Jaime. Ambos cuidaban el Tambo del Mudo, y por ganar dinero fácil optaron por el duro oficio. En la fotografía que acompañaba la

nota, se exhibían televisores y radios, supuestamente recuperados de manos de los cacos, decían que serían devueltos a quienes acrediten ser sus propietarios. Una tarde, que andaba cerca de la Policía, quise visitar a los dos cuates. En las celdas sólo estaba el Tomás, quien me contó que los agentes se habían propasado con el Jaime y lo dejaron en tal estado que ni siquiera podía abrir la boca. Aun así, por las noches, cuando quedan sólo los funcionarios, entraban a la celda del Jaime para seguir machucándolo hasta que confiese. Además, lo pegaban brutalmente; porque sus compañeros de fechorías lo acusaron de ser quien mató a las mujeres en Villa Adela. Para evitar que familiares u otras visitas lo vean en ese estado, los agentes lo encerraron en una celda donde antes guardaban materiales de construcción, y allí estuvo incomunicado casi un mes "mientras seguían las investigaciones del caso". También le pregunté al Tomás si era cierto que habían recuperado las cosas que aparecían en la fotografía publicada, a lo que me dijo que, cuando los detuvieron, las cosas ya estaban colocadas y que hasta el momento nadie había recogido nada.

No solo amenazas

Criminalística tiene varias celdas en las que encierran a las personas, de acuerdo a la gravedad de los casos o al capricho de los agentes. Los hombres son divididos en dos celdas, en una están los presos comunes y en la otra los delincuentes prontuariados. Las mujeres también son repartidas en dos celdas, en una se hallan las mañosas, en la otra las comunes y las prostitutas que han caído por no tener matrícula. Frente a la reja de entrada a la sección Arrestos, existe una celda en la que son recluidos los incomunicados.

Aunque aparentemente los detenidos están mejor que en sus casas porque disponen de un televisor y una grabadora para distraerse, la realidad es distinta. En esas celdas los presos reciben toda clase de amenazas y extorsiones y, como decía un detenido, uno sólo confía en la ayuda divina para salir de sus problemas. En 1981, estuve en una celda y fui testigo de la siguiente escena: Penetraron tres detectives, uno de La Paz y dos de Santa Cruz. Tras hacer formar a los presos, les ordenaron que se presentaran. Uno por uno lo fueron haciendo; al final uno de los visitantes preguntó si alguno había conocido al Monedas. Nadie contestó, y tuvo, que ser el Fifi quien responda a nombre de todos. Él sí conocía al Monedas, del cual le habían dicho que había muerto en Santa Cruz. "¿Que estoy escuchando?", preguntó el agente, a lo que el Fifi dijo que al Monedas lo habían matado los agentes de Santa Cruz. El agente agregó. "¿Ya han oído? En Santa Cruz a los choros collas los matamos y allí no hay arreglos ni charladas porque los collas no merecen vivir en una ciudad como Santa Cruz". Luego dijo que si veían a uno de ellos en la cana, los mataban directamente y ni a quien se queje. Creo que todos tomaron muy en cuenta esa amenaza.

Oficio de Jilakata

El jilakata es el preso más antiguo de la celda y que de paso tiene un físico que puede infundir temor entre los demás. Es además quien ayuda a los agentes a mantener el orden dentro de las celdas: se encarga también de cobrar a los nuevos el "ingreso" respectivo. Controla las disputas entre los presos para que la sangre no llegue al río y evita que se apelonen en la reja cuando hay visitas. El "ingreso" es la suma que todo preso debe pagar al jilakata al momento de entrar, dinero que servirá para el café y pan de los presos que están abandonados. Si un choro no tiene la suma estipulada, puede dejar en prenda algunas ropas, o venderlas. En horas de visita, algunas señoras llegan a comprar ropa de los presos, pagan precios muy bajos y ellos tienen que aceptarlos porque no tienen otra manera de conseguir plata. Últimamente los jilakatas ya no se preocupan directamente a sus bolsillos. Si permanecen mucho tiempo en el cargo, pueden reunir el monto necesario para su refilo. Cuando dos choros quieren zanjar algún problema pendiente entre ellos, piden permiso al jilakata para tirarse algunos puñetes. Si éste autoriza la pelea, varios presos van a la reja y allí se ponen a charlar animadamente para evitar que los guardias se den cuenta. Los contendientes se trezan a puñetazos, quedando prohibido el uso de armas blancas, puntas, chavetas y gilletes. La pelea sólo es suspendida cuando uno de los peleadores queda completamente bañado en sangre o pide disculpas a su rival, o cuando el jilakata ve por conveniente suspenderla. Entonces, los que formaban la "cortina musical" abandonan la reja y todo vuelve a la normalidad. Queda prohibido que, mientras dure su reclusión, los contendientes vuelvan a pelear entre ellos. Algunos fines de semana el jilakata reúne a los presos y los hace sentar en círculo para que todos y cada uno de los presentes, demuestren sus habilidades, ya sea para el canto, la poesía o el baile. Es obligatoria la participación de todos los presos, los que se

resisten se hacen pasibles a castigos que van desde palazos en las nalgas, hasta el "callejón oscuro" que es una tunda que le dan todos al que se hace el k'elli.

El arte de recoger bollos

Cada choro que cae preso, tiene la obligación de hacer recoger la totalidad de los objetos que ha robado. Si no lo hace por las buenas, seguramente tendrá que hacerlo por las malas. El o los agentes que atienden su caso, se esfuerzan por recuperar la mayor cantidad posible de objetos sustraídos. Cuando tiene la lista de cosas robadas, escoltan al preso al lugar donde han vendido dichos objetos, para recogerlos -y de paso sacar una buena multa a quien los ha comprado- y devolverlos a sus dueños. Los cuales suelen ser los mismos agentes...

En Criminalística hay una oficina que se llama "subsección de especies recuperadas", que guarda objetos que hace años se están echando a perder. Son los objetos que colocan delante de los choros detenidos para mostrar a la prensa el botín que se pudo recuperar.

A fines de 1983, el programa radial "Metro policial" denunció que en la subcentral de Criminalística de El Alto, el propio jefe de esa repartición escoltó a un choro a recoger las cosas que había robado para luego devolverle la libertad, siempre y cuando lo recuperado valga la pena. Para el efecto contrataron un camión, que se llenó de objetos recuperados. El camión no llegó a Criminalística; se desvió en el camino, desconociéndose su destino. Los familiares del preso armaron un alboroto porque el muchacho fue remitido a la granja de Miguillas. A pesar de las denuncias, pasadas unas semanas el asunto quedó silenciado y todo volvió a la normalidad. Como la crisis obliga a la gente a invertir sus ahorros en objetos de valor, de igual manera obliga a los policías a mejorar la calidad de los objetos que recuperan. Lo que más les gusta recuperar y por eso exigen a los choros que las roben son joyas, dólares, aparatos electrónicos y objetos sofisticados, para dejar luego en libertad al delincuente que entregó dicho botín a sus captores. Un muchacho que le gusta robar "chanchitos" (garrafas de gas), me contaba que en cierta oportunidad hizo recoger hasta diez garrafas. De éstas, el agente vendió la mitad y el resto se llevó a su casa.

Escuelas de canto

Un muchacho me confesaba: "Para nosotros da lo mismo que haya dictadura o se pregoné nuestros derechos. Los policías igualito nomás nos sacan la mierda hasta rompernos el alma. Ni siquiera te puedes quejar a alguien; si lo haces, y te agarran después, lo más seguro es que los tiras te maten. No habrá quién saque la cara por vos..."

Son variados los métodos que tienen los agentes para hacer cantar a los choros. En primer lugar están las amenazas de represalias físicas. Luego vienen las pateaduras propiamente dichas. Y en tercer lugar las torturas. Entre éstas las más comunes son:

El submarino.- Después de enmanillar al preso con las manos en la espalda, lo llevan a un turril lleno de agua fría. El agente toma con una de las manos los cabellos del delincuente y mientras sujeta con la otra las manillas. Después sumerge con violencia la cabeza del choro, esto se repite hasta lograr la confesión.

Colgar al potro.- Se enmanilla al preso. Después se amarra el extremo de una soga a la cadenilla que une ambas manillas. Se pasa la soga por encima de una viga y se levanta al preso hasta dejarlo suspendido. Una vez colgado, el preso recibe golpes en las piernas, pecho, brazos y pies con objetos tales como mangos de picota, alambres de luz, fierros de acero revestidos de goma, mangueras, garrotes, cadenas de moto, cachas de revólver culatazos.."

La gangochada.- Se mete al preso en un costal grande y tras colocarlo en posición fetal, amarran el costal o gangocho y empiezan a golpearlo. Participan en la golpiza varios agentes, a los que la víctima no ve; tampoco los agentes saben qué parte de la humanidad del preso están golpeando.

El honor a la bandera.- Se enmanilla al preso con las manos a la espalda. Se ata el extremo de la soga a la cadenilla y se pasa el resto de la soga por la viga. Se suspende al preso a casi un metro del suelo. Se lo tiene así como un minuto y

luego se lo baja. Descansa unos instantes y nuevamente se lo levanta. En la segunda levantada los choros cantan hasta los delitos que no han cometido. Si el choro se niega a confesar, se balancea el cuerpo que cuelga y de rato en rato se le dan golpes bien dados.

Los delincuentes sometidos a estas torturas, quedan sin poder mover brazos ni hombros por varias semanas; hasta les resulta casi imposible levantar una cuchara para comer. Y conste que los agentes suelen izar la bandera hasta dos veces en menos de una semana.

L a crucifixión.- *Cuatro agentes agarran a un choro, tendido en el suelo, de cada una de sus extremidades. Lo sujetan fuertemente, mientras otro golpea. Si esto falla, lo cuelgan con los brazos separados y le aplican la picana eléctrica.*

El edificio.- *Se coloca al preso con las manos enmanilladas, tendido de espaldas en el piso. Sobre su cuerpo se pone una tabla ancha, dejándole libres sólo la cabeza y los pies. Encima de la tabla, a la altura del pecho, se coloca una bolsa de cemento. Si el choro no canta, se coloca otra, y así sucesivamente, hasta que el detenido se anime a confesar antes que su corazón explote.*

Eliminar la competencia.

Conozco el caso de varios lanceros que habiendo sido dedos de seda para laburar billeteras, fueron mutilados en las dependencias de la Policía. Los agentes les cortaron los dedos índices y medio para que nunca más roben billeteras. En el caso del Sojtallas, el remedio fue peor que la enfermedad, porque a falta de sus dos dedos más queridos, el Sojtallas se volvió monrrero.

Turismo recreacional

De acuerdo a muchos testimonios, las macabras granjas de rehabilitación no son precisamente quintas de recreo. De los choros que conozco y estuvieron allí, ninguno se ha rehabilitado. Los que volvieron, si tuvieron esa ventura, lo hicieron con ganas de seguir delinquiendo. Pero, hay legiones de delincuentes cuyos restos sirven de abono a las plantas silvestres. Aún para los delincuentes más avezados, el sólo mencionar a la echada les produce terror. Los choros han hecho una y mil cosas con tal de no ser remitidos allá, pero ni aun así conmueven a los rayas. El Robertito se cortó la lengua con una gillette y a pesar de que se le hinchó y no podía cicatrizar, fue remitido a la granja de Miguillas sin ninguna atención médica. Hay choros que se inyectan kerosén con una aguja hipodérmica, lo que les produce hinchazones en el cuerpo. También hay quienes toman cualquier cantidad de pastillas y medicamentos para producirse una serie de trastornos en el organismo y así evitar su envío a la echada. Cierta vez el Abarcas se cortó el estómago con una hoja de afeitar; estaba a punto de morir y un médico le hizo una curación violenta y aseguró a los policías que ya estaba en condiciones para que lo envíen a la echada.

Mientras se elabora la lista de reclusos que serán enviados, en la celda de la muchachada se desarrolla una actividad febril. Si no consiguen ahí, los elegidos encargan a sus visitas un par de abarcas jr un mantel hecho con bolsas de harina, pues, dicen, son las únicas cosas que les servirán allí adentro. Las abarcas son para soportar las caminatas a los lugares de trabajo; los manteles les servirán para cargar la producción de la granja: walusa, maíz cubano, frutas, arroz, lejía, carbón, etc., y en las noches les servirán para dormir. También se llevan algún dinero, porque no es de extrañar que al llegar a la granja, deban pagar su ingreso, o que los cabos les exijan un pago para no ser "bautizados", como bienvenida a la granja. Los cadetes (los que van por primera vez a la echada) son más temerosos. Ellos serán quienes sufran las peores represalias por ser primerizos en las experiencias rehabilitadoras. Para evitar los abusos de los antiguos, se buscan un colega para que les ayude en las labores de la granja. El collera es un muchacho antiguo y llega a ser una especie de protector del cadete. Como retribución el cadete deberá lavarle la ropa, estar siempre a su lado, algunas veces preparar su comida (cuando se consigue con que prepararla). Si el colega necesita una mujer, el cadete tiene que hacer el papel de mujer y satisfacer a su colega, porque quienes fueron cadetes, es preferible ser la mujer de uno solo de antes que de muchos. En la granja de Mi guillas, para el control de los presos hay un oficial que está siempre en el lugar y varios cabos, que hacen lo posible para que la fama de la granja no mengüe. Entre los cabos más famosos están:

El cabo Zurita, que tenía un cementerio particular donde enterraba a los delincuentes que victimaba. Algunas "tardes hacía formar a los piratas (presos fugados y recapturados en la ciudad) a unos cien metros de la orilla del río. Luego, prometía que quien llegue primero a la orilla, podría marcharse sin temor alguno. Cuando daba la orden de largada, sacaba su revólver y empezaba a disparar. Tenía muy buena puntería, porque ninguno de los competidores llegaba a la orilla. El cabo montero, que cada vez que se emborrachaba o sea cada día sacaba la mierda al choro que le cayera antipático. Como era un desclasado, sentía un odio mortal por los que tenían piel más blanca que la suya. Una de sus víctimas fue el Javierito, que lo trajeron de Cochabamba y murió por los abusos del Montero. Una temporada estuvo castigado en Radio patrullas, pero allí se dieron cuenta que, lo que mejor hacía era cuidar choros en la echada, por lo que volvió a Miguillas. El Miliciano, un muchacho que sé conoce al dedillo todas las granjas del país comentaba que de todos los cabos, el más desgraciado era el cabo Chima, que trabajaba en la etnia Guaraya, odiaba todo lo que no le resultaba rentable; por ejemplo que un choro no tenga plata para pagarle sus vicios, la base entre ellos, debido a su ignorancia envidiaba a quienes eran más instruidos y se expresaban mejor que él. El Miliciano decía también que el cabo más bueno que había conocido era el cabo Martín, de la granja de Chimore de Cochabamba. Llegaba a preocuparse por la alimentación de los presos, pero si alguien intentaba una matufiada, reaccionaba fulero. Eso sí, cuando estaba de buen humor era tan gente que daba ganas de besarle el poto palabras textuales del Miliciano.

Otros cabos cuyos nombres es mejor ignorar, también hacen de las suyas con los choros en Miguillas. Si se antojaba comer un pollito no hacían más que mandar a un muchacho rana para que vaya a coger uno de los chacos vecinos, como si no supieran que los campesinos de las inmediaciones de la granja tienen armas y prometieron matar al primer choro que sorprendan hurtándoles algo. Como Miguillas está en un lugar cálido, produce una gran variedad de cítricos y plátanos, mas, como los presos están allí en calidad de castigo, no pueden comerlos so pena de ser castigados. El Diango me contaba que era tal su hambre, que una vez uno de sus compañeros logro robar uno de los pollitos que criaban en la granja, y compartió con él la mitad del animal. Como no podían hacer fuego para cocerlo, se lo tuvieron que comer crudo. También hay muchachos que crían chanchos, son los que ya han pasado más de seis meses en la granja y cuentan con alguna confianza de los cabos. Como el hijo prodigo de la Biblia, suelen robar la comida de los chanchos para también alimentarse. Un día, en las Carpas, mientras bebía con otros muchachos, el Juan Carlos se puso a llorar porque recordó que en la hachada supo que su mujer se había metido con otro gil, mientras él era cadete de una collera. La jornada de trabajo en la granja comienza a las cinco de la mañana, tras el aseo de la cuadra en la que viven, los muchachos van a tomar el desayuno, que no es otra cosa que un jarro de maíz cubano cosido o sea ese maíz que se le da a los pollos y chanchos, luego se dividen en grupos para ir al monte acompañados de un cabo, donde realizan trabajos agrícolas hasta el mediodía, a esa hora vuelven a la granja para comer un plato de lagua, y descansan una hora antes de volver al trabajo. La "mayoría de los presos van al monte con hachas y machetes. Unos desmontan el bosque, otros quemar los troncos y los palos para reunir carbón, que será vendido a quienes vienen a comprarlo en pequeños camiones. Otros grupos cuidan los pollos y pueden ser castigados si alguno se les muere. Los chancheros se dedican a engordar a los chanchos (algunos mantienen relaciones sexuales con éstos), y los de más confianza se quedan en la cocina a preparar tanto la comida de los presos como la de los cabos y el oficial. Los que están a punto de cumplir su castigo, van a trabajar a los chacos vecinos para ganarse unos pesos. Y en las noches todos tienen que dormir en los cuarteles, encerrados con candado. Los sábados celebran allí shows artísticos, los cadetes deben bailar vestidos de cholitas tienen un disfraz completo si no quieren que el jilakata los castigue.

En agosto de 1984, una comisión de la Asamblea de Derechos Humanos viajó a la granja de Miguillas para observar las condiciones de vida de los presos. Como la visita fue anunciada con semanas de anticipación, los encargados de la granja llevaron al pueblo a los enfermos. Hicieron pintar las cuadras y mejoraron la alimentación de los presos incluso les dieron carne y fueron advertidos para no hablar mal del trato en la granja. Cuando llegó la comisión, todos los presos formaron en la cancha de fútbol y los visitantes pudieron comprobar que eran tratados con tolerancia y que las acusaciones de

malos tratos eran falsas. Los visitantes preguntaron también por los enfermos que habían entre ellos para que el médico que integraba la comisión los atendiera. El oficial encargado declaró que no había un solo enfermo en la granja. La comisión visitó varias dependencias de la granja y quedaron complacidos por el trato humanitario a los internos, tras lo cual volvieron a La Paz a informar lo que habían visto. Al día siguiente, la rutina volvió a la granja.

Díselo con música

Los muchachos siempre fueron devotos de todo lo que signifique música. Entre sus preferencias están los valeses peruanos, las cumbias, las rancheras mexicanas y la música boliviana. Muchos de esos temas han sido parodiados, para expresar lo que sienten y, sin embargo, no pueden expresarlo libremente. La primera parodia musical que escuché, fue la que hicieron de la canción de Leo Dan, "Sé que te amaré": Soy un muchacho firme,/nadie me juna,/y voy buscando bollos/por no morguear./ Si algún tira me chapa/ yo me barajo,/ me le hago el plato,/ no me deschapo./ Me hago el gil,/ sé que abollaré,/ sé que abollaré,/ mucho más, mi vida,/ mucho más, te juro,/sé que abollaré, mi amor.

Esta sería la traducción: "Soy un delincuente de los mejores, ningún agente me conoce y voy buscando cosas para robar, antes que estar muriéndome de hambre. Si algún agente me captura, lo envuelvo y lo desenvuelvo a base de mentiras. Me hago la burla, no confieso nada y me hago el del otro viernes. Sé que robaré, sé que robaré, mucho más, mi vida, mucho más, te juro, sé que robaré, mi amor."

La parodia que hace llorar a [a mayoría de choros que conocen la echada, está inspirada en una canción que cantan Los Visconti, y que, aunque no está en coba, tiene mucho sentimiento. Dice así: Soy muchacho de la granja, tengo callos en las manos,/ mi vivienda es una celda y mi rancho un hogar./La pobreza de mi ropa, sin zapatos, con abarcas,/ déjenme con mis harapos, que por algo soy muchacho./ Mientras unos se mantienen con coca,/otros fuman cigarrillos, ni siquiera billas dan./ Desde entonces yo me llevo un gran recuerdo:/ el machete y el hacha, chocolate y plantón.

La ironía también está presente en parodias, en especial las que hablan de las relaciones con mujeres que, en un arranque de celos o de cariño, fueron marcadas en la cara por sus maridos. Del vals peruano "Propiedad privada" cantan lo siguiente: Para que todos sepan a quién tú perteneces,/ con vidrio de botella te cortaré la cara/ para que le respeten aún con la mirada,/y al ver tu hachazo fulero guarden respetable distancia....

De un viejo bolero, cantan: Me tienes, pero no me mantienes, /soy tuyo, me haces vender tocuyo, / mi vida, no me das ni la comida, /pero en tu corazón, que es el que siente amor /tan sólo mando yo...

La cueca de Nilo Soruco "La Caraqueña", la oí cantar a un muchacho que se emborrachaba en un antro de la cancha El Tejar. Decía más o menos así: Qué lejos estoy de aquel laredo donde iba a ganar, encerrado aquí, comiendo maíz a falta de pan. Ya llevo un año a plan de palo, garrote y fusil. Cuándo dejarán de ser abusivos conmigo. Nunca hubo choro que recibiera tanto castigo; ya me la pagarán, no llores, reina, yo me vengaré.

Estilos de muerte

¿Cuándo conviene morirse?

Entre los alcohólicos, prostitutas, mendigos, Drogadictos aficionados al thinner y gasolina, delincuentes, aparapitas etc., se podría decir que hay un desprecio total a la vida. Da lo mismo vivir que estar muertos. Un amigo dedicado desde su infancia a la delincuencia, me decía que si alguna vez la Policía lo mataba, a él le iba a dar lo mismo, pues para llevar la vida que llevaba, perseguido y torturado por los agentes, es preferible morir, una tarde me encontré con mi amigo el Toyotas para saber de los cuates remitidos a la granja policial de Miguillas. Cuando le pregunté por el Tepepas, el Toyotas recordó que se había muerto, como si hablara de un bicho insignificante. Las muertes más frecuentes entre los macheteros, se deben a enfermedades pulmonares, tal vez por el frío que deben soportar en las noches. Las prostitutas fallecen más que todo por enfermedades venéreas. Los alcohólicos, aparapitas y algunos delincuentes fallecen de cirrosis o por el frío que agarran mientras duermen en las calles, totalmente borrachos.

De los delincuentes que conocí, pocos han llegado a los cuarenta años, la mayoría ha muerto en granjas correccionales, ya sea por, enfermedades tropicales, por debilidad y mala alimentación, o porque simple y llanamente los carabineros los matan. Los k'oleros que gustan del thinner y la gasolina, siempre mueren porque sus pulmones ya no dan más y porque, cuando se drogan se olvidan hasta de comer y sólo les preocupa que no se les acabe el thinner.

El artillero desconocido

Tenía un amigo de farra, del que nunca supe su nombre. Una madrugada de diciembre del 84, al pasar por la calle Sagárnaga, lo vi tendido en una de las aceras, sin calzados ni camisa. Aparte de haber sido asaltado por volteadores, se había quedado dormido en la calle y el frío le había hecho crujir no sólo los huesos. Tratamos de reanimarlo con otros cuates, pero no respondía, sólo abrió los ojos desmesurados y cuando trataba de abrir la boca no le salía ni una sola palabra. Estaba en posición fetal, sus manos encogidas como si buscara algo dónde aferrarse.

Entre nosotros estaba el Huancaín Jaque, famoso entre la guada por las pastillas de yumbina casco y por los paquetitos de warmimunachis que acomoda entre los changos. Y como también es aficionado a doblar el codo, dijo que al tipo le había dado un t'istapi con un resfrío violento y que para hacerle reaccionar debíamos darle una copa de alcohol con sal y pimienta. Fuimos a las carpas para pedirle a la dueña (ese día atendía la Norma) que nos diera un trago para salvarle la vida a alguien que muchas veces había gastado su plata en su local. La Norma nos dijo que si queríamos la copa había que pagarle al contado. No nos quedó otro camino que pagar, y cuando llegamos donde estaba tirado, el cuate ya había muerto. Tenía los ojos abiertos como si estuviera a punto de lanzar un grito.

La resignación del Pingüino

En su juventud fue un choro de los más pesados. Un día llego de una de sus tantas echadas enfermo y anémico. Tenía en sus piernas heridas que por no ser curadas a tiempo se le habían infectado. Los médicos dijeron que para salvarle la vida debían amputarle las dos piernas. El Pingüino se negó rotundamente y ya no volvió a sus consultas médicas, dedicándose más bien a beber como maldito en las cantinas de Chijini. Después, de mucho tiempo pregunté a un amigo si tenía noticias de él, me contestó que había muerto y que era cuanto sabía. Yo tampoco quise averiguar más.

El asesinato del Sandro

Esa noche de domingo llovía intensamente. El Brusli (Bruce Lee para los refinados), que era lo que llamamos un delincuente internacional, le punteó con un pequeño cuchillo al Sandro, un vendedor ambulante que, envalentonado por los cuatro, tragos que había bebido, lo provocaba demasiado. Tras el puntazo, el Sandro estuvo inconsciente unos cinco minutos, luego cayó y el mismo Brusli se encargó de llevarlo a la asistencia pública en un taxi. Murió en el trayecto y el Brusli se lavó las manos diciéndoles a los médicos que él lo había recogido herido en la calle y que solo hizo una obra de caridad llevándolo a que lo curen.

La Maribel

La Maribel era una negrita nacida, en los Yungas que se vino a La Paz para probar fortuna. Cuando la conocí, tenía unos 18 años y un cuerpo que despertaba en los hombres algo más que simple admiración. Se le ocurrió enamorarse de Javier, hermano menor del Manotas (ex integrante de la pandilla Los Marqueses y, sobrino legítimo de un ex-Canciller de la República entre otras cosas). Javier le enseñó a beber como beben los artistas: trago fuerte. Ella empezó a conocer lo que era amanecerse en cantinas, en la calle y sin tener dónde dormir, pensando ingenuamente que él la quería. En realidad, Javier sólo esperaba que vaya a putear con los cañas y, con el dinero ganado, comprar más trago. Este cuate se pasaba de desgraciado. Cuando el cuerpo le pedía descanso, se iba a su casa tranquilamente dejando a la Negra durmiendo en las cantinas.

Con el tiempo, la Negra se volvió una conchuda y hacía llorar a los cañaverales que se quedaban durmiendo en Las Carpas o en lo del Germán. Muchas veces el Germán, la hizo quedar a que le caliente la cama; pero cuando la veía cagada, la sacaba de su boliche a empujones y no le permitía que ni siquiera le eche una roncadita. Así nomás pasaba su

vida. En una de éstas la vi en el surtidor de kerosén de Chijini, corneteando con los artistas que paran en ese sector; tenía un ojo en tinta y varios moretones en las manos y los pies. Javier estaba con ella y dijo que le había sacado la mugre a la Negra de puro gusto.

En una de éstas apareció con su panza crecida y todos estaban seguros que Javier la había embombado. Un día de esos, este cuate la pegó en plena calle con tal brutalidad que le encajó varios, puntapiés en el vientre, mandándola al hospital. Allí murió. Como homenaje, los artistas con los que cañaba, le echaron varios tragos por el eterno descanso de su alma.

El Capulina

Entre los kóleros baratos de La Paz y terminaron de mala manera, me acuerdo del Capulina, un palomillo firme que hacía llorar a los giles en el sector del Mercado Negro. Tendría quince años, cuando se enamoró de la Techy, una tipa mucho mayor que vendía frescos de mok'ochinche . Todo lo que el Capulina robaba le daba a la Teresa, y cuando encanaba, le hacía saber a ella para que lo saque.

Un día de esos, el Capulina tiró cana y por más que le hizo saber a la Techy, ella no fue a visitarlo. Cuando el chango salió en libertad fue a buscarla, pero la Techy lo mandó al diablo. Le dijo que ella no se ensuciaba con llokallas cagaleches y que más le gustaban los hombres que la hacían vivir y por eso se había concubinado con el Miliciano, un choro de unos 35 años que había prometido afeitarse la sacaría al Capulina. Como éste se había enamorado de verdad de la Teresa, al ver que ella lo botaba como a perro, se fue a cañar, y cuando estaba hebreo, bajó hasta la avenida del Poeta, y se suicidó abriéndose las venas con una gillette.

El Cementerio de los Elefantes

Tembladerani es la zona más frecuentada por los artilleros de La Paz, y acaso sea por esto que allí está la mayor cantidad de cantinas que venden los tragos más infames. Para el que quiere tragos suaves hay cantinas que así lo sirven; para el que quiere tragos fuertes también hay especializadas', y para los que buscan morir al pie del cañón, es decir los que quieren suicidarse bebiendo sin parar, está el traguero de doña Hortensia, más conocido entre los artistas como el Cementerio de los elefantes. Gran parte de los cadáveres que la Policía recoge en la zona, a causa de una intoxicación alcohólica son sacados en la madrugada de este traguero y arrojados a alguna callejuela alejada para que sean recogidos por la furgoneta de Homicidios. Este lugar no es tan macabro como parece. Al contrario, cuando uno va en el día, es una cantinita acogedora, y no resulta extraño ver a los artistas compartiendo animadamente sus tragos entre charlas y maldiciones.

Atiende desde las cinco de la madrugada hasta las siete u ocho de la noche; pero el artista que, tras haber decidido suicidarse con trago, ha macheteado suficiente dinero para este fin, puede quedarse en el local. No para dormir sino para continuar la farruqueada toda la noche. Más la tarraya no la realiza en el patio, porque en vez de morir intoxicado puede terminar resfriado, por lo que doña Hortensia hace entrar al suicida en un pequeño cuarto y ahí lo acomoda para que el susodicho termine apaciblemente con su existencia. El cuarto en sí no es gran cosa, lo único que tiene es una mesa pequeña, una silla a punto de pedir su jubilación, una oxidada lata de manteca que sirve para orinar en un rincón y en otro de los rincones, un viejo colchón de paja para que el suicida pueda dormir lo indispensable mientras su cuerpo digiere el trago consumido. Como los bebedores tienen el pulso de pajero empedernido, doña Hortensia les vende el trago en un baldecito plástico en donde caben hasta dos litros de líquido. Para que beba, a falta de un vaso de cristal, les da un vasito vacío de yogurt, y para que el tipo no se eche atrás, una vez que le ha servido el primer balde de trago, le cierra la puerta con candado, cuya llave guarda en uno de los bolsillos de su pollera. El cuarto queda iluminado por un foco durante toda la noche, y como no hay ni siquiera un poco de música que alegre el ambiente, el hombre puede meter su vasito en el balde, llenarlo de trago y beberse sin tener la obligación de decir "salud" a nadie. Si en una de éstas se le agota el balde de trago, no tiene más que llamar a la puerta y doña Hortensia sobre el pucho te trae otro lleno, pero eso sí, el trago no se lo da gratis, hay que pagarlo al contado y sobre la marcha, Dicen que la comida ayuda a combatir los

estragos que hace el trago en el cuerpo, y como esto sería perjudicial para el negocio, al caña que entra al cuarto ni siquiera le da la hora; además, cuando uno está borracho, la comida es lo que menos interesa.

Me contaron que hubo tipos que duraron hasta dos semanas chupando como descosidos, sin meterle nada de comida, y que murieron a duras penas. También ha habido otros que no duraron ni dos días; sea como sea, no hay semana en que por lo menos uno se presente voluntariamente para pedirle a doña Hortensia que le deje chupar sin descanso. Entre los artistas de Tembladerani, especialmente aquellos que van de madrugada a lo de doña Horte. para empezar su jornada, es normal enterarse que en el cuartito alguien le está echando como si el trago se acabara. Cuando hay necesidad de botarlo a la calle, a eso de las tres o cuatro de la madrugada, no faltan voluntarios para después de dona Hortensia rastrilla los bolsillos del occiso llevarlo a cualquier callejón olvidado y ya de día que lo recoja la furgoneta de Homicidios, a veces es la misma dueña la que llama al 110 diciendo que en tal lugar hay un hombre que parece muerto pero en general son los vecinos quienes comunican a la policía la ingrata noticia. El padre Daniel Strechtt, un curita extranjero que trabaja en La Paz con los artilleros, me contaba que en cierta oportunidad habló sobre el terna con oficiales de la Policía, preguntándoles por qué no clausuraban esa cantina. Le respondieron que para la Policía ese tipo de negocios era algo así como una ayuda porque, a su manera, reducía el número caballeros no saben que, por cada artillero muerto, hay otros diez para remplazarlo. Por las mañanas y por las tardes, es decir dos veces al día, el 110 pasa por la puerta del Cementerio de los elefantes; pero no a impedir que los cañas sigan chupando: van a sacarle plata a la dueña para que el local siga funcionando. Los cuates cuentan que hay otros cementerios en el mismo barrio y eso puede ser cierto. No se explica de otra manera que cada semana aparezcan en sólo ese sector tres o cuatro muertos a causa de una sospechosa intoxicación alcohólica.

Tres velorios

Bambi y familia

Los velorios a los que he asistido casi siempre han sido de personas que han muerto por intoxicación alcohólica. El primero fue por los años 73,74, cuando murió un ex-luchador del ring, llamado el Bambi.

Este amigo habitaba un cuartucho semiderruido al final del callejón donde yo vivía con mi padre. Allí también vivían su mujer, sus dos entenados (Juan de dieciocho años y el otro de unos diez), el Santiaguito, de unos tres o cuatro años, que era el encargado de buscar el trago en la tienda de don Valico: el Sapo, un alcohólico que era uno de los mejores amigos del Bambi; un chofer que decía ser primo carnal de la mujer del Bambi, y otras tres o cuatro personas que venían a echarle sus traguitos. El Bambi acostumbraba a perderse de su casa hasta una semana, para irse a emborrachar a las cantinas más infames de la ciudad. En esa época estaban en su auge las cantinas de las calles Coroico, Yungas y Castro. Y como esas escapadas eran frecuentes, su mujer no se preocupaba gran cosa. Ella seguía emborrachándose en el cuartucho con los amigos de su marido.

El hijo mayor de la señora era un choro avezado que no respetaba ni a los papas de sus amigos, con decir que hasta al mío lo asaltó, una noche que se recogía tras festejar su infalible viernes de soltero. Era el que financiaba en parte las farras diarias de su madre. Su padastro y los amigos que llegaban al cuarto. El Santiaguito era un mocoso que se ganó el aprecio de los vecinos ya la vez su lástima, porque tenía todo el pecho quemado con agua hervida, desde el cuello hasta el estómago. No sé quién sería, el que recomendó a sus padres que lo curaran con grasa sucia de autos que le ponían como pomada y después le amarraban con una tela blanca a manera de babero. Sobre su cuerpo sólo se ponía un abrigo café y como tenía un sombrero pequeño, cuando iba por el callejón, parecía un caballero chapado a la antigua encogido repentinamente. Siempre llevaba en uno de sus bolsillos la botella plástica en la que compraba alcohol. Por las noches sus padres lo hacían dormir en un rincón de la única cama, mientras los adultos seguían tomando como si nada. El otro hijo de la señora siempre paraba en la calle; como se había vuelto palomillo, su madre tuvo que ir a sacarlo varias veces del Patronato adonde lo llevaban desde las celdas de la Policía. Un día, uno de los vecinos avisó a la señora que su marido estaba en una de las mesas de cemento de la morgue. Cuando averiguaron los pormenores del fallecimiento, se supo que al Bambi lo habían recogido, intoxicado. Algunos de los vecinos reunieron un poco de dinero para ayudar a la

mujer en los gastos del entierro, mientras que los cuates que venían a farrear a su cuarto se encargaron de buscar el trago necesario para el velorio. Entonces yo tenía quince años y, aprovechando que mi padre no controlaba mis salidas, fui al cuarto del Bambi para velar su memoria y darle a la viuda el pésame reglamentario.

No se pudo recoger el cadáver porque no había alcanzado la plata. Así que solamente se puso en una pequeña banca la ropa, que al día siguiente se llevaría a la morgue para vestir el cuerpo, llevarlo luego hasta el cementerio general y enterrarlo en una fosa común. No recuerdo como se llamaba la viuda, pero sé que ella estuvo llorando amargamente hasta pasada la media noche y el único que la consolaba era su primo, que había dejado de trabajar de chofer cuando su mujer lo botó de su casa por sus borracheras continuas. Muchos de los vecinos del callejón, todos varones, vinieron al cuarto de Bambi para darle el pésame a la viuda y de paso ayudarla con algún dinero. Estaban un rato y luego se marchaban, y creo que el único que estuvo hasta la madrugada fui yo, ya que nadie quería quedarse más de lo necesario, por temor a las pulgas y piojos. En ese cuarto, construido sobre un morro de tierra, no había luz eléctrica, así que no era de extrañar que el Bambi fuera velado a la luz de unas velas.

Al día siguiente no pude ir al cementerio, porque el sueño no me permitía tenerme en pie y tuve que irme a mi casa para dormir. Desperté en la tardé y a eso de las seis fui al el cuarto de la viuda para que me contara los pormenores del entierro. Cuando me vio se puso a llorar, diciendo que yo era uno de los pocos amigos que tenían ella y el difunto en el callejón, puesto que los demás los rechazaban por ser alcohólicos. Una vez que se hubo calmado, dijo que, gracias a Dios, el Bambi descansaba en paz y lo habían enterrado antes de que los estudiantes de medicina lo utilicen en sus prácticas. Me quedé con ellos (la viuda, su primo el chofer, el Santiaguito y otro cuate que antes de echarse a perder había sido relojero) hasta- eso de las nueve de la noche. Al retirarme me di cuenta de que la mujer del Bambi encontró consuelo en los brazos de su primo, puesto que esa noche se durmió con él. A partir de entonces él ocupaba el lugar que el Bambi había dejado vacío.

Meses después, la señora enfermo de un mal venéreo y la tuvieron que internar en el hospital, donde falleció sin que nadie la ayudara. La Policía, que fue llamada por los vecinos, vino a llevarse a! Santiaguito para internarlo en, el Patronato, donde falleció antes de cumplir los cinco años. Alguien contrató cierto día a un albañil para que demoliese el cuarto. Lo último que supe de los otros hijos de la señora, fue que a Juan lo metieron en la granja correccional de Miguillas, y que su otro hijo se volvió un experto delincuente.

Guiño de una viuda

En 1980 hubo un golpe de Estado que obligó a los noctámbulos a recogerse más temprano para no caer presos, por el toque de queda. Una tarde me encontré en la plaza de San Pedro con mi amigo Julio, el cual me invitó al boliche de la Zaida para hacerle algunos tragos mientras jugábamos cacho. Este cuate trabajaba en el Prado lavando carros, y como siempre yo pasaba por ese lugar, nos hicimos amigos. Más o menos las diez de la noche, quise despedirme porque debía ir hasta Villa Pabón. Julio me dijo que no me preocupara, él sabía que esa noche iban a velar a uno de sus amigos que había muerto intoxicado, por lo que yo estaba invitado a asistir, acepté y, tras quedarnos un rato más en la cantina, nos fuimos caminando hasta la avenida Simón Bolívar, donde, en uno de sus innumerables callejones, el difunto había vivido con su mujer y sus hijos En una tienda compramos una lata de alcohol, cigarrillos Astoria, bolsitas de té, media libra de coca, azúcar y una cajita de fósforos. Esas cosas serían nuestra carta de presentación ante los dolientes y amigos del que en vida fue. Al llegar a la casa, reconocí entre los presentes a varios amigos con los cuales tenía una amistad de muchos años, como el k'encha Adelio, un machetero ya veteco, cuya debilidad eran los hombres y no sabía cómo disimularlo. Estaba también el Banzer, otro machetero que paraba en el surtidor de gasolina de la cancha Zapata. Era idéntico a Banzer, desde la estatura y el color del cabello. La Vitola, su mamá y su padre político eran otros que habían ido para farrear a costa del difunto. El padraastro de la Vitola va a machetear a la avenida 6 de Agosto, se sienta en la puerta del Snack Shop, y colocando su gorro entre sus piernas, mira con cara dé dame un peso a las personas que entran a comer hamburguesas. Otro que estaba allí era el Muru, que para entonces ya se había separado de su mujer y estaba incorporado a la artillería pesada.

El Muru dejó de chupar una buena temporada tras saber que su padre había muerto, y como su viejo trabajaba en la Alcaldía, fue encargado de tramitar todos los beneficios sociales que le correspondían al difunto. De paso vendió la casa de su padre y todo el dinero le entregó a su mujer, con la que se había reconciliado, para que lo depositen en el banco a nombre Ce sus hijos. Algún mal amigo le hizo comenzar de nuevo; cuñado volvió a agarrar la copa, empezó a echarle tupido; su mujer, cansada, lo botó a la calle y ya no quiso aceptarlo. Al Muñi, también lo recogieron de la calle completamente intoxicado, su mujer se negó a gastar en el entierro, ni quiso llevar luto por quien fue su marido. La dueña de casa les había prestado su sala para el velorio; como los familiares no habían podido recoger el cadáver de la morgue, en medio de la sala estaba el ataúd vacío, rodeado de cuatro velas grandes encenderlas, y la ropa que al día siguiente le sería cambiada. Alrededor los amigos y amigas del difunto hablaban sólo de las buenas acciones que en vida hiciera, que de antemano eran pocas; se olvidaban premeditadamente de las pateaduras que le daba a su mujer. Julio me contaba que el occiso se pasaba Ce celoso; cada vez que se recogía borracho buscaba a su mujer para pegarle por cualquier motivo y ella tenía que escapar hasta el cuarto de la dueña de casa para que la protegiese.

Sería más o menos la media noche cuando por centésima vez el K'encha Adelio se puso de pie y pidió a los presentes que elevaran al cielo una oración por el eterno descanso del muerto. Todos rezamos varios padrenuestros y avemarías, y al terminar, el Adelio dijo: "Que se reciba la oración", a lo que contestamos con un "amén". Nos volvimos a sentar y fue entonces que me di cuenta que la viuda no estaba tan amargada que se diga, ya que cada vez que la miraba, me sonreía de una manera que nada tenía de desconsuelo. Como ya estaba borracho, en voz alta le dije a mi amigo Julio: "Esta viuda sí que había sido alegre, con un ojo llora mientras que con el otro me guiña...". No recuerdo quién fue el que me lanzó un puñetazo en la cara. Al día siguiente aparecí caminando por el estadio de Miraflores, y cuando volví a encontrarme con mi amigo en el Prado, él tampoco se acordaba del velorio.

La soledad de don Jimmy

En 1972, cuando estudiaba en primero medio, la materia que más detestaba era el inglés. Como era materia obligatoria, tuve que ir al desquite. Como de inglés yo no sabía naranjas, mi padre buscó un profesor particular para que me enseñara los rudimentos de ese idioma. Fue entonces que conocí a don Jaime, el cual me daba lecciones en su casa de la calle Graneros, en pleno Mercado Negro. Él vivía en una especie de conventillo, ocupando dos piezas. La que daba al patio la destinaba para que algunas vendedoras del Mercado Negro guardaran sus bultos de mercadería. La pieza del fondo era dormitorio de él, su mamá y su hijo, al cual sólo entraban amigos de confianza. Don Jaime se había casado con una beniana, que lo abandonó para irse con un tipo que hasta un tiempo antes había trabajado en el cine imperio. Don Jimmy, como le decíamos los amigos, se propuso criar a su hijo con la ayuda de su madre, Para entonces ya le gustaba echarle sus traguitos todos los fines de semana. Un día de esos regresó su mujer, y sin que lo advirtiesen, raptó a su hijo y se lo llevó a vivir con ella. Esto fue mortal para la abuela, que en pocas semanas se enfermó de amartelo. No había un solo día en que esta pobre señora no llorara la falta de su nieto, casi no comía y se pasaba el día p'ijchando coca y tomando sus traguitos. Un día la señora cayó enferma y murió. Don Jimmy dejó de trabajar como profesor de inglés y se dedicó de lleno a la artillería pesada tomando como descosido. La dueña de casa le pidió que le devolviera uno de los cuartos y don Jimmy tuvo que sacar su cama a la pieza que daba al patio. Hizo tapar con adobes la puerta que comunicaba ambas piezas, haciendo abrir otra puerta para la pieza del fondo, Don Jimmy tenía una tía que, a cambio de un poco de comida, le prohibió que reciba bultos de las comerciantes para evitar que destine ese dinero a la compra de alcohol. La única persona que guardaba sus bancos de madera era doña Carlota, que vivía en la misma casa y vendía comida en el Mercado Negro. Quien se dedica a la artillería pesada, aprende la manera de financiar sus tragos sin necesidad de trabajar. Así, don Jimmy aprendió a conseguir dinero, con que compraba sus traguitos y, de vez en cuando, iba a ponerse al día a la avenida Kennedy donde buscaba a la Lina, una prostituta que era su casera hacía muchos años. Un día de esos, don Jimmy no se pudo levantar de la cama. Cuando lo visité, me mostró que sus piernas se habían hinchado. Con sus manos sucedió otro tanto, le costaba trabajo el sostener un jarro lleno de líquido. Lo internaron en el hospital y, al recuperar un poco, le dieron de alta. Don Jimmy volvió a su cuarto donde no hacía otra cosa que hablar de su hijo y de su mamá ausente. En la misma casa vivía otro cuate que era de mi tanda, con él visitábamos a don Jaime y lo obligábamos a pasear las calles con nosotros. Fue en una de éstas que don Jimmy se echó unos tragos, otra vez le agarró

el gusto y ya no quiso saber de rehabilitarse. Otra vez el cuerpo empezó a hinchársele y cuando la inflamación le llegaba a la rodilla, cayó en cama y había que ayudarle tanto para sentarse como para abrigarse. Su tía siguió llevándole la comida y cada vez que iba al cuarto, le echaba un sermón al punto que, don Jaime me decía en confianza, le daba ganas de mandarla al diablo, porque sólo venía a amargarle. En su cabecera ponía una lata pequeña que le servía de bacinica, y como no podía sostenerse de pie, el estómago empezó a vencerlo en su propia cama. Poco a poco el mal olor empezó a inundarlo todo y hasta doña Carlota dejó de guardar sus bancos porque sus clientes se quejaban de que tenían olor a mierda. En los últimos días, don Jimmy ya no podía comer nada sólido y sólo se alimentaba con un poco de té azucarado.

Un domingo en la noche, tras una discusión con mi enamorada, me fui a una cantina a matar mi disgusto con unos tragos. Una vez mareado, perdí la noción de las cosas y recuperé el conocimiento en el cuarto de don Jimmy. Él me contó que había llegado a eso de las dos de la mañana y que de caña le había contado mi problema con Elena, la causa de mis desventuras. En una de éstas me había quedado dormido, sentado sobre una silla vieja. Ese lunes me despedí de don Jaime, con la promesa de visitarlo por la noche, pues decía que se sentía muy solo. Volví a su cuarto a eso de las ocho de la noche y, al entrar, me llamó doña Carlota para avisarme que don Jimmy había muerto en la tarde y que en esos momentos lo estaban velando en la mutual El Porvenir. En compañía de Elmer, el cuate que vivía en la casa, fuimos a velarlo. Allí encontramos a los familiares de don Jaime y que sólo aparecieron a la hora de su muerte.

La morgue y ramas anexas

Allá por 1975 tenía un amigo de mal nombre Saquito de Yute. Era tan petiso que al andar con nosotros parecía nuestro hermanito menor. En las cantinas no lo querían atender porque pensaban que era menor de edad. Él Saquito de Yute me presentó cierta tarde a Carlos que trabajaba en el Hospital General lavando coches y que era amigo del morguero. Una tarde que pasábamos por el hospital, buscamos al cuate que lavaba autos. Cuando charlábamos con él, vino el morguero y le dijo a Carlos que necesitaba ayuda para despachar a un alojado que se iba a cambiar de domicilio. Al vernos agregó: "Si tus amigos quieren, pueden venir también, así terminamos rápido". Fuimos a la morgue, que provisionalmente funcionaba en un pequeño cuarto detrás de la cocina del hospital mientras construían una nueva. Allí vimos un tantazo de gente que esperaba que el morguero arreglase a su muerto para llevarlo al cementerio. Una señora de pollera nos entregó un termo de agua hervida, un rollo de algodón ropa limpia, alcohol y cigarrillos, recomendando al morguero que limpiara, con cuidado las manchas de sangre del difunto. Éste prometió hacerlo así y tras meternos al cuarto improvisado, aseguró la puerta para trabajar sin que nadie nos moleste. Francamente me dio miedo estar entre cadáveres que parecían mirarnos con malos ojos. El morguero desnudó por completo al difunto y nos entregó una manguera para que laváramos al occiso con fuerza para sacarle las manchas de sangre. Al principio nos dio miedo, pero tras aprender cómo hacerlo, vencimos nuestro temor y comenzamos a limpiar como quien limpia un piso sucio. Una vez sacada la mugre, secamos el cuerpo con la ropa que luego le puso el morguero. Lo único que le cambió fue la camisa y la corbata. Lo vistió como si fuera un muñeco, en una de éstas le apretó tanto la corbata que el difunto se puso morado. Una vez listo, lo acomodamos en el cajón y tras ponerlo cómodo, clavamos la tapa, abrimos la puerta e hicimos pasar a los dolientes para que se lo llevaran. Previo pago por haberlo acicalado decorosamente. Una señora nos pagó una buena suma de dinero a cada uno y cuando preguntó cómo lo habíamos limpiado le dijimos que lo hicimos con agua tibia y algodón. Cuando se marcharon, Carlos preparó unos traguitos para recomponer el cuerpo. Mientras brindábamos, el morguero le dijo a Carlos que podía llevarse la ropa que habían traído para cambiar al difunto, ya sea para venderla o para usarla. Cuando necesito un poco de paz para ordenar mis ideas y tratar de inspirarme algún rayazo, me voy hasta el cementerio. Me pierdo entre las tumbas y mausoleos hasta encontrar un lugar tranquilo y callado, allí me siento sobre cualquier banca de madera y dejo volar mi imaginación. Como los entierros son diarios, suelo encontrarme con algunos conocidos, entre ellos el padre Daniel que siempre está enterrando a algún alcohólico sin familiares que recen por él. Me imagino que la mayoría de las misas que celebra, deben ser para las almas de los que murieron en la calle y que en alguna oportunidad se alojaron en el albergue de Tembladerani, o los conoció en el hospital o la calle. También me gusta entrar a la capilla del cementerio, especialmente durante las misas de cuerpo presente. Uno de los curas que celebra estas misas es el padre Maldonado, que vive en el callejón donde yo pasé muchos años cuando vivía con mi papá Frente al Hospital General está la Facultad de Medicina, donde legiones de estudiantes aprenden los rudimentos que les

permitirán ser buenos matasanos. En el fondo del edificio, en un segundo piso, se halla la sala de Morfología. Una mañana caminaba por las calles muerto de sueño y con la moral por los suelos, cuando se me ocurrió ir a conversar con un cuate médico que dicta clases allí. Me dijeron que estaba en la sala de Morfología. Fui al lugar que me indicaron y cuando entré mi moral tuvo una bajada brusca. Me encontré entre cadáveres charqueados como ante un puesto de venta de carne. Había cadáveres de hombres, mujeres, niños, ancianos, inclusive fetos, de todos ellos colgaban unas latas, de las cuales salían unas mangueritas plásticas que entraban a los cuerpos. Seguramente las latas contenían formol. Algunos cuerpos habían sido cortajeados, sus venas, tendones, músculos y demás vainas estaban marcados con diversos colores, parecían la papeleta multicolor y multisigno. Creo que había más de veinte cadáveres, trasladados secretamente de la morgue hasta esta sala. La mayoría era gente humilde. De haber estado con otro estado de ánimo, me habría interiorizado de los tejemanejes entre la morgue y esta sala, pero sólo atiné a abandonar el lugar.

Los Vampiros

Se llaman claneadores y bombeadores a las personas que por necesidades económicas. o por mantener el vicio, venden su sangre. Muchos se han ido al cajón por exagerar. Conocí a uno que lo hacía cada quince días. En menos de un año se fue al cajón. En La Paz hay cualquier cantidad de laboratorios y clínicas que se dedican a la compra y venta de sangre humana. Entre los que trabajan legalmente, están: la Clínica Americana, el Hospital General, la Clínica Santa Fe, el Hospital Obrero, la Clínica Aranda y el instituto del Tórax. Pero también hay gente que se dedica a la compra de sangre en forma clandestina y la más famosa es una ex empleada del Hospital General, que, sin siquiera haber sido estudiante de Medicina, le llaman la Doctora Lucila. Ha ganado tanto dinero que tiene una casa de tres pisos, y un automóvil esperando en la puerta con chofer contratado. Los donadores antiguos que la conocen desde que trabajaba en el hospital como empleada del laboratorio de sangre, cuentan que la despidieron al sorprenderla sacando sangre a donadores rechazados por tener macoplito bajo, es decir aquellos que sufrían anemia. Tras ser despedida, empezó a llevar a todos esos donantes a su casa para sacarles el medio litro correspondiente de sangre.

Cada mañana se juntaban en su puerta hasta diez donantes, en su mayoría jóvenes, a los cuales les sacaba sangre pagándoles apenas un poco más de la mitad del precio que pagan las clínicas legalmente establecidas. La sangre que ella sacaba la vendía a clínicas y hospitales que no contaban con laboratorio propio (Hospital Juan XXIII, Clínica Tarnier, Clínica Urme, Clínica del Banco Central, etc.). Las veces que necesitaba un donante de un grupo específico de sangre, se iba al alojamiento del Ejército de Salvación, para conseguir la persona requerida. El más buscado y cotizado por la vampira Lucila era el Pato, con sangre del grupo A. Otros vampiros clandestinos son: El doctor Aguilar, quien acostumbraba a sacar sangre a los donantes casi anémicos para transfusiones a pacientes que sufrían de poliglobulia; el doctor Arralde, cuyo consultorio médico atendía las 24 horas del día. Llevó a trabar relaciones con donantes, a los que pagaba una tarifa casi similar a la que pagan en los hospitales. Otros son el doctor Peredo, el doctor Rodrigo...

El dos de enero de 1976, día de mi cumpleaños, salí del Ejército de Salvación, sin un peso en el bolsillo, por lo que me animé a visitar a la doctora Lucila para venderle medio litro de sangre. Cuando llegué, sin hacerme ningún chequeo) médico, me mandó a que me echara sobre un sofá. Tras extraerme la sangre, me pagó ochenta pesos, que tan sólo me servirían para pasarla ese día. Era el jornal de un ayudante de pintor de brocha gorda. Una vez que hube salido de su casa, fui al mercado Yungas para comer un plato de jak'onta. Todos los donantes anémicos van a este mercado porque la preparan como para resucitar muertos. Las vendedoras ya los conocen y por eso acostumbran a darles yapa con puro caldito.

Llegando al mercado, antes de entrar busqué el dinero en mis bolsillos y casi me hago dar un ataque al comprobar que lo había perdido. Busqué en la calle y por los lugares que había caminado, pero fue inútil, el dinero no apareció. Ese fue uno de los cumpleaños más perros que he pasado. Estaba de hambre, sin dinero, con la moral baja y con medio litro de sangre menos. Por los años 75-78, estaba de moda entre los alojados del Ejército de Salvación y de los desocupados le la calle Yungas, el ir hasta el instituto del Tórax para someterse a los experimentos del cataterismo. El dinero que recibían les aseguraba la alimentación por lo menos durante dos semanas. Inicialmente, según me contaron, tenían que buscar a un médico francés, para que les tomara muestras de sangre. Posteriormente los voluntarios entraban en una habitación

llena de aparatos y bicicletas afirmadas en el piso, donde debían realizar ejercicios físicos para que les midan la presión y el pulso. Después de muchos ejercicios violentos, les hacían echar sobre unas mesas donde los anestesiaban, para hacerles luego un corte a la altura de uno de los codos, por donde le introducían una sonda que llegaba hasta el corazón, por otra incisión a la altura de la vejiga, les metían otra sonda, que también llegaba al corazón. Luego les sacaban sangre para analizarla y sabe Dios para qué servirían los resultados.

Mis dos amigos decían que, antes de someterse al experimento, una enfermera les hacía firmar una hoja impresa en la que ellos declaraban que se sometían voluntariamente al experimento y que, en caso de que pasara algo imprevisto, el instituto no se responsabilizaba en lo más mínimo. No sé si todavía se realizan estos experimentos, pues ya no he oído hablar de ellos entre quienes vivían tanto de vender sangre como de someterse al cataterismo.

Cosas de locos

En noviembre de 1984 me di cuenta que la exagerada ingestión de trago estaba haciendo tabla rasa con mis neuronas, al punto de intoxicar a la lombriz solitaria que tenía en mi estómago. Alguien me dijo que con ese tren de vida, terminaría loco. No digo que me asusté, pero sí me preocupó bastante y quise buscar un freno más o menos radical a mi problema. Lo primero que hice fue buscar a mi amigo Cecilio que trabajaba en el pabellón de Psiquiatría del Hospital General. Cuando le planteé el motivo de mi visita, me recomendó que me internase en el pabellón para poder estar en contacto permanente conmigo y de paso ver de cerca la manera de vivir de los enfermos mentales. Tuve que pensar mucho para decidir internarme. La primera semana de enero de 1985, llevando una bolsa con sueros y vitaminas, ingrese al pabellón de Psiquiatría. Una vez formalizada mi internación, entregué a doña Modesta (una de las enfermeras) mis sueros y vitaminas y empecé a recorrer el lugar que durante diez días habría de ser una especie de hogar para mí. Allí vivían drogadictos, tarados, dementes y paranoicos de ambos sexos.

A la entrada estaban los consultorios médicos; al fondo del jardín, el comedor y el dormitorio de mujeres; atrás quedaba un pequeño patio que servía como lavandería adonde muy pocos tenían acceso para evitar que alguien tratara de escapar por ahí. A la izquierda quedaba el dormitorio de varones, la sala de tratamiento y la enfermería. Todos los pacientes compartíamos el mismo patio-jardín (el día que yo entré había once varones y otro tanto de mujeres). Los pocos contactos que tenían los pacientes de ambos sexos para hablar entre ellos, eran en las terapias de grupo de cada mañana. Entonces venían los bombillas (estudiantes del último curso de Enfermería), para aliviarnos el aburrimiento del encierro. Entre los pacientes varones recuerdo a Julio, un alcohólico que había sido internado muchas veces. Incluso, tras una operación, le habían colocado una plaqueta de espiral en el estómago para atenuar su afición por el alcohol. Parece que no dio resultado porque él tomaba con más ganas que antes. Elogio llevaba algo más de tres meses interno: tal vez por la mala administración de los medicamentos, su mal se agravó, se volvió un perfecto tarado que había perdido la noción de las cosas, y a lo que más temor tenía era a las pastillas que le daban. Víctor era un muchacho que no podía controlar su agresividad, en el pabellón le rompió el tabique nasal al loquero Paulino ya una de las enfermeras. Jorge, otro demente agresivo, siempre amenazaba pegar al primero que lo contradijera. Los loqueros le temblaban debido al físico que se gastaba. Por las noches debían hacerlo dormir a plan de pastillas. El Fraile casi no hablaba; era el ayudante gratuito de los loqueros, quienes lo premiaban sobrándole un poco de comida en las ollas que después debía lavar. Era un maniático por la limpieza y siempre estaba metido en los baños baldeándolos, o llenando una tina vieja que había en el patio y que servía para remojar los trapeadores.

Los dos Monos llamados así porque habían perdido sus facultades mentales-- simplemente vegetaban en el pabellón sin que nadie se preocupara por ellos. El uno la pasaba sentado como chullpa rascándose la cabeza, incluso en las horas de la comida; el otro tenía la costumbre de tragar los alimentos y, mientras caminaba igual que una vaca, hacía volver la comida de su estómago a su boca y tranquilamente se ponía a rumir. Su manía era buscar entre los veladores algo que se pudiese llevar a la boca" Si encontraba alguna cáscara de plátano o naranja en la lata de basura, sin decir esta boca es mía se la comía sobre la marcha. Una vez le pregunté a Julio por qué los Monos estaban internados durante años. Me dijo que eran los conejillos de indias para que los futuros psiquiatras ensayen algunos experimentos, ya que ellos perdieron la noción de las cosas y lo único que hacían era esperar la comida. Del Richard, contaban que su infancia y

juventud las había pasado en el exterior y que dominaba varios idiomas. Le colocaban no sé qué inyecciones que lo mantenían con una ansiedad que no le permitía sentarse tranquilo, siempre estaba caminando por el patio con la cabeza gacha y pensativo. A momentos se detenía y levantando una de sus manos hacía el cielo gritaba: "¡No me atormente más!". Después, como si nada pasara, seguía caminando alrededor del patio. La última vez que lo habían llevado a su casa, sus familiares lo encontraron en una de las piezas riendo histéricamente mientras sostenía un revólver y a sus pies yacía el gato acribillado a balazos. A la, Juana no se le podía captar si lo que nos hablaba era cierto o era tan sólo desvarío. Fue internada un jueves; los del 110 la trajeron completamente mojada desde la terminal de buses donde la habían tenido que baldear para controlar su ataque de locura. Sólo el sábado por la tarde se supo que tenía un mal venéreo en estado avanzado. Aun así ella seguía molestando a los hombres como si quisiera encamarse con todos.

Cuando se descubrió su enfermedad, pese a que había una enfermera de turno, no se tomó ninguna medida preventiva, ni siquiera en el uso de platos y jarros. Sólo la llevaron a la sala de tratamiento para hacerle un electroshock y un raspaje en las partes afectadas. Así estuvieron las cosas hasta que al día siguiente. Martes, dos estudiantes de enfermería la llevaron al pabellón de ginecología para seguir con el tratamiento respectivo. Juana salió de nuestro pabellón como si estuviese realmente jodida. Caminaba dibujando en su rostro un rictus de atormentada y las enfermeras tenían que sujetarla para que no se caiga. Cuando estuvo afuera dio un empujón a las dos muchachas y empezó a correr como yo qué realmente era: una loca. Cuando otra de las enfermeras trató de detenerla, Juana agarro una piedra y amenazó con arrojársela si es que la detenía. Finalmente pudo escapar y no volvieron a internarla. Dos loqueros atendían a los pacientes. Paulino tenía en uno de sus bolsillos un pedazo de cable con el que sonaba a los que se hacían dar su ataque. El otro, domingo, aunque ya estaba pasando los sesenta años, también se hacía respetar con los pacientes agresivos. Para las mujeres también había dos viejas que atendían, les traían la comida y cuidaban que no pase nada anormal entre ellas. Por las noches, aparte del médico internista, se quedaba con los pacientes otro sirviente que hacía su turno de siete de la noche a siete de la mañana. Permanentemente estábamos con hambre. En el desayuno tan sólo nos daban una taza de té, en la hora del almuerzo un plato de maicena y otro de vainitas verdes cocidas. Para el té, otro Jarro de té puro, y a las cinco de la tarde, la hora de la cena, otro plato de vainitas verdes cocidas, con lo cual teníamos que estar conformes hasta las ocho de la mañana del día siguiente que era la hora del desayuno: una taza de té...

Los macheteros

La Paz, como toda ciudad que se respete, y tiene una legión de mendigos ambulantes que atraviesan las calles buscando su sustento diario. Los macheteros pertenecen a los dos sexos, así como hay viejos, hay también adultos, jóvenes y niños. Estos últimos en número excesivo. Existen varias clases de macheteros; los que se sientan en las puertas de iglesias; los que se estacionan en las calles más concurridas; los que trajinan por calles y mercados; los que tratan de volver pobres a los curas, monjas y pastores evangélicos; los que "trabajan" en embajadas, casas comerciales e importadoras; y los que se dedican única y exclusivamente a buscar medicamentos.

Payasito

De los niños que machetea por la ciudad es frecuente verlos por calles y cantinas el más conocido es el Payasito, un mocoso que aún no debe tener diez años. El Payasito tiene la mala costumbre de gastar sumas apreciables en juegos electrónicos y se ha vuelto experto en el uso de esas máquinas. Como allí tiene que gastar dinero, el Payasito actúa en la Pérez Velasco como un cómico en ciernes. Al público le pide que le ayuden "con un granito de arena, con lo que les dicte su corazón", Si esto no da resultado, el Payasito se va a los bares del centro y se pone a cantar la canción "Payaso", o "Volver, volver" y luego recorre las mesas para solicitar una colaboración a los que están cañando. Según pude ver, al Payasito le está empezando a gustar el tragó fuerte; dentro de poco será todo un experto en tragos, porque no faltan cañas que le invitan a beber y si no lo hace no le dan ni un quivo. Nadie sabe si tiene o no padres vivos, tampoco le interesa averiguarlo, no resulta raro verlo por la Pérez Velasco en horas de la madrugada, abrigado apenas por una chompa y un pantalón, tan viejo, que no se cae sólo por no mostrar que el Payasito no usa ropa interior.

La Sandra

La Sandra es un maricón que ya ha pasado los treinta años y que a pesar de llamarse Pablo, trata de mostrarse como mujer. Su lugar de trabajo es la avenida Mariscal Santa Cruz, justo en la puerta del café Verona, Cuando llega al lugar, se sienta en medio de la acera y, tapando sus piernas con un saquillo sucio, adopta una posición tan dramática, que si uno no la conociera, le daría algunos pesos como machete. Generalmente trabaja por la noche, que es cuando la gente no se da cuenta de su juventud; cuando "ella" ha reunido una suma apreciable de dinero, se va hasta Las Carpas, el Lauca o la Angélica a invitar a sus amigos a echarse unos tragos. La Sandra tiene una decepción sentimental que la ha traumatizado de por vida. Dice que hace muchos años, cuando aún era joven, estuvo a punto de casarse con un muchacho y que el día de la boda, el futuro marido no apareció. Desde entonces ella resolvió no volver a pensar en el matrimonio: como una manera de vengarse de quien la traiciono, decidió ser más puta que las k'olas de la Kennedy. Cada primero de mayo, fecha que habían fijado para la boda, ella se embriaga hasta perder el conocimiento. Lo único que le consuela es que el hombre con el que debía casarse y que al final escapo con el dinero que ella había reunido para la boda, siempre la respetó, porque decía que la quería llevar virgen al altar.

El dueño de casa

El Dueño de Casa acostumbra conseguirse recetas en blanco del Hospital General, las llena con nombres de medicamentos relativamente caros como bencetacil de 2.400 000 unidades y va a los dispensarios médicos o a los curas que los administran. Como generalmente este tipo de medicamentos no hay en esas instituciones, recibe el importe en efectivo del valor de la receta y se embolilla ese dinero. También va al hospital y busca a los enfermos que tienen necesidad de medicamentos y no pueden comprarlos y les ofrece conseguirlos a mitad de precio. ¿Cómo lo hace? Fácil, son los tatas o los pastores evangélicos los que surten el pedido. El Dueño de Casa anclaba mal de la vista y, como se preciaba de conocer todo lo referente a medicamentos, él mismo se recetaba y conseguía las muestras médicas de los dispensarios y consultorios médicos. Por mala dosificación de las gotas que se echaba, perdió la visibilidad del ojo derecho, y estaba a punto de perder el otro.

El Roca

A este cuate le viene el apodo del apellido. Ahora está por los sesenta años, pero en sus buenos años, fue un conocido alcahuete, al haber hecho trabajar a las mejores minas que frecuentaban la plaza de San Sebastián. De esa época le queda su irrefrenable afición por las minucas; en vez de vender café en el mercado Rodríguez, podría estar en algún putero de Villa Fátima. Una de sus preferidas es Luisa, a la que de mal nombre le decimos la Negra o la africana.

Es uno de los que más hace llorar a los importadores de medicamentos; las medicinas que consigue las vende entre los enfermos del Hospital General y a quienes ejercen clandestinamente la profesión de médicos y enfermeras. Sus compradores más constantes son don Marcelino - un curandero que tiene su consultorio en la calle Illampu y que además de colocar inyecciones practica el aborto -, y una veteca que tiene su casa en la sede de los canillitas en la calle Sagárnaga. Cuando el Roca está cañando, se pone un abrigo viejo y deambula por las cantinas de Chijini, siendo sus preferidas la Angélica y el Lauca. A este jovato le gusta el trago fuerte y sus farras Curan generalmente una semana. Como para farrear no hay plata que aguante, cuando se le acaba, va a las cantinas o bares del centro y entre los parroquianos reúne-dinero suficiente para mantener el vicio.

Alfonsito y Chaskas

El Alfonsito es uno de los más ancianos que se alojan en el Ejército de Salvación y el machetero que más camina las calles de la ciudad. Allá por 1975 y 76, criaba a un muchacho que recogió en la calle y al que trataba como un hijo. Tiempo después, este hijo, cuyo nombre de combate era el Chaskas, se dedicó al robo. Cayó en la cana, el Alfonsito lo visitaba en la Policía, y cuando supo que lo mandaron a la echada, lloró de pena' Creo que fue la única vez que entró a las iglesias y templos evangélicos a pedir por su hijo antes que ir a sacar plata a los curas y los pastores. Cuando él Chaskas salió de la granja, se fue al interior del país y en Cochabamba conoció a un cuate que lo animó a viajar a las minas

auríferas de Tipuani (La Paz), donde se casó con una vieja que era socia de una cooperativa. De la noche a la mañana el Chaskas dejó de ser un choro fulero y empezó a manejar plata como si fuera coca, gastando el quivo loco en borracheras y comilonas. Cuando le preguntan por su padre, asegura que ha muerto y que no tiene ningún familiar. El Alfonsito sigue viviendo en el Ejército de Salvación "y para subsistir sigue confiando en la generosidad de las personas, antes que en el reconocimiento de quien crió como hijo suyo.

Préstamo de hijos menores

Entre los artistas con lugares fijos para chupar, como la cancha Zapata, la cancha El Tejar o Tembladerani, conforman familias con varios hijos entre los siete u ocho años. Entonces las mujeres se vuelven campeonas para machetear quivo a los giles. Como la gente las ve cargadas de guaguas, aflojan nomás el dinero compadeciéndose por el estado macilento de los t'unas. Las viejas aflojan nomás, y hasta los gerentes de fábricas y casas comerciales se dejan convencer, más que todo por la tracalada de t'unas. Si una de las viejas ha descubierto que en cierto lugar hay un manso -como se dice a las personas ingenuas prestan los hijos menores de las comadres para presentarlos como propios y lograr una mayor utilidad. Esto de prestarse los hijos ha sido aprendido por los campesinos del Norte de Potosí (taquipayas) que hace años emigraron a la ciudad a consecuencia de la sequía y que deambulan las calles llevando cualquier cantidad de mocosos, dando la impresión de que en el campo las mujeres tienen hijos como si fueran conejos.

Los Taquipayas

Todos, los días estos campestres van a los comedores populares y por una suma mínima se alimenta toda la familia. En los tambos siempre rebuscan entre los desperdicios para encontrar frutos semi dañados y que a ellos les cae de perillas en el momento del postre. Una campesina con una guagua en sus espaldas se acercó a la tienda de una señora, famosa por los platos de thimpu que vende y que a pesar del alto precio que cobra, siempre tiene una venta loca. Al presentarse con una lata vacía, la dueña llenó la lata con un plato completo de thimpu y le dijo que no se perdiera ya que nunca le iba a faltar comida. La mujer iba a diario, no se sabe si ella avisó a otros campesinos o estos la descubrieron, lo cierto es que a los pocos días se formaba en las puertas de la tienda una fila mucho más grande que la de los clientes. La dueña tuvo que llamar a la policía para que despejara aquella multitud. Una gran mayoría duerme en el Hogar Campesino de la calle Sagárnaga, en los corredores de la Federación de Beneméritos y en el Hogar Campesino de la calle Boquerón, y los que padecen de insomnio se amanecen en la plaza Pérez Velasco, donde miran la cara y los bolsillos de los cañas que se acercan a comer los agachaditos que venden en ese sector. A las muchachas jóvenes era casi normal verlas por el centro de la ciudad caminando a altas horas de la noche, buscando cañas que las llevaran a cualquier lugar oscuro donde se entregaban como prostitutas profesionales. Ahora ya casi no se las ve y las que decidieron residir en La Paz hoy se visten como cholitas paceñas, aunque se expresan en quechua. Los varones también han abandonado sus ropas de bayeta de la tierra y visten como campesinos del altiplano paceño.

Los p'ajpacos y sus charles

Conozco a más de cincuenta p'ajpacos, la mayoría varones. Unos se dedican a los juegos de azar, otros venden medicamentos súper milagrosos, hay quienes se proclaman clarividentes y psicólogos y leen la suerte a la guada; otros venden mercaderías ordinarias como si fueran importadas, y los hay quienes preparan desde jabones que eliminan la caspa hasta soldaduras que no necesitan cautil ni soplete. Había un p'ajpacb que solía comprar jaboncillos defectuosos de la fábrica, los cuales los reelaboraba y tras colocarles un poco de perfume, los envolvía en papel estañado y en la calle, con la debida ayuda de los galanes, los vendía como la maravilla que hacía perder la caspa, los granos de la cara, las manchas y las cicatrices. Otro cuate siempre vende alcohol teñido de verde en ampolletas de anestesia. Asegura que es el famoso rayo que quita el dolor de muela y de paso mata el nervio del diente picado para que no les vuelva a doler. Hay uno que maneja una caja de lagartijas y vende una pomada supuestamente preparada con la grasa de estos animalitos y que cura todos los males físicos. Los resultados de estas curaciones hay que verlos en coca, ya que, obviamente, ni él mismo los usa. Es difícil que un p'ajpaco trabaje solo, siempre tiene que haber otra persona que le ayude, pues en el momento preciso tiene que ser el primero en comprarle la mercadería, y si ve que La gente no ha entendido la charlada,

como haciéndose el tonto le pide al p'ajpaco que le explique cómo se debe manejar la vaina en cuestión. La persona que le ayuda recibe el nombre de "tanguero".

Un matrimonio de clarividentes

Hay un viejo que vive en el Palomar, ubicado en la calle Linares, cuyo hijo es oficial de la Policía. Trabaja en compañía de su mujer leyendo la suerte. A su mujer, que debe andar por los cincuenta años, le cubre los ojos con una venda oscura y tras exponer ante su audiencia las virtudes parapsicológicas de la "profesora graduada en las mejores universidades de América", empieza la demostración. Por ejemplo se acerca a una persona que tiene alguna ropa de color rojo y le pide a la profesora que adivine de qué color es la ropa que lleva puesta dicha persona. La mujer se concentra y, tras pensar un poco, responde: "La ropa que lleva esta persona es de color rojo". Luego el marido y ayudante se acerca a otra persona que lleva alguna prenda amarilla, y así sucesivamente, pasa al verde, blanco, negro, celeste... Y así seguirán las preguntas cuyas respuestas fueron acordadas de antemano. El plato fuerte es el momento en que ambos leen la suerte en la palma de la mano. Cómo no faltan giles que se dejan convencer, una vez vendidos sus horóscopos, llevan a un grupo de personas previamente escogidas hasta un callejón discreto para convencerlas sobre los beneficios de una "curada" que les limpiará por completo de las acechanzas de los malvados. Su consultorio particular está en la casa que habitan y hay mucha gente que va a buscarlos.

El chanco y su aceite de viborita "Yo no les vengo a vender nada porque no soy comerciante. Mírenme bien la cara y se van a dar cuenta que, a pesar de tener cincuenta y cinco años, no hay arrugas ni manchas en mi cara. Tengo cinco mujeres y a cada una de ellas cada día les doy matinal, matiné, tanda, noche y trasnoche, pero a mí no me duelen los pulmones ni me ven con cara de debilucho. Es que yo traigo secreto de mi tierra, el cual, si es que sabes utilizarlo, puede darte lo que no se puede comprar así tengas plata para regalar: la salud. Si crees que yo te quiero vender algo, puedes marcharte, porque ya te he dicho que no soy comerciante. Guarda tu plata, lo único que me vas a dar es cinco minutos de tu tiempo, y una vez que yo termine me vas a agradecer porque yo te, voy a enseñar lo que ni en la universidad te pueden enseñar: cómo curar el cuerpo sin necesidad de hacerte ver con los médicos..." Son las palabras del Chuncho., uno de los p'ajpacos más famosos de La Paz. Es un peruano que se ha hecho crecer la melena y para trabajar se desnuda de la cintura para arriba. Vende su "aceite de viborita" preparado, según él, a base de aceite de víbora, de tortuga, de caimán, de lagarto de monte y de taitetú, con grasa de vaca, parafina, esencias vegetales y un poco de mentisán para darle un olor agradable. Cuando ven que él se hace cortes con navajas en las manos y que milagrosamente se curan al ser aplicado sobre la herida el aceite de viborita, le compran al precio que él fija. También le gusta hacer demostraciones de fakirismo, no hay día que no se traspase el cuerpo con agujas y ganchos de acero. Como tiene vocación de padrastro, siempre tiene de secretario a un mocoso de unos doce años al que amenaza a cada rato porque no le alcanza a tiempo los implementos de trabajo.

Sacar la suerte

Los p'ajpacos que más hacen llorar a la gilada son los que sacan la suerte. Exponen una variedad de mercaderías en el suelo y a cada cosa le ponen un cartón numerado, cuyo par supuestamente está entre los papelillos doblados al interior de la bolsita plástica que el charle lleva entre sus manos. Hacen sacar a personas que suponen con plata y les ofrecen gratis algunos papelitos para ver si realmente tienen suerte. Una vez que el incauto ha sacado los papelitos, como si la cosa no fuera tan importante, le ofrecen que los pague, y si el elegido no acepta, el p'ajpaco empieza a desenvolver uno por uno. Disimuladamente tapan con sus dedos uno de los números del papel y cantan el número restante, que invariablemente está incluido en uno de los cartones con la mercadería expuesta. La guada se anima y casi siempre le compran un buen tantazo de números que, lastimosamente, no están entre los premiados.

Piedritas milagrosas

Como los p'ajpacos son aficionados al trago, sucede a veces que después de una farra se quedan sin dinero. Entonces, hacen cualquier tipo de negocio. Cierta vez, uno de ellos estaba tan mismo, que sí consiguió en el río unas piedritas

blancas como la nieve. Las envolvió de dos en dos en papeles de celofán que había sacado de las envolturas de cigarrillos arrojadas en la calle y se fue a la parte trasera del mercado Uruguay. Tras exponer las virtudes de las piedritas que, según él había traído desde el lejano Perú y que las había sacado del altar de no sé qué Virgen, vendió las piedritas a un precio relativamente económico, con tal demanda, que a los pocos instantes las terminó. Como esa vez yo todavía era un gil, también estaba entre los compradores.

El Chinomunachi, de profesión: casquero

Mi amigo Manuel Machicado es el famoso Chinomunachi. Quien juntamente con el Huancainjake, Leo Dan y otros, hacen llorar a los giles del campo y de las zonas populares vendiéndoles las famosas yumbinas y los no menos famosos warmimunachis. Las yumbinas supuestamente son las pastillas que los ganaderos dan a los animales para procrear. Compran de las farmacias pastillitas de clorato de potasio que sirven para las irritaciones de la garganta, las tiñen con mercurio cromo para que tengan color rosado, las envuelven de dos en dos con celofán para darles un aspecto presentable. Siempre se guardan algunas pastillitas blancas, para imprevistos. que nunca faltan. Con la mercadería en las manos, caminan por los barrios populares buscando changos con cara de giles. Cuando han elegido a la víctima, se le acercan y, como si se tratara de algo prohibido o penado por ley, disimuladamente se la empieza a envolver como a su hijo: "Cuate, ¿no quieres comprar yumbina?... ¿Que para qué sirve? Son esas pastillas que les dan a las vacas para volverlas k'achilas y se hagan garchar con el toro. Con las mujeres hacen troya, si les das la mitad en el trago, en menos de cinco minutos, sin que vos les digas nada te van a pedir que te las tires debajo de la mesa...". Cuando el gil es desconfiado, se agarra una pastilla y se la raspa sobre una cajita de cerillos como quien enciende un palito de fósforo, como por arte de magia salen unas chispitas, y ahí sí no hay gil que se resista a comprarlas.-A veces hay quienes ya las probaron sin los resultados esperados, A esos se les muestra entonces las pastillitas blancas y sobre el pucho se les dice: "Como las pastillas rosadas son argentinas y vienen de contrabando, siempre hay algunas que se pasan, pero estas otras son alemanas, son más fuertes y más puras; con lo su resultado está garantizado, su precio es también elevado...". Entonces el gil paga un sobrepeso por desconfiado. Entre el sector campesino de la población tiene mucha demanda el famoso warmimunachi, amuleto para lograr el amor de la persona anhelada, así ésta no quiera verlo a uno ni en pintura. Quien se dedique a este tipo de amuletos, tiene que ir a la calle Santa Cruz, donde las chifleras venden los elementos indispensables: un sobrecito de chiwchis o figuritas de plomo derretido mezcladas con pedazos de celofán de colores; dos pares de tojlitos o pepas con forma de calaveritas; dos huayruritos, que son pepitas de color negro y rojo. y una pequeña mechita de lana de diversos, «:lores. Luego hay que conseguirse un pedazo de cartulina para fabricar dos pequeños sobrecitos. La lana se divide en dos partes y con cada una de ellas se hace una especie de niditos en los cuales se colocan los tojlitos y después se vacía encima los chiwchis. Se cierran los sobres y listo: ya se tienen preparados dos warmimunachis para vender a la guada. Las mejores horas son al atardecer, en la noche y en la madrugada. Hay que apelar a todo el poder de convencimiento que uno tenga, porque hay giles que compran hasta dos paquetitos. "Amigo, no sé si vos te puedes animar a comprar un paquete secreto de munachi. Sabes que el vender esto es peligroso y que incluso mucha gente está en la cárcel por haberlo usado malamente con las mujeres. ¿Te animas? La manera de usarlo es fácil. Te consigues alguna prenda de la mujer a la cual quieres conquistar. Puede ser una fotografía. Si ella es de pollera, consigues algunos hilos de su manta, una trabita, algunos cabellos de ella, o en último caso le prestas tu peine para que ella lo use y cuando te lo devuelva sacas toda la basurita y la vacías encima del paquetito. Una vez hecho esto, un manes o viernes, por la noche lo ch'allas con alcohol y rezas a la Pachamama. Después, lo cosas como si fuera una almohadilla y lo guardas en el bolsillo izquierdo de tu camisa, que es el lado donde está el corazón. Vas a ver que no pasan ni tres días, cuando la ñata de por sí te empieza a molestar. Cuando te aburres de la ñata y -quieres arreglarte con otra, para que no haya resentimiento de la antigua, quemas el paquetito un martes o un viernes".

Amigos perros

Los perros son los únicos amigos fieles que tienen los nocheros. Estos animales andan tanto con los macheteros como con los choros y siempre sacan cara por ellos. Basta recordar al que acompaña a la loquita que vive en el parquecito de la avenida Armentia. o al que cada noche k'arapampea con el t'ojpi del parque Wallparrimachi en Villa Victoria... Había un

pastor alemán, que cada noche acompañaba a su dueño a la cantina de la Zaida, y aunque parezca mentira, al perro le gustaba tomar sus traguitos que le servían en un plato de plástico. Al cerrarse la cantina, amo y perro salían completamente cañas. Otros perros de confianza son los que cada noche vienen a los basurales a buscar comida, y que de tanto quemar cartones juntos se hacen cuates y cada vez que alguien llega, mueven la cola como si uno fuera su dueño. En el basural del mercado Rodríguez tenía un cuate de cuatro patas que era caperuzo para hacer penar a las carniceras, ya que el rato menos pensado se llevaba por lo menos un quilito de pulpa que iba a comer detrás del baño del mercado. Un roquefeller del que guardo lindos recuerdos es el Nerón, al que conocí siendo cachorrito. Me gustaba agarrarlo de la espalda para hacerle dar vueltas; cuando lo soltaba, ni siquiera de cuatro patas se podía mantener firme. Varias veces lo han querido envenenar, pero el Nerón se ha vuelto tan peine que parece saber cuáles son los bocados envenenados que le ponen los de la Alcaldía. El Eloy, primo de mi amigo Guido tenía un amigo canino que cada vez que lo veía borracho por las calles de Chijini, lo acompañaba al interior de las cantinas. Como el Eloy sabía que el perro lo iba a cuidar, aprovechaba para mandarse la parte, usaba relojes que valían el quivo y llevaba en los bolsillos cualquier cantidad de plata. Nunca le robaron nada, y lo más extraño era que el perro jamás aceptó vivir en su casa. Cada vez que lo quería meter, el perro escapaba y no volvía a aparecer hasta muy tarde en la noche, cuando iba a buscar comida al basural de Chijini. Una madrugada en que estaba k'arapampeando en una plaza, se n-e acercó un perro. El pobre animal tenía la quijada, partida por la mitad; cuando le invité un pedazo de queso, él mascaba sólo con las muelas de un lado, mientras el otro lado le colgaba como bandera, yo estaba tan cansado, que el sueño me rendía, así que me acomodé mejor en el banco en que estaba sentado. Entonces el perro se colocó a mis espaldas y tras sentarse en sus patas traseras, empezó a mirar interesadamente a los alrededores como si me cuidara pata que nadie me robe los cuatro centavos que llevaba. Muchas veces volvimos a encontrarnos y cada vez que el animal me miraba, se me acercaba moviéndome la cola y tras acompañarme un rato, se marchaba nuevamente como si hubiese realizado tan sólo una visita de cortesía. Esa visita era tan violenta que no pasaba del saludo y unas cuantas palabras. Por las noches casi todos los perros vagabundos de la ciudad se reúnen en los basurales que son algo así como un restaurante para ellos, ya que allí es donde se alimentan. He llegado a contar hasta treinta animales que buscan sustento en el basural de Chijini. Los hay de todas las razas conocidas y por conocer. De todos los tamaños y de todos los sexos. Si una perra está en celo, triste es su vida porque todos los machos se la quieren desfilarse. Si la perra no se deja, le muerden haciéndole entender que es mejor que se entregue por las buenas. En estos trances los que más aprovechan son los perros grandes, porque a los petizos los hacen escapar a plan de mordiscos y tienen que estar mirando de lejitos. Se ha dado el caso de que en medio de los basurales nacieran perritos. Cuando esto sucede, los beneficiados son los p'ichiris de la Alcaldía, ya que a la perra la conquistan con un poco de comida y se la llevan a sus casas donde la tienen hasta que los perritos abran los ojos. Cuando esto acontece, botan a palazos a la perra y a las crías las van a vender en el mercado Camacho. Recién conocí a una perra de gran tamaño, a la que los artistas le habían puesto el nombre de Conchuda. Esta perra siempre está metida con ellos, incluso les acompaña a los lugares donde van a echarle sus tragos. Los dueños de las cantinas y de las tiendas donde compran el alcohol la conocen y no la botan. La Conchuda no es de esas perras a las que hay que estar dando de comer. Ella solita consigue su alimento y es una más de las que logra sobrevivir gracias a lo que hay en los basurales.

Epilogo

Con cuarentaicuatro años sobre los hombros, cuesta comprender que el 4 de mayo se hubieran cumplido los treinta años de vivir como perrito abandonado, o como un monarca desterrado en un lugar donde no llegan las estrellas. Baudelaire escribía: Hay personas que viven un minuto en un minuto, y hay otras que viven tres minutos en uno. Partiendo de esta lógica, la existencia o la cotidianidad es tan sólo una figura donde no se reflejan ni se vislumbran esperanzas ni ilusiones: o se vive, o se muere. Rememorar las cosas que uno ha vivido, ha visto y palpado de cerca, creo yo, está bueno para quienes pretenden salir del anonimato aunque no hayan hecho nada importante en sus existencias. Una tarea tan sólo reservada a los biógrafos e historiadores. Mas, para una persona que ha caminado de la mano del infortunio y de la muerte, amén del alcohol, puede significar muchas cosas, entre ellas, retroceder en el tiempo, y sin proponérselo, abrir cicatrices que parecían cerradas para siempre, aunque la palabra no siempre tenga su real significado en el diccionario. ^ Pero lo hecho, hecho está, y a llorar al río. Cada uno asume todo cuanto desde un principio

ha sostenido, y si el tiempo cura las heridas, ojala cure aquella que tienen todas y cada una de las personas con las que a lo largo de mi caminar he luchado. _ Desde 1985 quedaron trunca estas Obras; Borracho estaba, pero me acuerdo, en las memorias de un Víctor Hugo que siendo tocayo del autor Los Miserables, no es uno de sus personajes. Bastante trabajo tengo para soportarme tal como soy, como para servir de modelo a un escritor, por muy tocayo mío que sea. Y sé muy bien que no se puede separar la literatura de la propia vivencia si no se reconoce los avatares y vicisitudes que uno ha vivido y bebido. Las vivencias personales son las que cuentan, y si estas memorias me ayudan a librarme de mis demonios, y a quienes las lean les sirva de algo, podré pensar que no fueron escritas en vano. No solicito ni pido comprensión a lo que expresan sus páginas. Eso sería un absurdo que ni de ebrio ni de sano lo cometería. Tan sólo espero que el tiempo sea benevolente para quienes hemos vivido insertos en él. Muchos pasaron por mis ojos, y de todos ellos ¡ah, memoria mía! pocos viven aún en mis recuerdos. Los hechos, peripecias, aventuras, desventuras, y las incontables jornadas que pasamos esperando junto a ellos la nueva madrugada que tardaba en llegar, nos hermanó de tal manera, que, incluso, llegamos a compartir nuestras soledades con aquellos a los que Francisco, de Asís llamaba hermanos perros. Por estos y otros motivos más, van estas memorias que, sin ser mías, son de los demás.

La Paz, septiembre de 2002